



**René Benjamin**

**LOS SOLDADOS DE LA GUERRA**

# **Gaspar**

**Premio Goncourt 1915**

LOS  
PREMIOS  
GONCOURT  
DE  
NOVELA

I



PLAZA & JANÉS



# LOS PREMIOS GONCOURT DE NOVELA

—  
VOL. I





# LOS PREMIOS GONCOURT DE NOVELA



*Francis de Miomandre*  
*Alphonse de Chateaubriant*  
*Adrien Bertrand*  
*René Benjamin*  
*Georges Dubamel*  
*Marcel Proust*  
*Maurice Bedel*  
*Maurice Constantin-Weyer*  
*Henri Fauconnier*  
*Joseph Peyré*  
*Maxence van der Meersch*



PLAZA & JANÉS, S. A., EDITORES  
BUENOS AIRES - BARCELONA - MEXICO, D. F.  
BOGOTA - RIO DE JANEIRO



© PLAZA & JANÉS, S. A., Editores, Barcelona

*Printed in Spain - Impreso en España*

Depósito Legal: B. 14114 - 1964 (I)

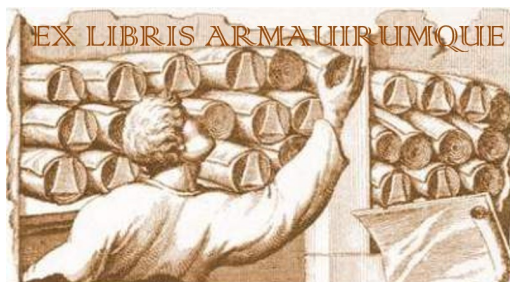
Núm. de Registro: 4589 - 56

# INDICE





|                                                                      | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------|--------------|
| FRANCIS DE MIOMANDRE: <i>Escrito en el agua,</i>                     | 21           |
| ALPHONSE DE CHATEAUBRIANT: <i>El señor de Lourdines,</i>             | 155          |
| ADRIEN BERTRAND: <i>La llamada de la tierra,</i>                     | 287          |
| RENE BENJAMIN: <i>Gaspar,</i>                                        | 431          |
| GEORGES DUHAMEL: <i>Civilización,</i>                                | 601          |
| MARCEL PROUST: <i>A la sombra de las muchachas en flor,</i>          | 731          |
| MAURICE BEDEL: <i>Jérôme 60° latitud Norte,</i>                      | 1217         |
| MAURICE CONSTANTIN-WEYER: <i>Un hombre se asoma<br/>a su pasado,</i> | 1359         |
| HENRI FAUCONNIER: <i>Malasia.</i>                                    | 1499         |
| JOSEPH PEYRE: <i>Luces y sangre,</i>                                 | 1651         |
| MAXENCE VAN DER MEERSCH: <i>La buella del dios,</i>                  | 1905         |





# PROLOGO





**Q**UIZA no se escriba nunca la historia de la amargura en las letras. Y tal vez sea mejor así. Es fácil, en este terreno, confundir la amargura con el resentimiento, o mezclar una con todas las cosas de triste intención, es mejor no tener en cuenta.

otro. El resentimiento es una amargura de mala ley que, como

El investigador que hiciera este ensayo penetraría en un mundo de sorpresas. Lo existencial inauténtico se nos revelaría de pronto como una obra pura y exclusivamente humana. Quiero decir con esto que el hombre, despojado de su dios interno, a solas consigo mismo y acaso sin Dios, como los Goncourt, hecha su vida de desesperada vocación, de permanente sacrificio a ésta, resultaría no ser verdad, con todo y serlo. Sería algo así como la verdad impuesta y no la que se impone. Habría que entrar allí donde los hombres no dejan: en su yo trasconsciente. El investigador sentiría verdadero miedo y abandonaría su ensayo antes de empezar.

Pero si llegara ese día en el que alguien que no tuviera demasiado que hacer se enfrentase con esta tarea, con este tipo de angustia del que Kierkegaard no habló y que acaso pueda referirse a la pérdida psicosomática de la libertad, tendría siempre por delante, ejemplos vivos y muertos a la vez, a Edmond y Jules de Goncourt, hermanos gemelos nacidos con ocho años de diferencia.

Sabemos hoy que, equivocadamente conscientes de una genialidad que no poseían más que en lo que su literatura tenía de momentánea renovación, los Goncourt — más sinceros en las letras que en la vida — sufrieron la indiferencia, el desinterés y hasta el olvido de su tiempo. Ejemplos de hombres de letras, no lo fueron tanto como escritores. Su tiempo no les perdonó ni su carácter, ni su actitud, ni su posición social. Y estoy por creer que ellos no le perdonaron a su tiempo que fuera el suyo.

Sus lamentaciones, a veces con una tristeza conmovedora, son demasiado frecuentes en su Journal para que no sean verdad y no

demuestren la calidad de ese sufrimiento y la condición de esa amargura, y éstas son lo bastante importantes para no haber influido grandemente en sus vidas, tan humanamente malogradas, y, como veremos luego, en la constitución de la Academia.

*Hombres sin fe, sin esperanza — me refiero a estas virtudes en su sentido humano — y, lo que es más grave, sin amor, porque éste les hubiera dado esas virtudes, eran la indiferencia personal que se sublevaba ante la colectiva en una heroica y admirable batalla, hay que reconocerlo.*

Su tragedia fue la de no ser queridos como puede serlo un oficinista, un duque o un obrero (tuvieron un amor biológico — Marie — que compartieron). Pero a ellos les preocupó más ser admirados en vida y les aterrorizó no serlo después de su muerte. Y éste es otro de los pedestales en que había de levantarse su Academia.

Y, sin embargo, se ponían enfermos ante la miseria humana y soñaban en un gobierno que creara un Ministerio del Sufrimiento Público. Se indignaban y enfurecían contra la injusticia, sobre todo si ésta era una injusticia de tipo literario. Cuando el poeta marsellés Joseph Autran fue elegido por la Academia Francesa en lugar de Théophile Gautier, la doble indignación, por la diferencia de méritos y por la amistad que les unía a éste, les hace escribir en su diario: “Desde el momento en que, esta vez, presentábase dos poetas a la Academia: uno que se llama Autran y otro que se llama Théophile Gautier, y la Academia ha elegido a Autran, mi convencimiento es de que está compuesta de cretinos o de verdaderas personas sin honradez. Le dejo la elección.”

Pero ese mismo poeta rechazado, ese amigo indudable de los Goncourt, humanamente bueno, había de decir de los dos hermanos: “A pesar del encanto de su conversación, su soltura y desinterés aparente, uno siente en ellos una preocupación, una tensión de espíritu. No hablan como yo, por ejemplo, simplemente por el placer de hablar: estudian, observan, se documentan. Sí, tengo la impresión de que toman notas: cuando nadie los ve, deben escribir en los puños de la camisa.”

La gente, y sobre todo el círculo de sus amigos, debería notar estas cosas. No son para darle a uno la soltura que tenían ellos. Quienes lo advirtieron deberían sentirse incómodos, recelosos, en guardia, presintiendo que les estudiaban las palabras, los ademanes, incluso el traje que llevaban puesto o la amiga que les acom-

pañaba. Tal vez por esto empezó la gente a desertar del "Grenier" —el desván de su casa de Auteuil, donde recibían a sus amigos los domingos—, a pesar de que Edmond —Jules ya había muerto— diga, aludiendo precisamente a esto: "Hay gente, y siempre cuando se da de comer, pero cuando la recepción es seca como en casa de Flaubert, como en mi casa, pasada la novedad de la recepción, se queda uno en casa solamente con el amigo íntimo y dos o tres don Nadie".

No quiere esto decir que no tuvieran amigos. ¿Quién es el hombre sin amigos? Flaubert, por ejemplo, fue para ellos uno de los mejores. Basta leer su correspondencia: les llama bichons, los besa en las cuatro mejillas y les estrecha las cuatro manos. En una carta escrita en 1860, el "amigo de Franklin y de Marat, faccioso y anarquista de primer orden, y desorganizador del despotismo en los dos hemisferios desde hace veinte años", se despide de ellos, diciendo: "Sois muy amables por haberme enviado el libro (Madame de Châteauroux), tener tanto talento y quererme un poco." Amigo suyo fue Gautier, que lloró tanto la muerte de Jules, según Flaubert escribió a George Sand; lo fueron Gavarni, Sainte-Beuve, la princesa Matilde, los Daudet... Es posible que recibieran más amistad de la que daban, merecida acaso, pero no compartida. Era como si la vocación hubiese enfriado su humanidad.

Algo de esto se manifiesta en esta confesión de Jules: "¿Estamos bien o mal constituidos? En toda cosa vemos el fin, el extremo. Los demás se lanzan a cierra ojos y sin reflexión en una aventura. Nosotros, en un desafío, por ejemplo, si no vemos nuestra muerte, vemos la de nuestro adversario, la condena que habrá que cumplir, la pensión que se deberá pagar a la familia. Nuestro cerebro hace siempre infinitas deducciones sobre lo inesperado, deducciones que no acuden al pensamiento de casi nadie. En un capricho, en un amorío, nuestro pensamiento cuenta de antemano las cantidades de dinero, de libertad, etcétera, que van a costarnos. Por último, en un vaso de vino, vemos la jaqueca del día siguiente."

Tenía que ser dura esta manera de vivir, sobre todo cuando la admiración por la obra se repartía casi únicamente entre amigos como el autor de Madame Bovary. Dura en la vida normal, ante la sociedad y la gente envidiadas por ellos cuando ellos eran los envidiados. Y más dura aún, llena de sobresaltos, de temores

y recelos, cuando salía a luz una nueva obra y se exponía a lo desconocido: crítica y público.

En el Journal figuran anotaciones como ésta: "Hay como una inteligencia para impedirnos alcanzar nuestro puesto, nuestra vida, nuestro poco de gloria. Esto no nos despoja de nuestra confianza y conciencia en el porvenir, pero nos amarga sentir que, durante toda nuestra vida, nada o casi nada nos será pagado por cuanto hemos aportado de nuevo, humano y artista, mientras que a nuestro lado la batahola de los pequeños talentos hace tanto ruido y esos pequeños talentos reciben un vitalicio tan sonoro."

Refugiábanse en la soledad cuando la necesitaban, no para trabajar, sino tal vez como defensa y reacción al mismo tiempo contra los demás, la "amasan de grado y por fuerza". Y se defendían diciendo: "Todos los observadores son tristes y deben serlo. Contemplan vivir. No son actores, sino testigos de la vida. No toman, de todo, nada de lo que engaña o embriaga. Su estado normal es una serenidad melancólica." Pero no es absolutamente cierto. Hay también una serenidad jubilosa y, mejor aún, cordial, en la observación de la vida cuando se tienen fe y esperanza humanas, cuando la vida — la propia — es algo más que "el usufructo de una agregación de moléculas".

La amargura es vieja. En el Journal de 1875, leemos: "Este silencio tan bien organizado contra todos aquellos que quieren comer el pastel de la publicidad, esas tristezas y esa aflicción que nos poseyeron durante los lentos años en que gritábamos al eco sin poder enseñarle nuestro nombre... Esa agonía muda, interior, sin otro testigo que el amor propio que sangra y el corazón que desfallece..."

Y lo que es peor: la amargura seguida de servidumbre porque "para llegar hay que ser mediocre y servil, con una personalidad tan abotagada en el talento como en el carácter... Ahora, en el mundo de las letras, se oye decir de un hombre que es un chulo como se diría que es calvo. Se dice con tanta facilidad que no parece ser deshonesto".

Pero para ellos esta amargura seguida de servidumbre es una experiencia vivida en los demás, que no comparten y que les hace sentirse orgullosos de su independencia, pero qué en su amargura lisa y llana no deja de imponer el escozor, más insoportable.

Gracias a ello, Jules y Edmond — y cito a Jules delante porque murió primero — fueron unos rebeldes. "Hay espíritus que

nacen serviles y hechos para el hombre que manda, para la idea que triunfa, para el éxito — ese terrible dominador de conciencias — y son los más y los más felices. Pero otros nacen, y nosotros somos de éstos, con un sentimiento de rebeldía contra lo que triunfa, con entrañas amigas y fraternas para lo que es vencido y aplastado bajo la enorme victoria de las ideas y sentimientos de universalidad, con esa generosa y desastrosa combatividad que, desde los ocho o diez años, les hace darse de puñetazos con el tirano de la clase y, durante el resto de su vida, los confina en la oposición de la política, de la literatura y del arte.”

Y esto, a pesar de todo, a pesar de su frialdad, de su indiferencia ante todo lo que no fuera su arte, ese arte ya un poco condenado a pasarse de moda en el momento de su aparición, llevó a Edmond muy lejos.

Jules había muerto ya — según el doctor Scherb, de una perimeningoencefalitis difusa, y según el doctor Pierre-Yves Even, de un ictus apoplético y una broncoceumonía — y Edmond, desgastado, con su cojera de medio cuerpo y de media alma, un poco hermano siamés vivo, se enfrentaba con muchas cosas.

“Ser candidato al “qua si Conti” — dice André Billy, en *Les frères Goncourt* — era aceptar, además de cometer las bajezas para ser elegido, el desempeño de un papel espectacular, como se dice hoy día; nada más opuesto a su carácter, sobre todo al de Edmond”.

También aquí, como en el caso de la amargura, la aversión es vieja. Por lo menos no nace de buenas a primeras, ni por una ocasional herida del amor propio. Es algo que se ha ido elaborando poco a poco, en un remoto origen, y que ha ido creciendo y afianzándose con el tiempo, como una actitud lógica del carácter de los dos hermanos. Fue, sobre todo, una reacción de su sentido de la justicia, de su posición, no ante la vida, sino ante las letras: otra consecuencia, asimismo, de su carácter.

En el *Journal*, leemos, mediado ya el año de 1862: “La Academia, única institución que sobrevive al pasado, buscando el suicidio, apartándose de todo lo que es vida y juventud, premia los anónimos, los libros que no se leen, los poetas desconocidos: la apoteosis de los frutos secos. Premia un estudio de mujer sobre novela, ¡siempre de Louise Colet!” Y cuatro años más tarde: “Los académicos han sido inventados para que Bonnassieux sea preferido a Barye, Flourens a Hugo y todo el mundo a Balzac.”

*La aversión a la Academia extendíase a las consagraciones oficiales, premios, recompensas y actitudes académicas, y alcanzaba incluso a aquellos que, buenos o malos, amigos o no, soñaban en llegar a ella y, en algunos casos, por el camino que fuese. No olvidemos que el espíritu de la Academia era fundamentalmente convencional y, por lo tanto, antirrealista. Lo que para los Goncourt tenía una significación más.*

*La idea de fundar una institución distinta de la del "quai Conti" no debe, sin embargo, verse únicamente en la amargura ni en la aversión y rebeldía de los dos hermanos. Son, esto sí, dos bases en que apoyarla. Pero hay más. Billy, el biógrafo de los dos hermanos, queriendo llegar al origen de esta idea, dice: "Solteros, sin más familia que unos primos, era natural que se planteara a ellos el problema de saber lo que ocurriría con sus queridas colecciones. Desde julio de 1867 parece apuntar en el Journal una vaga idea del destino que debía dársele: "Es muy curioso que jamás se haya hecho legado alguno al autor de un libro, ni por un moribundo rico a un autor inteligente. Si alguna vez un escritor heredó de un lector, fue preciso que el lector lo conociera, lo frecuentase, se acercara al cuerpo de ese espíritu." Esto no es aún la idea de una Academia fundada para asegurar la existencia material a una decena de buenos escritores, pero no está muy lejos. La primera idea de su Academia debió ocurrírseles en ese entonces".*

*Indudablemente tuvo que ser así. En torno a esta preocupación fueron cristalizando los demás sentimientos, y uno de ellos, el más poderoso y el más violento también, fue la idea de la posteridad. Estos hombres que creían que la muerte "es el aniquilamiento completo del individuo", como dijo Edmond a la muerte de Jules, "que el hombre ha puesto sobre toda esa miseria de la materia el velo, la imagen, el símbolo y la espiritualidad ennoblecedora", sintieron la angustia de ese aniquilamiento y les asustó que se extendiera a su obra literaria, a sus nombres y a su vida permanentemente sacrificada por las letras. "La idea de todos mis momentos — dice Edmond en 1865 — es defender del olvido, para el porvenir, por medio de todas las supervivencias, el apellido de Goncourt: supervivencia por las obras, supervivencia por las fundaciones, supervivencia por la aplicación de mis iniciales o de mi marca en todos los objetos de arte poseídos por mi hermano y por mí."*

“Su fe en la inmortalidad terrestre — dice Billy — era en ellos un sentimiento natural, compensador de un pesimismo verosímilmente vinculado a su mala organización nerviosa y a sus impresiones de la infancia. Contra las tristezas de su vida, contra las injusticias sufridas, contra los necios ataques que habían soportado, contra la indiferencia y hostilidad de que fueron víctimas, su Academia sería un desquite; sería como un bastión construido en el dominio misterioso y desconocido del porvenir y sobre el cual flotaría, ocurriera lo que ocurriese, la bandera de la revolución literaria izada por ellos”.

Esto fue todo. En un testamento fechado en julio de 1874, los futuros académicos Goncourt fueron los siguientes: Flaubert, Saint-Victor, Veuillot, Banville, Barbey d'Aurevilly, Fromentin, Chennevières, Zola, Daudet y Cladel. Edmond vivía aún — murió en 1896 — y Veuillot, Barbey, Fromentin y Cladel no eran amigos suyos. Hay que hacer justicia a su justicia.

Sin embargo, este testamento permaneció ignorado durante mucho tiempo. Hasta que el 23 de junio de 1882, el poeta Ernest d'Hervilly publicó en *Le Bien public* la sensacional noticia del proyecto de la Academia. “Cada uno de los diez miembros percibirá una renta viajera de 6000 francos. Cada año, los miembros de la Academia concederán un premio de 5000 francos a la mejor obra de imaginación.” Esta era, de todo el artículo, la esencia. Pero había comentarios del autor, tan encantadores como este: “¡Oh, gentes de letras, a quienes la Academia Goncourt tiene la misión de buscar, de arrebatar de su sombra, de sostener con un honorable viático, de lanzar a la luz, sabed que — y no temo revelarlo porque el rasgo es conmovedor y honra a este ilustre escritor — Edmond de Goncourt, abatido, solo en su casa llena de tristeza, ha sentido de vez en cuando traspasado su corazón por el deseo de construir en él un hogar, iluminarlo con la sonrisa de una mujer y las risas de unos hijos; pero siempre ha rechazado heroicamente esta dulce idea ante el temor de tener que disminuir el tesoro amasado con tanto esfuerzo para asegurar el porvenir de las letras, para llegar a la fundación de esta Academia vengadora y consoladora que, encariñada realmente con la moderna literatura francesa y celosa de mantener su preponderancia en el mundo que no lee solamente al señor de Mazade, no limitará sus esfuerzos y trabajos a risibles confrontaciones de discursos de recepción escritos por personas cuyo oficio es hacer

otra cosa y, con mucha frecuencia, no hacer absolutamente nada!"

Hagamos caso omiso de los comentarios que despertó, en todos órdenes y sentidos, esta información. Limitémonos a uno sólo: el de Edmond de Goncourt. Dijo: "Tengo la impresión de sobrevivirme." Esto significaba la Academia Goncourt.

El revuelo fue tan grande que Edmond de Goncourt recibió dos consejos de gran importancia, entre otros muchos: uno de la princesa Matilde que, tres años después de la publicación de la noticia, por indicación de Camille Doucet, le pidió que se presentara al "quai Conti". "Seré más Tartarín que Daudet", contestó Edmond. Al otro consejo ni siquiera contestó, fue el de su notario, que le dijo que su propósito era irrealizable, una "insensatez de guillado".

Terminemos con estas manifestaciones hechas por Edmond de Goncourt a un redactor del Gaulois y que concretan, moralmente, el espíritu de la Academia Goncourt: "La Academia de los Goncourt será accesible, a excepción de tres o cuatro nombres célebres, a los jóvenes literatos a quienes los azares de la fortuna y las necesidades de la vida coloquen en una situación de inferioridad y se vean obligados a aceptar un empleo cualquiera para poder vivir, a la ventura de ser descubiertos. Nuestra idea es ayudar a la formación de talentos, sacándolos de las dificultades materiales de la vida y situándolos en condiciones de trabajar eficazmente; en una palabra: facilitarles la tarea de producir una obra literaria."

Hasta 1903 no se reunieron los académicos de la Goncourt para conceder por primera vez el premio. Fue otorgado a John Antoine Nau por su obra *Force ennemie*. Hacía siete años que Edmond había muerto. A él, aficionado a la cábala, le hubiera gustado este 7 y aquel 3.

Los "Goncourt", como todos los premios, han tenido sus menos y sus más, sus aciertos y sus errores, y hallazgos que valían la pena y descubrimientos que no la valían. Pero entre sus títulos está La condición humana, por ejemplo, y entre sus nombres los de Farrère, Miomandre, Duhamel, Proust, Arland, Fabre, Bedel...

Ha llovido mucho sobre los francos. Pero, ¡qué importa!

RENE BENJAMIN

PREMIO CONCOURT 1915

G A S P A R





## CAPITULO PRIMERO

**E**RA la gran semana de agosto de 1914, en que cada ciudad de cada provincia ofrecía un regimiento a Francia. A..., capital de una provincia normanda, tuvo también, como todas, que reunir y equipar el suyo.

Sus casas y sus habitantes no tienen, con todo, nada de guerrero. Raza sobremañera práctica. En todos los ojos se lee claramente que dos y dos son cuatro; en algunos, el pesar de que dos y dos no sean cinco. Pero en ninguno se ve brillar el deseo vibrante de tocar a degüello. Los cuarteles se esconden; uno solo no da con ellos: es menester un soldado que guíe. El primero es un convento antiguo, en un callejón sin salida. El segundo, del siglo pasado, está en otro callejón sin salida. Cuando — en el verano, a eso de las dos — la tropa está en los cuarteles, las calles, desiertas, la gente, en sus casas, la ciudad, adormilada, y las nubes se deslizan lentamente, cuesta trabajo creer que de A... pueda salir un regimiento de verdad, sólido y disciplinado, que marche a compás, con ruido de bayonetas y de botas claveteadas.

Sin embargo, se cumplió el milagro. Se vio por lo pronto a los tenderos asomarse a las puertas. El señor Romarin, el peluquero de la calle Mayor, salió el primero. Levantando un brazo, como si agitara una bandejita, dio a entender por señas al señor Clopurte, tendero de comestibles, que se iba a la guerra. El señor Clopurte también iba; pero menos ardoroso que el barbero, prefirió reservarse. ¿Quién sabe? Acababan de pegar en las paredes un consuelo del presidente de la República: "*Ciudadanos, la movilización no es la guerra...*"

— ¡No! ¡Es para sacudirse la polilla! — dijo con risa maligna el primer pasante del procurador Farce, que parecía un poco nervioso.

Atravesaba la plaza de Armas, al salir del Palacio de Justicia, y acababa de encontrar al señor Fosse, el del comercio de novedades.

—¿Le hace a usted gracia ir a que le hagan papilla?

El señor Fosse, algo pálido, con la garganta reseca, logró balbucir:

—¡Hombre!, ¡qué quiere usted...!

Aquellos cuatro hombres representaban bastante bien, sin sospecharlo, las cuatro maneras de pensar más esparcidas en tan dramática hora por los cerebros de A...

El uno, juvenil y llameante, exclamaba: “¡Viva Francia!” Pensaba en unas alsacianas de tarjeta postal, y un mechón rubio ondeaba sobre su frente.

El señor Clopurte era calvo y flaco; cráneo más raso que sus bujías; cuerpo más seco que sus escobas. Contemplaba en la guerrera una parroquiana nueva, y, como buen calculador, se arreglaba de antemano con ella. El señor Clopurte era la esperanza muda en el umbral de una abacería. En el primer pasante, por el contrario, hundimiento general. Un corazón como un castillo de naipes. Sólo que bufaba, se mofaba, buscaba apoyo; y al encontrarse con el señor Fosse, pensaba, crispándosele los nervios, en la dependienta de su tienda, la señorita Romance, que le iba ya concediendo citas los domingos, a orillas del río. Febrilmente, se decía: “¡Adiós, amores...! ¡Guerra... batallas... muerte...!” ¡Y tan joven! Le daban escalofríos.

El señor Fosse, por su parte, alimentaba un sentimiento del deber contra el que era inútil rebelarse. Para el señor Fosse, hijo de un recaudador de contribuciones que gastó la vida en comprar sumas, una fecha fatal era como una cuenta que sale justa. “Dos de agosto: movilización”; sentíase dominado, y palidecía, pero sin acrimonia.

La mitad de A... pensaba como esos cuatro hombres; la otra mitad no pensaba.

No importa: la tarde era hermosa. Al ponerse el sol, los tejados se teñían de rosa. Una irradiación jovial acariciaba las casas. El azul del cielo, al desleírse, daba alas a la tarde; el aire tibio estaba cargado de promesas.

Al día siguiente, llegaron los mozos de la campiña. En carricoches, en tren, en bicicletas, a pie, todos los jóvenes de las granjas de diez leguas a la redonda. Andaban con paso tardo y olían a cuadra. Un envoltorio en un pañuelo, zapatos herrados,

pantalones a cuadros, sombreros blandos, chalecos con mangas. Eran los del terruño, raza distinta de los habitantes de las ciudades pequeñas. Habían dejado sus pomaradas, sus ganados y sus mujeres, y llegaban entumecidos, sorprendidos; pero el verse juntos los reanimaba.

—¡Mía! ¡El chico e Pinceloup! ¡Hola, burro sarnoso!

—¿Y qué tal te va, buena pieza? ¿Vienes a que te maten?

—¡Hombre, puede ser! Nadie sabe.

—Mal año para oír trompetas.

—Ya no vamos a cazar; nos cazan.

—Eso, también los otros.

—Por supuesto. ¡Yo me futro en todo! Es lo mejor.

—¡Y que lo único son las mujeres!

—Una mujercita redondita, que llene las manos.

—¡No te apures! Ya encontraremos por allá con qué entretenernos.

Se reían navegando de una acera a otra, en las calles, demasiado estrechas para sus pies campesinos. Su robustez representaba una fuerza. A..., al recibirlos, cobraba carácter. Se comprendía de súbito la dureza del pavimento. Capital de una provincia musculosa y tozuda, prefectura distante de la frontera, con buena salud, de buena apariencia, sin fiebre, pero sin genio. prudente, desconfiada, recontaba su gente, hombre por hombre, para poder lamentarse, al regreso, de lo que faltara.

El tiempo despejado de la víspera se consolidó; hacía un sol riguroso que coloreaba unas nubecillas redondas, sin poesía.

Pero en la noche, cambió de pronto el viento, y un denso chaparrón cayó sobre la ciudad; se despertó, con todo, bajo el cielo azul. Duró poco. De nuevo una bandada de nubecillas rápidas vino a reventar en trombas furiosas, cuya agua, apenas caída, se secaba. El cielo se ennegrecía amenazador: inundaba las calles. Luego, el sol, enorme y generoso, deshacía las nubes para que los tejados se reflejaran en los charcos. No se sabía si el tiempo reía o lloraba. Mañana nerviosa, de cóleras y resplandores.

De pronto, se supo que el tren de los parisienses acababa de llegar a la estación.

Los normandos dijeron con fisga:

—¡Un “parigot” (1) y otro “parigot” no valen lo que dos mozos del campo!

(1) En la jerga popular: “parigot”, natural de París.

Hubiera podido creerse que tenían cierto temor, o envidia. En cuando el tren se detuvo, se oyó una aclamación. ¿Entusiasta o irónica? ¿Saludo cordial o mofador?

El jefe de estación rondaba por el andén. El primer soldado que se tiró del coche se le acercó:

—Conque, compañero sindicado, ¿se trabaja mucho en este puerto de mar?

El otro intentó reír, hizo una mueca y se zambulló en su oficina.

Fue el único parisién que vio.

Eran setecientos u ochocientos, del barrio de Montparnasse, avenida del Maine, calle de la Gaité, que llegaban a reunirse con los mozos del *Perche*, sagaces, pero un poco lentos, porque los parisienses son los clarines de un regimiento: ellos son los que abren la marcha y los que después marcan el paso.

Hubiérase dicho que llegaban diez mil: tantas vueltas daban, tanto hablaban. Hablaban a la estación, a las calles, a las nubes, esforzando la voz:

—¡Salud, A...! ¡Ya estamos otra vez en este nido viejo!

Un tabernero gordo, en la plaza del Ferrocarril, agitaba un paño y respondía desde su puerta:

—¡Ya están ahí esos chavales, acabaditos de llegar! Entonces, ¿sigue en su sitio el distrito XIV?

Corrieron hacia él:

—¿Cómo? ¿Eres de *Pantruche*? (1) ¿De verdad?

—¡Un poquito, pariente! He pasado diez años en la calle de la Gaité.

—¿De la Gaité, como Gaspar? ¿Conoces a Gaspar?

—Puede. ¿Quién es?

—Gaspar, ¡eh!, ¡Gaspar! ¿Dónde se ha metido ese gandul? Mientras aparecía, quince se adelantaron a hacer su retrato y contar sus proezas. “Un tipo de órdago, con la nariz a un lado. Habían venido en el mismo vagón: ¡los había hecho reventar de risa!”

—¡Qué me cuentas! —dijo el tabernero—. ¿Y qué jeringao oficio tiene?

—Vendedor de caracoles; antes había estado en los Mercados, luego fue descargador; en fin, de todo. ¡Un hombre de pelo en pecho!

(1) París.

—¡Anda, anda! Voy a ver a ese pájaro — dijo el tabernero. Todos iban pasando, menos él:

Obreros, burgueses, gorras, sombreros, Rocton, el tapicero — buen mozo —, y Moreau, el tramoyista, que mostraba a sus compinches un hombrecillo bajo y regordete, tocado con un sombrero de paja demasiado pequeño para su cabeza, y decía:

—¿Ves a ése? ¡Periodista...! Vive en la avenida del Maine. Un tipo de mérito; y que se explica bien.

Los obreros preguntaban:

—¿Cómo se llama?

—Gaspar lo sabe; es un compinche de Gaspar.

Siempre Gaspar. El periodista, por su parte, también le buscaba. Volvió a entrar en la estación y vio a Gaspar enzarzado con un empleado. Este encontró ofensivo para la Compañía que Gaspar, al apear-se, se pusiese a cantar con una musiquilla popular: *¡El jefe de estación es un cornudo...!*, y en voz alta observó: “Ventajas del servicio militar. En cuanto los franceses pasan a ser soldados, se portan como unos asquerosos.”

—¿Como qué? ¡Repítelo! ¿Quieres que te masque los higados? — dijo Gaspar.

Y ya duraba sus buenos cinco minutos el chaparrón de insultos y amenazas.

—¿Y todo eso porque llevas galones en la gorra? Yo nunca he querido llevar galones. De modo que no te pongas tan tonto con tu ferrocarril de camama, que tarda doce horas en venir desde *Pantruche*. Hablaré del jefe de estación si se me antoja; y si no quieres que se diga que es cornudo, será porque lo dicen por ti, ¿comprendes? ¡Vamos! ¡Calla la boca, cagarruta de conejo! Nosotros vamos a batirnos, a que nos maten. Tú, con tanto galón, continuarás agujereando billetes. ¡Cállate, te digo; cállate!

—Vamos, vamos, Gaspar — dijo el periodista acercándose.

—Llegas a tiempo, Burette, llévame de aquí; ¡no quiero hacer una cosa mala!

Salieron juntos.

En la plaza, los acogió un clamoreo.

—¡Ya está ahí! ¡Pero no tengas prisa!

—¿Qué hay? — dijo Gaspar —. ¿Qué les pasa a esos zoquetes?

Escupió con coraje, y exclamó:

—¿Por qué esperan? ¡Eh! ¡Sigan andando! ¡Ya os alcanzaré! ¿Berlín? Todo seguido, sin volverse.

Sus ojos, verdes, relucían como los de un lobo.

Luego, de pronto, rompió a reír. Se registraba el bolsillo y mostraba algo a Burette, el periodista.

—¡Por poco le hincho los morros a ese pendón! ¡Mira, el plus de guerra! ¡Ah, chaval, no hay que apurarse: no nos privaremos de nada!

Era París que hacía irrupción en una provincia humilde.

Una piedra rebotando en un charco; una pipiritaña mofándose de un bombo; un espantapájaros sobre un campo de coles. Era el espíritu popular que se adelantaba a decir: “¡No me dejéis olvidado en los bagajes!” Era el amor propio del país, a veces fanfarrón, más a menudo expeditivo, nunca abatido, rebrincando siempre, jovial en la batalla, aletazo de la victoria. Y apenas comenzada la guerra, esbozábase ya el epigrama final.

El tal Gaspar era alto, como conviene para hacerles una higa a los pequeños y medirse con los demás. Manos de hombre que no trabaja con la cabeza, pero cabeza que sabe servirse de sus manos. Labios húmedos, ojo avizor, pelos rufos, bozo petulante, y, sobre todo, una nariz cónica, larga nariz torcida, pero honrada, que sólo sorbe por una ventana, la buena, de modo que parecía que era la frente, curiosa e inquieta, la que dejaba colgar la nariz hacia la izquierda, para pescar en el corazón ideas y frases.

El primer pasante del procurador Farce, que permanecía cerca de la estación, vio pasar a Gaspar y el asombro le inmovilizó. Se sentía arrastrado, aunque desconfiaba. Pensaba con cierta estimación: “¡Lo que es ése no debe de espantarse de nada!” Pero se decía, con inquietud: “¡Es un obrero; no lleva corbata!” El siervo del papel sellado juzgaba al pueblo en libertad; el bufete provinciano contemplaba un barrio de la capital.

—¡Y tú, señorito, no tomas billete para Berlín? — gritó Gaspar.

El pasante se estremeció.

—¡Sí, por cierto!

Y de pronto se le antojó seguirle y ganar su amistad.

¡Uno más! Gaspar no estaba ni cortado ni contento; ni siquiera se enteró de que el otro se incorporaba a su séquito. Avanzaba por A... como hombre familiarizado con las casas y calles. Eran antiguos conocidos: había ido ya tres veces a aquel “antro” a probarse el “disfraz de guerra”, y la expresión de su rostro parecía significar: “¡Ea!, somos nosotros; habrá que menearse.”

En la esquina de la calle de San Eloy, oyó:

—¡Anda! ¡El soldado aquel tan listo!

Volvió la cabeza.

—¡Mi capitán...! ¡Ah, mi capitán! ¿Cómo le va, mi capitán?

—¿Y a ti?

—Yo, muy bien... ¿De modo que es cosa hecha? ¿Los vamos a machacar?

—Con ayuda de Gaspar.

—En tal caso, les llevamos ventaja. ¡Gaspar, sienta plaza! ¿Siguen pagando una perrilla al día? ¡Buena combina! ¡Haremos ahorros!

Tenía los ojos llenos de alegría por haberse encontrado con su capitán. “Es un buen hombre —pensaba—, le gusta que los zapatos nos estén a la medida, y prueba el rancho el primero.” Recreándose en ello de antemano, ofreció sus servicios en seguida.

—Mi capitán..., ya sabe usted..., si hay algo de trajín, yo echaré una mano.

El capitán respondió:

—Vas a vestir a la compañía.

—¡Al pelo! ¿Dónde están los pingos?

—Te lo enseñaré. Ven conmigo.

Gaspar se sentía halagado. Iba al lado del capitán. Los dos eran de París y, claro es, se entendían. Cuando traspasaron la verja del cuartel, el centinela presentó armas, y Gaspar esbozó una sonrisa negligente.

En un rincón del cuartel, el capitán le mostró un revoltijo de hombres: “Esos son los nuestros”, le dijo. Había provincianos, campesinos, parisienses.

Dos días después, gracias a Gaspar, había una compañía de soldados.

Comenzó, con un vale del capitán y tres carros requisados, por recibir todo el equipo.

Vaciaban los almacenes por las ventanas, apoyadas en los carros las resbaleras. Gaspar, para ganar tiempo, se valió sólo de “parigots”: cumplieron con furioso ardimiento. Capotes y pantalones, quepis, mochilas, y corrajes, y, sobre todo, las marmittas, con su estruendo de hoja de lata, salían volando y se derrumbaban sobre los carros. Con el peso se levantaban las varas, y la cincha de los caballos les oprimía el vientre.

Gaspar animaba a todos:

—Acérquense, señoras y caballeros, vean el género.

Y Burette, que transportaba pilas de prendas, proseguía:

—¡Todo barato!

El periodista tenía rostro bondadoso y atractivo, un tantico embobado, con ojos infantiles, admiradores de Gaspar. Le hacía coro:

—¿Los “boches” quieren guerra? Pues bien; ¡ya les enseñaremos lo que es una guerra! ¡Y además, bien vestidos, bien calzados, bien armados! ¡Vamos a llenar los carros!

—Yo no he cambiado de oficio —decía Moreau, el tramoyista del teatro del Châtelet—. He hecho muchas obras de magia. Conozco estos zafarranchos; va a empezar el primer acto: ¡a escena!

—Yo me reservo para el baile —dijo Gaspar—. Bailaremos con las alemanitas.

—¿Y yo? —preguntó Burette.

—Tú figurarás en la apoteosis.

Le respondió una risotada general; tres pilas de gorros de dormir salieron por la ventana dando volteretas, como si se retorcieran también de risa.

—¿Gorros de dormir? ¿En verano? —dijo Moreau—. ¡No hacen falta!

—No seas zote —dijo Gaspar—. ¿Y para colar el café?

Se concluyó. Almacén vacío; tablas desnudas; todo arrebañado. Tomó el tarjetón que ostentaba el número de la compañía, y lo colgó de la ventana, después de escribir en él: *Se alquila, amueblado*.

Cuando ya estuvo todo en la compañía, organizó el almacén con una prontitud y una habilidad que desconcertaron al capitán, hombre de espíritu tranquilo y cerebro minucioso.

—No se pudra, ni capitán —dijo Gaspar—, envíeme los soldados uno a uno y con orden.

El capitán lo hizo así. Entonces, henchida la camisa en la cintura, despechugado, en jarras, decía:

—¡Ponte eso! ¡De prisa! Bueno, ¿te está bien? Sí; estás muy guapo...

—Algo corto... —aventuraba el hombre.

—¿Corto? ¿Con el calor que hace? ¿No sudas ya bastante? Se presentaba otro.

—¡Pruébatelo de prisa! ¡Vivo...! ¡Magnífico! Está hecho a la medida.

—Un poco largo... —aventuraba el hombre.

—¿Un poco largo? Y cuando llegue la fresca el señor pedirá más ropa.

—Me está bien, créeme, me está bien.

—Calla, ¿tú qué entiendes? Tú eres periodista, no sabes de esto. Yo quiero darte unos trapitos a mi gusto, porque eres un buen compinche, y no eres orgulloso aunque seas bachiller... Te he oído y sé cómo las gastas.

—¿Cómo quieres que...?

—Ponte esto; a ver. No tan de prisa. No te va bien; qué-tátele.

—¿Pero vas a revolverlo todo?

—Haré lo que tenga que hacer. Te digo que eres un buen compinche; yo me porto como es debido. Porque haya guerra, los sentimientos no se han ido a esparregar... Toma, estás de primera con esto... Para mí, los compinches son cosa sagrada; como la "abuela" y el crío... Toma, pruébate este capote... A mi mujer también se la quiere, pero la abuela, la pobre vieja... Ahora estamos aquí de broma, pero anteayer el corazón se me bajó a los talones... Quitátele eso... Es demasiado grande... Cuando levanté en brazos al crío y le besaba, y me decía: "Papaíto, ¿no te vas, verdad?" ¡Ah!, entonces me dije... Mira, éste es de tu medida; póntele a ver... Me dije: "¡Diablo! ¡Si fuese socialista...!"

Se había sentado de pronto en un montón de ropas y miraba al suelo, moviendo la cabeza. Hubo un silencio. Burette repuso:

—Aun socialista, no te habrías escapado.

Gaspar se echó a reír.

—¡Hombre! ¡No hay manera! ¿Dónde meterse? ¡Esos cochinos están ya en Bélgica...! Bueno, el capote te va bien. ¿Qué te falta? ¿No tienes quepis? Toma ése... ¿A tu mujer le ha hecho mucha impresión verte partir?

—¡Figúrate!

—¿Es bonita?

—Como hay pocas.

—¡Qué suerte! Mi mujer no es que sea bonita, pero es limpia. Tiene a nuestro chico que si lo vieras te parecería un chico para una exposición.

—¡Bravo...! Y... ¿estás casado?

—¿Casado? No estoy casado por el juez, pero estoy casado... para mis adentros.

—Bueno; entonces... ¿te hizo poca gracia marcharte?

—¡Tú verás!

—Sobre todo, en esta época del año, en que las mujeres llevan blusas transparentes.

—¡Ah! ¿Quieres callar?

—¡Y lo bien que sabe, por la tarde, un aperitivo con hielo!

—¡No, no; no me hables de eso, o desierto! Mira, son las cinco; levantemos el campo, vamos a comer. Te convidó.

Salieron.

Tomaron por la calle Mayor, que sube hacia la Prefectura, y desde lejos vieron la calzada en pendiente llena de soldados.

Cloputte, el tendero, meditaba ante su puerta, de uniforme; la dulce luz de aquel atardecer de estío atenuaba los tonos nuevos de los pantalones y de los capotes, y los ojos sólo percibían la alegría de los colores vivos, a la francesa, que daba a un rincón de una ciudad tranquila el aspecto de vivir una fiesta nacional. Delante de la Prefectura se apretujaban por leer un telegrama. Un cura, en primera fila, se ofreció a leerlo a los que estaban más atrás. Le aplaudieron; guardaron silencio, y comenzó a leer con voz vibrante; los ojos se le querían salir de las órbitas; tenía de extraño que, a pesar de su faz sonrosada y joven aún, los cabellos eran blancos del todo, blancos como la nieve, y tan ligeros, que se agitaban durante aquella emocionante lectura: "Alemania había declarado la guerra a Bélgica. Entonces Inglaterra declaraba la guerra a Alemania. Y el zar había abrazado al embajador de Francia." Cuando se calló, aplaudieron de nuevo.

La gente se miraba... inflando los carrillos.

Decían todos a una: "¡Están locos! ¡Rabiosos! ¡Con todo el mundo a cuestas! ¿Qué se pondrán?"

Gaspar dijo:

—Vente a comer. Te digo que están perdidos.

Burette estaba radiante.

—¡Tenemos para un mes! ¡Nos hacemos con ellos en seguida! ¡Antes de tres semanas piden misericordia!

—¡Ah! —dijo Gaspar—. Vamos a pasarlo muy bien.

Y retorciéndose de risa, fueron hasta la plaza del ferrocarril, donde Burette, que era de buen paladar, conocía un restaurante modesto regido por una antigua cocinera que había cursado veinte años en los fogones de casas ricas.

Allí encontraron a un soldado de la compañía que Gaspar

había vestido, y a un carnicero de Vaugirard, muy gordo, que no había encontrado capote donde pudiera encerrarse su barri-ga. El carnicero se levantó, tiró la gorra al aire, y exclamó:

—¡Unos compinches! ¡Ya era hora! ¡Me estaba aburriendo!  
El hecho es que el otro comensal no tenía aire retozón.

—¿Cómo te llamas? — preguntó a este último.

—Hommage.

—¿Dónde has pescado ese nombre? ¿Qué te hacías de pai-sano?

—Administrador de fincas.

—¡No te da asco! ¿Y por qué pones hoy esa jeta? ¿Se te ha muerto alguien?

—Es que no me encuentro bien.

—¿Qué tienes?

—Endocarditis.

—Endo... ¿qué?

—Me será imposible ir a campaña.

—Pues, chico, quédate entre algodones — dijo Gaspar —, te enviaremos tarjetas postales.

Y volviéndose hacia el gordo:

—¿Qué se come?

—Una sopa de guisantes — dijo el carnicero.

El carnicero era muy notable. Cabeza bestial, enorme, irre-sistible. Nariz chata, parecida al hocico de un buey. Sus ojos, diminutos, apenas rasgados en la grasa, recordaban a los del cerdo; las mejillas, carnosas, tirantes, no parecían un rostro; ni vestigio de frente: los cabellos le empezaban en las cejas; ni sombra de mentón, porque la boca se perdía en el cuello. Pensán-dolo un poco, se comprendía que era un ser humano; pero a la primera ojeada era sólo un monstruo, de una comicidad extra-ordinaria. ¿Quién hubiese creído que era un matachín, y que se pasaba la vida dando muerte? Era charlatán, marrullero, sa-laz. Sabía poner los ojos en blanco, revolver la lengua, mover las orejas; no hacía dos minutos que Gaspar estaba allí, y esta-llando de risa, apoyado de codos en la mesa, repetía:

—¡Chico, es aplastante este barbián!

El otro estaba habituado al buen éxito.

Primero hizo cosquillas a la criada.

—¿Cómo se llama usted? ¿Prudencia? ¿Qué bonito! Así me llamaron a mí también, de primera intención. Durante un año creyeron que era niña...

Y de pronto, con voz de bajo: “¡Era tan tiernecito y tan mono!”

La criada enrojecía de risa. El propio Burette estaba contento; junto a una mujer, fuese criada o no, Burette siempre se encontraba a gusto, y se retorció con satisfacción el bigote. Además, era aficionado a la mesa. Contemplaba el vaho de la sopa, el pan tierno, la sidra dulce, y dijo:

—Vamos a comer, y no hablemos de la guerra.

—¿La guerra? — dijo el carnicero, llenándose la boca de ternera —. ¡Ni siquiera veremos a los “boches”!

Burette casi asentía. Pero a Gaspar le pareció aquello una exageración. Preguntó en serio:

—¿Qué motivos tienes para decir eso?

El carnicero guiñó los ojos.

—¿Qué motivos? ¿Sabes leer?

—¡Un poco, sobrinazo!

—¡Pues lee, tiazó, lee los papeles! En Berlín sienten ya canguelo. En Viena están que se tambalean. Y Guillermo, ¡no te apures, ya no lleva los bigotes tiesos!

Rebañó el plato, se hinchó los carrillos, se lo tragó todo de golpe, y prosiguió, por vía de conclusión:

—Además, ¡en cuanto les enseñe este guijarro...!

Se quitó con gravedad el quepis, y descubrió un cráneo, pelado tan al rape, que ya no había allí sino una esperanza de cabellos; pero, por orden suya, el barbero le había dejado un mechoncito inquieto, inestimable, que temblaba como una pluma al menor movimiento de cabeza. El efecto era admirable, y Gaspar se abandonó a la idea de que el enemigo se pararía en seco al verlo. Reía, reía, golpeando la mesa, y un cloqueo en la garganta.

—¡Es un tipo aplastante este barbián! ¡Escúchame!

—¿Qué?

—Tú vendrás con nosotros, ¿eh? Eres un compinche; seremos compinches. Este Burette es periodista; buen compinche.

—No se puede — dijo gravemente el carnicero —. Me han destinado al suministro de carne.

Gaspar se puso casi melancólico. Se rascaba la cabeza, murmurando: “¡Qué poca suerte tenemos!”

Ya no se le oyó reír más durante la comida.

Al volver al cuartel para acostarse, rezongaba.

Un sargento mayor recorrió los dormitorios preguntando las

señas de las familias, para en caso de defunción. A Gaspar se le revolvió el estómago.

—¡Oh! ¡Esto es un asco! ¡Qué modo de tratarnos! Bueno que me maten, pero que no me hablen de ello. ¡Si no me contuviera, les metía unas señas falsas, porque esto... esto me parece una cochinada!

Por fortuna, las noches de agosto son breves, y las ideas negras de los hombres no resisten una salida de sol radiante, que empieza por incendiar el cielo y arroja luego sobre la tierra su haz de rayos, que lo invade todo, no deja libre ni una ventana, va a buscar al durmiente en sus pajas, le deslumbra aun cerrados los párpados, le despierta con una alegre diana, iluminando todas sus ideas, y del patio de un cuartel, triste y vacío, donde cada cual suspira viéndose solo entre tantos, hace una vasta mancha de luz, donde uno encuentra una sombra fiel a quien confiarse.

El regimiento, medio constituido, medio equipado, medio despierto, bajó, llamado por un redoble de tambor, y de súbito el sol lo duplicó, alargando en el suelo las siluetas grotescas de aquellos hombres, que recobraban confianza al recibir un baño de luz benévola, llena de promesas.

Ibanse formando las secciones, las escuadras; los amigos se llamaban: “¡Eh!, tú, ven por aquí; para estar juntos en las comidas, ¿quieres?” Grupos de normandos y de parisienses: los primeros, reservados y temerosos de que los vieran; los otros, fanfarrones y muy satisfechos con dejarse ver.

Los sargentos, mitad condescendientes, mitad regañones, decían:

—¿Pero acabaréis de colocaros para que os tomen los nombres? ¡Por vida de Dios!

Desde el almacén, Gaspar gritó:

—Yo estoy con Burette. ¡Burette es mi compinche!

Y Burette, alegremente, respondió:

—¡Moriremos juntos en la brecha, estate tranquilo!

Después, a cada media sección fue destinado un sargento, y los soldados, en cuanto echaron la vista encima a sus jefes, cuchicheaban.

—¡Es una suerte; hemos caído bien!

—¿Tú le conoces a ése?

—¡Ah!, ya lo creo. ¡Un buen sujeto!

—Y además, muy divertido.

—Y le tiene todo sin cuidado. ¡No es como aquel otro!

Y entonces miraban con satisfacción compasiva a los vecinos, que les devolvían aquella mirada condescendiente, persuadidos también de haber tenido una suerte sin par.

Lo mismo pensaban de todos los capitanes. Cada compañía tenía el mejor; pero la 24.<sup>a</sup>, según decía Gaspar, estaba mejor servida que ninguna. Cuando nombraba a Puche era como si nombrase a Dios.

—No es hombre para amargarnos la comida. Con Puche, el rancho es lo mismo. Y ya tenemos tarea con él.

También la tenían con Gaspar. En el almacén repartía mochilas, corbatas, hombreras, placas, cordones, franelas, cogoterías, hebillas para el correa. Luego, salía al patio con sacos de café en grano, de azúcar molido, galletas, conservas y vendajes. Hacía formar las filas, y las recorría, bañada en sudor la frente.

—¡Vamos, tú! ¡Despacha! ¿Tampoco tú crees que llegan los alemanes?

—¿Adónde llegan?

—¡A casa de tu parienta! ¡Espabilate!

Era ya popular. Véase en él un conductor de mano firme.

Subrayando cada uno de sus actos con una frase de amplio buen sentido, llegó en veinticuatro horas a ser el consejero y el confidente de la compañía. Su papel de hombre práctico se reforzaba con un efecto moral. A los quejumbrosos les decía:

—Mira, chiquito, no nos fastidies con tus historias. Te llevamos de campo y vas a probar las golosinas que hace Gaspar.

Pero no le gustaban los habladores, los entremetidos y los estrategas enterados de todo.

—¡Trágate la lengua, así engordarás! Cuando hayas hecho algo, habla, si sabes. Si te dan una perra chica al día, no es para confites. Empieza por despanzurrar “pruscots” (1); el ciento vale una perra chica.

Algunos iban a quejarse: “Este quepis es demasiado pequeño...” “Ven conmigo.”

Y le ponía en manos del barbero:

“Orden del capitán: esquilas al rape a este peludo, que tiene la calabaza demasiado grande.”

Cuando iban a pasar la revista de salida, el caballo del comandante no cesaba de encabritarse. Gaspar fue a él, le habló a

(1) Prusiano.

la oreja: “¡Pegaso, vamos, Pegaso!” El animal, halagado, se calmó.

La bandera se resistía a salir de la funda. Es verdad que estaba en manos de un subteniente minúsculo, un conato de abandonado, como deberían ser todos, para que no se vieran más que los tres colores con los flecos de oro. Mas para eso, hay que desplegarla, y también fue Gaspar a socorrer al subteniente. Sujetando con fuerza el asta, protestaba furioso: “¡Ah, camello! ¿No sabes que estamos en guerra?”

Y sus puños vencieron.

En resumen: cuando se pusieron en marcha, todos los soldados, hasta los normandos más “anormandados” se hubieran alegrado mucho de caminar junto a él. Pero Gaspar fue implacable:

—¡La calle de la Gaité, ante todo!

Lo decía con orgullo, y al nombrarla veía la calle de la Gaité, detrás de la estación de Montparnasse, con sus bares, sus music-halls y sus casas de comidas. En ella habla, se divierte y se alimenta todo el barrio. Más bulliciosa que la calle de Belleville, huele a patatas fritas, como la calle de Montorgueil. Por la noche, se ciega de luces y se aturde con los fonógrafos.

Gaspar, vendedor de caracoles en la calle de la Gaité, repitió con emoción:

—¡Vamos; los chavales de la calle!

Moreau el tramoyista avanzó el primero, como un oficial de órdenes que se coloca a la derecha de su jefe.

Burette fue a ponerse a su izquierda. Gaspar le miró.

—Tú no eres de la calle, pero eres un compinche; bien está. Y ahora a Berlín; ¡dale las señas al coronel!

Se formaron de a cuatro. Los oficiales silbaron. El regimiento se puso en marcha.

Dos mil hombres en aquella capital pequeña, medio muerta y trivial; dos mil hombres que se habían encontrado de pronto juntos, con el mismo número en el capote, la misma arma en el hombro, y cuyo rostro hacía la misma pregunta: “De modo que... ¿Vamos allá?” Y se contestaban para sí: “Allá vamos.” Dos palabras que expresaban el brío de los unos y ocultaban la angustia de los otros.

La singular belleza de un regimiento que emprende la marcha, nace, ante todo, del uniforme, la disciplina que hiere primero nuestra vista. Pero bajo quepis semejantes, el pensamiento también se iguala, y a todos les parece, en cuanto suena la voz de mando

“¡De frente, marchen!” y los sargentos empiezan a contar “¡Uno, dos!”, que no hacen sino seguir los pasos de la Fatalidad. ¿Dónde van a parar los amores, los intereses, los miedos, en aquella arrancada general, donde la cadencia del cuerpo se lleva tras sí las ideas?

A los niños y a las mujeres les gusta ver pasar los soldados; pero a los hombres no les gusta menos ser soldados que pasan. Vedlos cogidos en una muchedumbre en movimiento. ¿Se dejan llevar? ¿Dan ellos el impulso? No lo saben; no se pertenecen. Ya no piensan “yo”; se han transformado en “nosotros”, henchido el corazón, tensa la energía.

Los que no han servido, los que no han atravesado, mochila a cuestas, una ciudad, desconocen una de las sensaciones más fuertes que puede tener el hombre: la de no ser en la máquina social más que una ruedecilla, muy subalterna. Pero es una servidumbre que enorgullece, porque exalta en cada individuo un valor nacional. Un hombre armado, que marcha marcando el paso, descubre en sí una fuerza, una misión. No obra ya por propia cuenta; se convierte en un símbolo; su uniforme lleva los colores del país; percibe que un regimiento en marcha es una cosa grande.

Cuando aquél se movió, un soldado sin armas se acercó a Burette y a Gaspar:

—Hasta más ver, señores... ¡Buena suerte!

Era el señor Hommage, el administrador de fincas, el de la endocarditis, que había alcanzado del médico que le dejaran enmohecerse en el depósito. Burette, bonachón, le dijo abur, pero no pudo por menos de decirle a Gaspar:

—¿Te acuerdas de las últimas maniobras que hicimos? “Si la guerra estalla —decías— que se las arreglen los propietarios como puedan para defender sus cuartos. Yo no me moveré; nada tengo que defender...” Pues bien, Gaspar, ¡tú eres quien va a la guerra, y ese propietario se queda!

—¡Espera... espera... te diré! —dijo Gaspar—. Mi combina era equivocada. Yo, como no tengo nada, nada puedo perder; de modo que no lo dudo; corro a romperme la cabeza. Pero ese parroquiano tiene apego a sus cuartos. Más vale dejarle; tiene cosas que guardar.

En un minuto, su natural buen sentido, sencillo y firme, había adaptado a la guerra una teoría de paz.

Pasaron la verja del cuartel. Los tambores redoblaron; resonaron las trompetas, y se vio al regimiento avanzar por las calles.

Era una tarde adorable, tibia, confortante; por el aire corrió como un estremecimiento que delataba la emoción de la ciudad.

Las tenderas salían con flores en las manos; Gaspar alargaba las suyas y gritaba a las mujeres:

—Cuando volvamos, ¡qué de besos os vamos a dar!

Corría la noticia de que cien mil alemanes acababan de perecer delante de Lieja. ¡Cien mil! Parecía que ya no quedaban más. Los soldados daban zancadas enormes.

—¡El tren para Berlín! ¡El tren para Berlín!

Cuando lo percibieron, ¡qué clamoreo!

La plaza de la estación estaba colmada de gente. Habían corrido para verlos pasar, y ahora se apretujaban para verlos salir. Domingo. Las mujeres llevaban blusas claras, zapatos nuevos, sombreros con flores. Veíase a la mujer de Fosse, a la de Clopurte, a la señorita de Romance, a la coronela.

—¡Ah, qué fastidio —dijo Burette— no tener ahí también a su mujercita!

Gaspar dijo: “¡Consuélate timándote con las otras!” Gaspar le daba ejemplo; hacía señas a cuantas veía.

El coronel, tieso, nervioso, se paseaba por el andén, como si quisiera habituar su calzado a las marchas, y su mujer, robusta, con pecho semejante al que suelen tener las Victorias, entregaba, por encima de la valla de la estación, manojos de rosas a un capitán de dulces ojos, a quien miraba a través de los espejuelos.

En fin; los soldados se embarcaron. Estaban repartidos en grupos, contados de antemano. No tenían más que subir al vagón cuyo número les habían dado. En cinco minutos, el regimiento desapareció en aquellas jaulas negras y pardas, en las que iban a rodar hasta la frontera dos mil hombres. No se veía ya más que las cabezas agolpadas a los respiraderos, y las puertas estaban llenas por las clases, sargentos o cabos, que querían ver y ser vistos los últimos.

Sin embargo, se veía muy bien a Gaspar, Burette y Moreau, aunque no llevaban galones en las mangas. En su vagón las clases permanecían detrás.

A las tres en punto, el convoy se puso en camino. Revoltijo de aclamaciones: “¡Hurra! ¡Hurra! ¡A Berlín! ¡Abajo Guillermo! ¡Hasta la vista, amigos! ¡Adiós, rubia...! ¡A Berlín, a Berlín!” Los paisanos, respondían: “¡Buena suerte! ¡Animo! ¡Que matéis muchos! ¡Que volváis pronto!”

Y la coronela, que seguía mirando con sus espejuelos, lanzaba

más flores, que un teniente atrapó al vuelo al encaramarse a su compartimiento.

La máquina silbaba, silbaba: adiós vibrante a Normandía. El jefe de estación estaba en el andén, agitando su bandera. De pronto, una voz burlona lanzó, con la música de una canción popular: *¡El jefe de estación es un cornudo!*

Era Gaspar... que se iba a la guerra.

## CAPITULO II

Los trenes de ganado! ¡Cosa más mezquina ni más tétrica no la había! Fue necesaria la guerra para verlos animarse de súbito y convertirse en lo más apasionante de Francia. Las mujeres, en los pasos a nivel, los aclamaban. Se reían al leer en las tablas de los vagones: *Tren de recreo para Berlín*. Los soldados gritaban: “¡Adiós, María! ¿Cómo va, Margot?” Agitaban las mujeres los pañuelos, arrojaban flores, y los regimientos, camino de la frontera, atravesaban provincias francesas que parecían en fiesta.

Gaspar, Burette y Moreau tenían conciencia de no haber corrido jamás un bromazo semejante.

Para respirar, ver y apearse en todas las paradas, habían tomado posesión de la puerta en su vagón de ganado, y nada ni nadie pudo echarles de allí. Cuando alguno se quejaba, respondía Gaspar:

—¡No nos des la lata! Si no estás conforme, quéjate al capi y háblale de Gaspar: verás la que te suelta. Gaspar ha meneado las tabas, mientras tú te divertías mirando a las musarañas. Me parece que tengo derecho para viajar a mi gusto... Cada uno es cada uno, ¿comprendes? No hay que confundir berzas con capachos, ni el tirante de una bota con una mujer preñada.

—Bueno; ¿y los otros dos? — gruñía el descontento.

—Los otros son mis compinches; no hay sitio para más. Y calla la boca... ¡Habrás visto, qué tipo! ¡Un normando, un mendigo, culo de tierra, sin más que boñigas de vaca, gallinaza y cagarrutas de conejo, quiere el sitio de un periodista y de un tramoyista! ¡Ah! ¡Qué cosas se ven!

—Mira... — decía Burette —, por un ratito podría yo...

—¡Tú te estás ahí — vociferaba Gaspar — o no eres mi compinche!

—Tiene razón —decía Moreau—; los compinches son los compinches.

—Además —concluía Gaspar—, tengo la boca seca.

Sentado en el suelo del vagón, con los pies colgando al exterior, le bastaba dejarse deslizar en cuanto se detenía el tren. Sus compañeros le gritaban a veces:

—No han dado la señal. ¡Si te ve el coronel, te la ganas!

—Para poder hablar necesito refrescarme.

Sin equipo, sin capote, abierta la camisa sobre el pecho velludo, subiéndose el pantalón, que se le caía, y con media docena de bidones colgados del hombro, saltaba sobre el balasto, de traviesa en traviesa, corría a las barreras, a las casas, sacudía las puertas, golpeaba, gritaba, se volvía con todas sus hojalatas y montaba otra vez, furioso, diciendo:

—¡No doy un paso más! ¡Si no hay agua, no doy un paso más!

Pero el tren los daba por él. Otra parada. Partía de nuevo. Desde lejos le azuzaban, y desaparecía como un ratón en su madriguera. Burette se llevaba buenos sustos. “¡Va a perder el tren...!” Nunca. En cuanto el convoy se movía, veíase resurgir por la derecha o por la izquierda a Gaspar, y de cada dos veces una volvía con el torso empapado.

Brillábanle los ojos. Bromeaba.

—¡Me he puesto debajo del caño de una fuente! ¡Qué gusto da! Y ofrecía los bidones chorreando agua.

Burette dijo una vez con mirar voluptuoso:

—Lo que yo tomaría ahora es un buen bock.

Gaspar le miró.

—¡Me haces gracia, hombre!

No lo había dicho, cuando el tren se sumió bajo el techado de una gran estación. Abriendo la otra puerta del vagón, Gaspar vio en el andén contrario al de llegada un barrilito de cerveza. En la vida ocurren milagros... Le pareció que el barril no tenía dueño ni nombre ni dirección. Llamó: “¡Moreau, vente para acá!” Anochecía; ni un oficial; rodaron el barril hasta el vagón.

El señor Fosse, que era sargento, protestó:

—Eso no, Gaspar, eso es un robo.

—¡Un robo! —dijo Gaspar—. Ya no me choca que lleves galones. Sólo a un sargento se le ocurre venir con esas historias.

Y con la bayoneta golpeaba el barril para abrirlo.

¡Un robo! ¡Y en la red del Estado! ¿Quién es el Estado? Nosotros. Entonces, si viajo por nuestra red y me encuentro con esto, nuestro es. ¡A ver, chavales, los vasos!

Burette presentó el suyo, como los demás, excusándose con el señor Fosse.

—¡En la guerra... todo se trastorna!

—¡No hables más! —dijo Gaspar—. Bebe, toma otro, y no te ocupes de ello.

Tocaban a unos tres litros por barba. Por fortuna, más de la tercera parte se vertió por el suelo. Los soldados metían los pies en la espuma. Era la buena vida, abundante; una verdadera juerga.

Una sola inquietud les ganaba en ciertos momentos. ¿Adónde iban? ¿Al Este? ¿Al Norte? Todos decían: al Norte. Y resultó que fueron al Este. Rodearon París, y atravesaron por el término de Champigny.

Territoriales obesos guardaban los puentes. Los soldados les gritaban: “¡Salud, Grégoire! ¿Te va bien? ¡No te apures! ¿Es tuya esa barriga?”

Después tomaban un bocado; compartían las sardinas, los huevos duros, el salchichón y el chocolate, y se adormilaban traqueteados por el tren, apoyados lo mejor que podían unos contra otros, roncando, bostezando, despertándose y jurando en una mala jaula de ganado, entre crujir de maderas y rechinar de hierros, cuyas cuatro ruedas hubiérase dicho que se dispersaban a cada brutal parada del tren.

Al cabo de veinticuatro horas entraron en la estación de Reims.

—¡A ver si nos apeamos ya pronto! —dijo Moreau—. ¡No nos van a llevar a batirnos en seguida! Somos de la reserva, padres de familia... Y los jóvenes, ¿qué hacen? ¡Que no nos jerin-guen!

—Eso —dijo el tranquilo Burette— es un razonamiento infantil.

—¿De veras?

Moreau se encogió de hombros, vejado.

—¿Cómo firmas tú en los periódicos?

—Firmo *Sócrates*.

—¡*Sócrates*! ¡Qué tipo! Mejor harías en firmar *Papanatas*. El periodista ha de decir cosas sensatas, o si no, es ciscarse en la opinión.

—Pues bien, lo repito: mañana estaremos en la frontera.

Estuvieron aquella misma noche.

—Ese *Sócrates* nos trae la mala suerte — profirió Moreau.

—¡Qué bonito! —replicó en el acto Gaspar, irguiéndose—: ¡No se diría que eres de la calle de la Gaité...! ¿Tienes sangre de alondra? Puesto que vamos allá, no hay más que hablar: allá vamos. Yo prefiero topar con ellos, y que se acabe esto. Al primer “boche” que pesque, no tengas cuidado, no le pregunto si es diputado ni si tiene recomendaciones; ya verás lo que tardo en hacerle salchicha.

Con esas animosas palabras puso el pie en la tierra lorenese.

Pero su frase no tuvo la fortuna que merecía. Era ya de noche. En la oscuridad, un oficial gruñó: “¡Silencio, recristo! ¡No es hora de bromear, o nos apiolan como conejos!”

—¿Apiolarnos? —murmuró Moreau—. Entonces, es cosa hecha: están ahí.

El estupor pesó de súbito sobre aquel regimiento, ya embotado por día y medio de viaje en vagones de ganado. Desembarcaba a una hora misteriosa, en un muelle sin faroles, en una campiña desconocida, de la que sólo se sabía que era “la frontera”. Los hombres, boquiabiertos, levantaban la cara hacia el inmenso cielo. Estrellas remotas, debiluchas. Resonaba en los altos álamos un viento insólito, y ante los ojos, sobrecojidos, el horizonte parecía una línea negra; cerrábalo un alcor, que limitaba la planicie como un muro tras del que... se suponía al enemigo.

Sin ruido, se emprendió la marcha. Atravesaron un río, de donde se elevaba una bruma indecisa, por un puente minado y guardado. Lo pasaron de dos en dos, con precaución. Aquello sí que era ya la guerra, la trágica guerra... El señor Fosse caminaba muy tieso. Empezaba a cumplir con su deber. Los normandos, un tanto flojos; su prudencia se inquietaba. Burette pensaba en su mujer: once de la noche, la hora de darle un tierno beso y de acostarse. Gaspar, columpiándose en su andar de buen mozo parisién, se decía tan sólo:

—¿Adónde nos llevan? ¿Qué significa todo esto?

El regimiento atravesó dos aldeas, preparadas para la defensa; carros viejos obstruían a medias el camino. Patrullas de dragones desembocaban de pronto de un camino hondo o de un campo; los soldados se bamboleaban sobre los caballos al galope. Los infantes se resguardaban, maldecían, abrían las filas, y después iban corriendo, sonándoles las tarteras, a recuperar su puesto en la columna.

Moreau refunfuñó:

—Estos cofrades, con sus pencos, son una pesadilla.

Luego, la fatiga mató las ideas. Después de tres horas de marcha rápida, casi anhelante, en aquella noche suave, los soldados no pensaban ya en el enemigo invisible, sino en sus propios pies, en sus riñones, en el placer de hacer alto.

—No es posible —dijo Gaspar, que llevaba la pata a rastras—. Se han ido a tomar viento. Mañana por la mañana nos vamos a encontrar en Berlín.

—¿Estás cansado? — preguntó el capitán Puche.

—¿Yo? ¡Oh, no es que esté cansado! Digo eso... ¡vaya!, por decir algo.

Pero cuando al amanecer hicieron, por fin, alto en una aldea, y cada compañía se encerró en una troje, Gaspar cayó de narices sobre la paja, sin mirar dónde, con mochila, fusil y equipo, sin responder a los otros, que le injuriaban.

—¿Ya no hay sitio? ¿No puedes arreglar la panoplia? ¡Echa estorbos...! Ese cochino se futra en todo: ya está roncando.

Hasta Burette estaba furioso por no poder instalarse a sus anchas:

—¡Ha cogido toda la paja! ¡Y tiene mi gorro de dormir! ¡Es un asqueroso! Me echaré en sus espaldas.

El otro hacía poco caso; soñaba con sus caracoles y con la calle de la Gaité, lanzando profundos suspiros, entrecortados por breves frases.

Al cabo de dos horas, de pie. Orden del coronel.

—¿El coronel? ¡Me futro en el coronel! — dijo Gaspar.

—Al primero que me moleste —dijo Moreau— le hincho los morros.

—Ya la cama es bastante mala —dijo Burette—, mejor sería que nos trajeras chocolate.

—¡Y esto en el siglo xx! — dijo Gaspar.

El señor Fosse, con el pelo lleno de paja, los ojos hinchados, la voz pastosa, afirmó titubeando:

—¡Vamos, vamos, sed razonables! Habrá que hacer café... ¡Gaspar!

—¡Gaspar ronca!

—Me choca eso en usted, Gaspar... ¡un parisién!

—¡No hables de París! ¿Sabes siquiera lo que es París? ¡En París, cuando uno está durmiendo, no le vienen a jorobar! ¡En París no le traen a uno los sargentos al retortero! En

París... en fin, está uno en París, mientras que aquí nos tratan como a bestias; no es el momento de hablar de París.

—¡Qué mentalidad...! Pero ahora estamos en guerra, ¡por vida de...!

—¡Me futro...! ¡Estoy roncando!

—¡Firmes!

El capitán asomaba la nariz por la puerta.

—¿Está aquí Gaspar?

—¡Presente...! ¡Allá voy!

—Cuento contigo para que nos hagas un buen café.

—Lo haré, mi capitán.

—Me llevarás un vaso.

—Comprendido.

—Y otro al teniente.

—No se preocupe: habrá para todos.

El capitán desapareció. Fosse observó:

—Cuando se trata del capitán...

Gaspar le miró con descaro:

—¡No irás a compararte! Es hombre bien educado, sabe decir las cosas.

—Sí, le ha halagado a usted pidiéndole un vaso.

—Entonces, ¿crees tú que si me lo hubieses pedido...?

—No digo que yo...

—Los galones me impresionan poco, ¿sabes tú?

—¡Bueno, basta! —dijo el señor Fosse—. No me incomode, o se la gana usted.

—¡Cómo!, en serio: ¿es que vas a dártelas de mandón?

—¡Haga usted el café!

—¡No estás hablando con un chiquillo!

—¡Haga usted el café!

—Soy padre de familia; y, además, sé arrimar el hombro cuando hay algo que hacer.

—¡Basta!

Salió el señor Fosse, desencajados los ojos, apretando los puños. Gaspar miró a Moreau.

—¡Se ha picado el hombre! Es triste cosa ir a la guerra con gente picajosa.

Burette se estiraba:

—¿Tienes azúcar que sea bueno, para el café? ¿De qué marca? ¿Y aguardiente? ¿Hay aguardiente en este pueblo? ¿Has visto algún indígena?

—Vamos a explorar.

Gaspar salía. Burette gritó:

—Si encuentras también una muchacha guapita...

—¡Para mí!

Gaspar hizo el café. Dos horas más tarde hizo el rancho; y volvió a hacerlo por la noche. Al siguiente día repitió la operación.

El regimiento acampaba a cien metros del Mosa, en una pobre aldea lorenesa de tejados casi planos, cuyas tejas rojas aparecían dispuestas de cualquier modo por las manos inhábiles de los pobres campesinos. Las casas, a lo largo de la carretera, estaban colocadas a la ventura. La torre de la iglesia, una iglesia de líneas pueriles, zozobraba. Había densos muladares delante de las puertas. Y el aspecto general era lastimoso, aflictivo, en aquellas horas de angustia, cuando la proximidad de nuevas desdichas hacía revivir en el ánimo todo lo que ya había padecido aquella tierra. País eternamente víctima de la guerra, visitado por las invasiones como otros por las tormentas, y que ya ni siquiera se asombra cuando se avecina el enemigo en armas. Reconstruyénlo con premura, como para hundirse sin dolor a la primera sacudida. Los rostros son duros y resignados. Y los soldados oriundos de provincias bienhadadas no comprenden que la hostilidad de los habitantes viene de sus sufrimientos más que de su animosidad.

Gaspar, que fue de puerta en puerta pidiendo manteca, cebollas, un espeto, volvió furioso, rezongando: “¡Son unos camellos, todos unos camellos! ¡Asco da ir a que le hagan a uno papilla por zoquetes así!”

Pero tuvo que confiar su amargura a las ollas, porque los compañeros se habían ido con el capitán a la orilla del río, para hacer el ejercicio tranquilamente, como en tiempo de paz.

La orden era general para el regimiento; pero el capitán Puche tenía un modo tan manso de hacerla cumplir, que debe hacerse aquí un paréntesis para presentar un tipo tan curioso.

El coronel y los otros oficiales tenían, desde hacía cinco días, la boca vibrante y siempre dispuesta para una alocución patriótica. Puche no había hablado aún una vez de la guerra. Iba a ella sin turbarse; pero el suceso no le sugería frases inflamadas; no era abogado, era capitán; es decir que, por lo pronto, antes de pensar en la batalla, que tanto para él como para sus soldados era lo desconocido, pensaba: “Mi obligación primera es ocuparme de

su sustento y de su preparación." Así, pues, no decía: "Soldados... la Patria... la Gloria... la Bandera... el Sacrificio... la sangre vertida..." No; decía: "Hijos míos, ¿tenéis filopoda? ¿Han cocido las patatas? ¿Han recibido todos la ración de reserva?"

Por lo demás, su solicitud no era comprendida. El pueblo francés gusta de los discursos un poco retumbantes. Un jefe como aquél, de conciencia meticulosa, ocupado siempre en detalles vulgarísimos, no satisfacía, en sus doscientos cincuenta soldados, la propensión jactanciosa que los parisienses sobre todo llevan en los tuétanos. Los cansaba con sus preguntas. Y ellos no percibían el grave fundamento de su vigilante atención.

Cuando, a pocos kilómetros del enemigo, mandó los ejercicios de instrucción con igual lentitud minuciosa que si la guerra fuese sólo una hipótesis, tropezó con la malhumorada terquedad de la tropa.

Los soldados rezongaban:

—¡Ah! ¿Estamos aquí para hacer de todo?

—¿Por qué no nos manda sacar brillo a los botones?

No les habían dado polvos de limpiar; que si no, se le habría ocurrido. Porque para el capitán Puche sacar lustre a las hebillas y al correaje era una de las formas de la disciplina, uno de los medios más seguros de domar a la tropa y de habituarla a obedecer siempre. Cada vez que volvía con ella al acantonamiento, decía al apearse del caballo: "Limpieza de armas y equipo; vendré en persona a enterarme." Y daba la orden con tanta naturalidad como firmeza.

La guerra no cambió nada a aquel hombre singular. Seguía siendo en Lorena lo mismo que en su casa, en el barrio provinciano de la Escuela Militar, cuando por las noches, a la luz de la lámpara, copiaba relaciones de camisas o de calzado. Ejemplar de la burguesía media, virtuosa, que en el verano hace confituras para el invierno, y que, siempre práctico, continúa, en las horas más solemnes, creyendo en la importancia de todas las cosas menudas. Esas preocupaciones de apariencia mezquina sublevan a los espíritus exaltados; no comprenden la utilidad ni la fuerza de un oficial funcionario, apegado estrictamente a su puesto y a su tarea, sin absorberse en pensamientos que parecen más altos y más vastos, pero... que acaso no son más que divagaciones. La Guerra, la Vida, la Muerte: hermosos temas que es prudente dejar a los paisanos; éstos tienen tiempo de divagar. Un capitán

nunca está ocioso. Tiene que vigilar la pitanza de su tropa. El vientre y los pies: tal es su primer cuidado. La anormalidad del destino, la pavorosa aventura en que se convierte la existencia en ciertos momentos, el inmenso signo de interrogación que la guerra planta delante del espíritu, son cosas que conciernen a los filósofos... no movilizados. La cartilla militar con su fascículo rojo es una prohibición de entretenerse en problemas insolubles. El soldado obra, no piensa. En cuanto piensa, el enemigo le acogota. El primer acto de la guerra es plantar sobre la imaginación un apagador. El capitán Puche, que parecía desprovisto de ella, era un jefe muy valioso.

Ninguno de sus soldados, incluso Burette, se dio cuenta de ello en los primeros días. Gaspar, a pesar de que no iba al ejercicio, pues no se separaba ya de las ollas, definió en su lenguaje del arroyo el empleo que la compañía hacía del tiempo, con dos palabras despreciativas: “¡Ejercicios bizantinos!”; y con eso quería decir a la vez “anticuado” y “chocarrero”.

Después, se explicaba:

—En este oficio no debe intentarse comprender nada. Son nuestros amos, y uno no es más que una matrícula.

—¡Ah! —decía Moreau—. ¡Vas un poco lejos!

Romarin, el oficial de peluquero de A..., reponía muy nervioso:

—Yo estoy aquí para batirme, y lo que pido es batirme.

Clopurte, el tendero, no se estremecía.

A veces, Pincelop, rústico mozallón, de cabeza rojiza, curtida por el sol, decía, con las manos en los bolsillos, balanceando el torpe corpacho:

—A lo mejor, puede que ni siquiera veamos a los “boches”.

—¿No? ¿Qué me cuentas? —decía Gaspar.

—Mocito, no cuento nada; somos de la reserva.

—Sigue, sigue: da gusto oírte.

—Si los de activo trabajaran bien...

—¡Pero qué primo eres! ¿De dónde sales? ¿Te has escapado de un jarrón de la China?

—No soy más tonto que tú.

—No es que seas más tonto; eres un zopenco.

—Pues ya llevamos aquí cinco días; y los “boches” se han ido haciendo fu; ¿por qué se han ido?

—¿De qué pueblo eres? —dijo Gaspar.

—De Pin-la-Garenne.

—¿A cuánto va allí la simiente de bobos?

El sargento Fosse entró corriendo en la troje:

—¡Nos vamos! ¡Hay que estar preparados antes de un cuarto de hora!

—¿Adónde vamos? — preguntó Moreau.

—¡Vamos allá! Esta vez es cosa hecha. Ya podéis numeraros los remos.

—¡No gastes bromas! — gritó Gaspar —. ¿Estás seguro?

—El coronel se lo ha dicho delante de mí a Puche.

—¡Arriba, chavales! ¡Esto es vida!

Se arrojó sobre Pincelop, azotándole con toda su fuerza.

—¿Qué dices ahora? ¡Buen olfato has tenido!

Pincelop se había puesto pálido. Clopurte, el tendero, también. Romarin irradiaba. Gaspar obligó a bailar a Burette.

—Y tú, ¿no te has enterado?

—Sí, sí; ya lo he oído.

—¿Y no estás contento?

—Lo estoy.

—¡Es cosa de alegrarse! ¡Veremos ahora de qué madera es el “boche”!

Y en la manera con que se echó la mochila a la espalda, diciendo: “¡Anda con ellos, Azor!” , había tanto júbilo, que hasta los más flojos sintieron vergüenza. Los miraba con ojos relucientes, y decía, húmedos los labios:

—¡Al fin vamos a poder darnos de coscorriones sin que los guardías tengan nada que decir!

El regimiento partió.

El tiempo era despejado y fresco, con fugaces bocanadas de viento, que incitaban a la marcha a aquella columna de tropas frescas, enteramente nuevas, en el comienzo de sus miserias. Gaspar, caminando, fumaba, hablaba, cantaba, comía. De tiempo en tiempo se le veía con dos fusiles. Moreau sacudía un ciruelo. Volvía con ciruelas en el quepis. Tendíanse veinte manos, veinte bocas se abrían, y lo escupían todo en el camino: “¡Puah! ¡Qué porquería!” La fruta estaba verde. Dos minutos después Moreau llevaba dos mochilas: Gaspar se había metido en una granja. Reaparecía sudoroso, tirándole a la pipa chupadas repetidas, y recuperando la mochila, iba mostrando a los amigos:

—Sí, sí; ¡manteca, manteca de verdad!; y además, no huele; mete las narices, ¡anda! ¿Y esto? Adivina... ¡Ajenjo!

—¡Ah! Igual que en la avenida del Maine — decía Moreau.

Tan parecido era a la avenida del Maine, que encontraron los

autobuses de París, doce en fila, todo un convoy de provisiones. Gaspar preguntó por la "parada facultativa". Moreau imitaba a una señora gorda: "Tenga usted educación, conductor." Y a los lugareños que habían hecho algún viaje a la capital — la Exposición, o la boda de algún pariente —, les alegraba reavivar sus recuerdos al oír a los "parigots" dicharacheros. Así que mochilas y cuestas parecían más ligeras.

Incluso Pincelop y Clopurte recobraban ánimo, pues no había señales de próximos ataques contra el enemigo. Sereno estaba el campo, animado por el buen tiempo. Colinas suaves, amplias cañadas, en las que el regimiento se sumía sin trabajo, para trepar de nuevo, repitiendo el estribillo de una canción que Gaspar lanzaba a las nubes:

*Dicen que la cantinera,  
por detrás y por delante,  
la mires por dondequiera,  
tiene más de cien lunares.  
Por la gente lo sé yo,  
tal cual la copla lo canta:  
los tiene desde los pies  
hasta la misma garganta;  
pero no, no, no,  
¡no saben cómo es!*

De pronto — acababa de terminar la copla —, el aire se estremeció como por el tañido sordo de un "gong", lejano y formidable, a cuyo eco pareció que el suelo retemblaba fragoroso. Todos dijeron a una: "¡Ah...! ¡el cañón!"

Gaspar sorbió; con una sacudida de los riñones, volvió a su sitio la mochila, haciendo tintinear la marmita y la pala; y dijo, arrastrando como siempre la voz.

—¡Pon! ¡Sigan, sigan! ¡Así les den un castañazo en lo blanco de los ojos!

A pesar de las seis horas de marcha, los soldados iban alegres, lozanos, parlanchines. Además, corría por las filas una noticia admirable: acababa de estallar la revolución en Alemania...; sí, la revolución. Entonces, dándose codazos, se decían: "¿Oyes?"; pero no les cogía de sorpresa, porque desde el 2 de agosto la cosa estaba prevista. ¿Acaso un pueblo no se revuelve contra sus jefes cuando ve que tantos vecinos le caen encima?

—Mi compinche Burette lo había dicho — observó Gaspar —. Es un tipo enterado de todo.

—No había remedio — dijo tranquilamente Burette, dilatada la faz, inclinado el quepis sobre una oreja —. En los periódicos todo el mundo lo sabía. La coalición contra Alemania le traerá antes de un mes la guerra interior, la bancarrota o el hambre.

—Ni más ni menos — dijo Gaspar —; y a estas horas puede que estén comiéndose ya las suelas de las botas, cocidas con sal.

El capitán pasaba a caballo a lo largo de la columna.

—Mi capitán... ¿hay revolución en Alemania?

Puche respondió simplemente: “Esto dicen”, y no se explicó más, porque el caballo se encabritaba y le zarandeaba.

—¡Vamos, Paloma; vamos, Palomita!

Gaspar se echó a reír.

—El capitán no se apura por nada.

El hecho es que aquella nueva aldea lorenese parecía tranquila y lejos de las batallas. Era pobre como la anterior, con muros agrietados y estercoleros en medio del camino; pero el día estival era tan benévolo con la miseria, que la desnudez de las casuchas parecía más curiosa que lamentable.

—¿Dónde estamos? — preguntó Gaspar a una vieja, que, con una llave mohosa, trataba de abrir su troje para la compañía.

—Estamos... estamos en mi pueblo — gruñó la vieja.

—Pero... ¿estamos lejos de su país?

—De aquí a Metz, ocho leguas.

—¡Ocho leguas! ¡Oh! Bien va... estamos de reserva, no hay que apurarse... ¡Eh!, compinches, vamos a calentarnos el estómago con un buen rancho.

En cuanto hacían alto, Gaspar tiraba en un rincón mochila y fusil. “Liquidado el bazar — decía —; Burette, estate a la mira.” Y se iba a buscar la manducatoria.

Aquella tarde fue en persona a la provisión de carne, para que le sirvieran mejor. ¿No había comido en A... con el carnicero? Era un amigo.

Los carros de víveres se hallaban reunidos en la plaza de la iglesia, y en uno de ellos, donde estaban colgados enormes cuartos de reses, veíase al monstruo hercúleo de cabeza afeitada, con el mechoncito danzarín, que hacía reír a los soldados. El hércules aparecía y desaparecía entre ancas sanguinolentas, codillos y espinazos. Remangadas las mangas hasta los bíceps, levantaba, pesaba, volvía a colgar. Se zambullía, registraba, se hundía en el

interior de los animales en canal; después los despedazaba con cuchillos y hachas, y entre los montones de carne muerta parecía entregarse a una carnicería por pura diversión, burlones los ojos, blando el gesto, enjugándose con el brazo el sudor que le corría por la nariz.

—Para mí —dijo Gaspar— busca algo bueno. Unas chuletas. El carnicero le miraba con malicia.

—¿El señor está encargado de la cocina?

—Un poco —dijo Gaspar—. Los demás no quieren meterse en eso.

Lo decía con orgullo, porque sabía harto que en una compañía hay dos hombres importantes: el que la conduce y el que guisa el rancho: el capitán y el cocinero, y él era el cocinero.

La guerra, para el soldado, para el hombre que “sirve”, en el sentido más esclavo de la palabra, es sobre todo un equipo a la espalda, el frío, el sudor, toda clase de trabajos y, más que nada, el hambre; el hambre que, con la muerte, es la gran enemiga. Pero ni siquiera se piensa en la muerte cuando las correas de la mochila oprimen el pecho, o cuando los pies, hinchados, parecen pesar más que los borceguíes. Además, la muerte mata, a veces, de súbito, sin sufrimientos, mientras que el hambre acosa a un ejército durante días y días. No aterroriza ni aniquila; aflige, enloquece, y cuando domina a los soldados y los convierte en guiñapos o en fieras, ya no hay bombas que importen, y el enemigo es un peligro minúsculo. Así, qué hombre tan valioso el hombre que da de comer, el hombre del rancho caliente, gracias al que se lucha con el cansancio, se domina el sueño, se dicen chistes, y... los ojos se llenan de lágrimas de ventura.

Gaspar sabía esto, y con su amor propio de parisién, muy contento de ser necesario para algo y de que le alabasen un poco, se ofreció en seguida, espontáneamente, para guisar.

—¡No tengáis cuidado! Veréis qué mano tengo.

No tenía ninguna preparación para la cocina. Era hombre de recursos; pero la costumbre de comprar y preparar caracoles no le servía de nada para hacer el rancho. Resultó una especie de “agua de fregar” deplorable. La carne se deshizo; anegó a la escuadra en caldo. Sin embargo, su voz tenía un timbre de orgullo cuando dijo: “¡Ya está cocido; a comer!” Y los soldados, que saben lo muy sensible que es un cocinero, no eran avaros de elogios. Con la boca llena, dejaban de mascar para decir: “¡Qué rico!”

—¡Qué tal! —decía Gaspar—. ¿Sé hacer bien las cosas? He encontrado manteca y cebollas; creo que no falta nada; pero se ha deshecho.

Y los otros, inundándose el estómago con las cucharadas de agua caliente, respondían:

—¡Lo que es eso, sí...! ¡Lo haces muy bien!

—Sólo falta —dijo Burette— un vasito de vino de España.

Estaba voluptuosamente tendido en la paja, descalzo, y removiéndolo los dedos de los pies para darles descanso. Miraba el inmenso pajar, con sus muros polvorientos, vigas carcomidas, y telarañas tan gruesas, que algunas parecían ruelas viejas colgadas del techo. Había muchos rincones y escondrijos, boquetes negros como nidos siniestros, y heno en fardos o revuelto, bien oliente hasta atufar, todo un campo segado que habían amontonado allí.

Caía la noche. Habían cerrado el portón. Entraba un hilo de luz, moviéndose sobre los soldados, cuyas cabezas, en la oscuridad, cobraban formas extrañas. En el fondo, algunos roncaban ya. Gaspar volvió a su canción.

*Dicen que la cantinera,  
por detrás y por delante,  
la mires por dondequiera,  
tiene más de cien lunares...*

La compañía se durmió riendo.

A la mañana siguiente llovía.

—Vamos —dijo Gaspar estirándose—, comienza el fastidio.

Burette gruñó al ponerse en pie:

—¡Ay mis riñones...! ¡Qué cochinada! Yo no me acuesto más así; necesito una cama. Ya es bastante no tener a su mujer.

“¡Poon!” Sonaba otra vez el cañón. Moreau dijo:

—Se conoce que vamos a tomar Metz.

—Con Metz o sin Metz —dijo Gaspar—, ¿dónde hago yo el gabis?

—No nos sobes más con eso —dijo Romarin, que escuchaba.

—¿Qué te...? ¿Cómo dices? ¿Que te sobo? Bien, hombre: no dejes de pedirme luego, como ayer, un pedazo bien gordo. ¡Ya tendré cuidado contigo! ¡Conque un sobo! ¿Se habrá visto?

—Vamos —dijo Burette—, no hay que reñir. Mejor sería que me buscáis huevos frescos.

Se frotaba el vientre.

—Tengo hambre.

Tomó a Gaspar por el brazo.

—Ven a registrar los gallineros.

Gaspar, en el pueblo, repitió:

—Lo que me trae loco es el gabis.

—No tienes más que ponerte aquí, detrás de la iglesia — dijo Burette —, debajo de este alero.

—Falta que al cura se le ocurra decirme que no está conforme.

—El cura es buena persona, como todos los curas.

—No me vengas a mí con esos cuentos — dijo Gaspar —. Conozco a los curas, ¿sabes? Los he calado. No puedo tragarlos.

—¿Qué te han hecho? — dijo Burette —. Pero al contarme lo que te han hecho, no pierdas de vista que busco un gallinero.

—Lo que sobra son gallineros. Mira, aquí hay una casa muy bonita; llamemos.

Llamó a la puerta y continuó:

—Los curas son tíos con mucho dinero; yo sé muy bien el dinero que hay en los cepillos. A los doce años, cuando mi vieja me llevó a comulgar...

—¡Llama más fuerte! — dijo Burette.

—¡Eh! ¿No hay aquí nadie? En este pueblo necesitan ir a darse una vuelta por París. ¡Poon! ¡Otra vez el cañón! ¿Qué me dices de esta vida? ¡Un asco! Pero más asco me dan los curas. A los doce años, cuando iba a la doctrina, llevaba unas ballenas de corsé con pez en la punta, y las metíamos en los cepillos para pescar. ¡Ah, las perras que había! ¡Pero cuando le cogían a uno, había que ver la que nos daban!

Cuando decía estas palabras se abrió la puerta de la casa, y el cura del pueblo en persona se presentó en el umbral.

—Buenos días, señores. ¿Qué se ofrece?

Gaspar retrocedió de estupor.

Burette, dijo:

—Dispense usted, señor cura, buscamos huevos.

—Aún me quedan. Entren ustedes.

Era un cura lorenés, muy alto, de pies grandes, cuadrado de hombros, de tez curtida y mirar duro, pero hospitalario, y rebo-sando salud. Dijo:

—También beberán ustedes un vaso de vino.

La nariz de Gaspar se agitaba de sorpresa. Balbució:

—...Hombre... eso... el señor cura sabe lo que es...

—Y si necesitan tabaco —dijo el cura—, chocolate, lápices, papel, no tienen más que encargármelo. Dentro de un momento voy a ir a Verdun en bicicleta.

—¡Ah! ¡Magnífico! —dijo Gaspar—. Porque el caso es que ya no se encuentra nada... Quiero chocolate, y “hierba” para la pipa. ¿Qué te parece esto, Burette?

—Esta noche lo tendréis aquí todo —dijo el cura—. Pero luego hay que entrar en Alemania.

—¡Ya lo verá usted! A ver si podemos echarle el guante a Guillermo.

El cura dijo:

—¡Puah! ¿Qué ibais a hacer con él?

—¡Oh! —dijo Gaspar—, no es para disecarlo ni para hacerme un alfiler de corbata, sino para agarrarlo así y gritarle en las barbas: Canalla, viejo canalla, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

Volvieron a llamar a la puerta. Era Moreau, casi sin aliento.

—¡Os vi mareados! ¡A escape, a formar! Nos vamos.

—¡Ea! —dijo Burette—, ni tiempo de sorber un huevo.

—¡Empiezan ya a amolarnos! —dijo Gaspar.

—¡Es la guerra! —dijo el cura riendo—. Lo siento por el chocolate y la “hierba”.

—La culpa no es de usted —dijo Gaspar—. ¡Cochino oficio! (Vacío el vaso de un trago.) Lo que les gusta es fastidiar a la gente.

Camino del pajar, los tres refunfuñaban:

—No estábamos mal aquí —decía Moreau.

—Ya troté ayer bastante —decía Burette.

—¡Y luego... —añadía Gaspar—, cuando íbamos a echar un poco de aceite en la lámpara! ¡Qué bien ha estado el cura! ¡Es todo un hombre!

Mientras se cargaba la mochila, al ponerse en marcha, a los dos kilómetros de camino, aún seguía hablando del cura.

—Yo he conocido otros curas, pero como ése ¡que me los claven en la frente!

—¡Eres muy joven! —dijo Burette—. Dame tabaco.

Sacó la petaca, que era una vejiga de carnero con un cordoncito verde, y repuso:

—Yo no te digo que todos los curas sean mala gente; pero hablo de lo que he visto, ¿comprendes?

—Sí; estás bueno — dijo Burette —. Dame un papel de fumar.

—¿Y además?

—¡Una cerilla!

—Entonces, ¿no has traído más que la jeta para escupir?

—Y los oídos para oírte. Sigue.

—No tengo nada que seguir. Digo que el cura es un cura: no es un puerco. Sabe convidar a un trago. Sin contar que... lo he bebido demasiado de prisa y que estoy seco otra vez.

Así, cuando pasaban por delante de una casa y se asomaba una mujer a la puerta, gritaba:

—¡Eh, vecina! ¿Hay algo para el tragadero?

La otra miraba sin responder. Un niño corría a refugiarse en sus sayas. Gaspar, exclamaba:

—¡Adiós, pimpollo! ¡Echale una risita a papá!

La lluvia cesó. Pero los caminos, durante la noche, se habían convertido en fango pegajoso, por el continuo rodar de carruajes y carros y armones, que no cesaban de desfilar, obligando a los soldados a estrecharse en las orillas y en las cunetas.

¡¡Poon!! El cañoneo se acercaba. Disparos más frecuentes. Pincelop no decía nada. Gaspar declaró: “Esta vez corremos a verlos. Voy a preguntar al capi.”

Volvió riéndose. El capitán le había contestado: “Hoy cada soldado se comerá la lata de carne en conserva.”

—Es un tipo único — dijo Burette —. Cuando entremos en fuego nos va a preguntar si tenemos los cepillos de sacar lustre.

—Y con todo eso — dijo Moreau —, no nos dan descanso.

—Y la revolución en Alemania no se ha confirmado — suspiró el sargento Fosse, que estaba desriñonado y lúgubre.

Volvió a llover; el barro se espesó. El terreno era más accidentado, con bruscas bajadas, durante las que las mochilas magullaban las espaldas, y cuestecillas más duras, en las que las piernas tenían que trabajar de firme.

—¡Oh! Esto no me acomoda — dijo Gaspar —. En cuanto vuelvo la espalda a la torre Eiffel, ya estoy fastidiado.

—También le vuelve uno la espalda a su mujer — dijo Burette.

—Llevo el pelo hecho una pasta.

—¡Ahueca una remolacha — dijo Gaspar — y te metes dentro!

Sonaron los silbatos. Parada brusca, remolinos; se apretujaron en las cunetas, pusieron los fusiles en pabellones.

—¡Alinearse! — refunfuñaban los sargentos.

—Calla la boca — respondía Gaspar.

Y bajo la llovizna, el regimiento humeaba, esparciendo olor a cueros y a lana mojada.

Les dieron el tiempo preciso de vaciar las cantimploras y de injuriarse un poco: “¡Naturalmente! ¡No tienes nada! ¡Nunca tienes nada! ¡Todo hay que dártelo!” Y la columna se puso otra vez en marcha.

El capitán Puche iba a pie, al lado de su compañía, y de camino daba consejos prácticos para abrir las latas de conserva con un cuchillo fuerte: “No abráis más que una caja para dos, en cuanto se abre ya no se puede guardar, etc...”

—¿Adónde vamos? — preguntaban los soldados.

—Nos acercamos — dijo el capitán —. Vamos a apoyar a las tropas de activo.

—Entonces, ¿nos batiremos hoy? — dijo Romarin relucientes los ojos.

—No lo sé — respondió el capitán —. En todo caso, os lo repito: tenéis derecho a una lata de conserva cada uno.

Tenían derecho, pero no había tiempo de vaciarla a sus anchas. Apenas en una parada había conseguido Gaspar abrir una, un agudo silbido obligaba a los soldados a ponerse en pie y había que llenarse el pico andando, lo que producía una sed extraordinaria.

Al anochecer ya no llovía. Se despejó el cielo y se dejó ver el sol ensangrentado, prodigioso, ocultándose detrás de las colinas del horizonte y dando a la campiña encharcada un aspecto salvaje, como la guerra. Llevaban ya diez horas andando como bestias de carga, y Moreau cojeaba. Llegó la noche y no pararon. Todos se habían comido el pan, y caminaban en silencio, estirado el cuello, la cabeza baja, alzando la mochila de un tirón cada cien metros.

No había luna. La mayor parte avanzaba con los ojos cerrados, dándose de narices con la tartera del soldado que iba delante.

A eso de medianoche — al cabo de quince horas —, el propio Gaspar, con la garganta seca y los pies deshechos, sintió un cansancio superior a su buen humor. Entonces comenzó a gruñir:

—¿Por qué no nos dicen nada de lo que hacemos? ¿Por qué nos tratan como animales? Pues se lo advierto; ¡voy a dejarlos plantados!

*Los era el Estado Mayor, los generales, Francia.*

Y añadió:

—¿A qué viene esto de andar pataleando en barro? ¡Cuando quiero darle a uno un recorrido, le aguardo a la vuelta de una esquina, pero no estoy toda una noche dando pisadas!

Voces de rabia asintieron. Los soldados no podían más; pero el capitán Puche, que lo había oído, preguntó, deslizándose a lo largo de las filas:

—Gaspar, apuesto que tú y Moreau sois los menos aspeados.

—¡Oh! ¡Eso... hombre! ¡Puede ser! — dijo Gaspar.

Y erguía el cuerpo.

—Bueno, pues entonces vais a ir con el furriel a preparar un buen rancho a diez kilómetros de aquí. El regimiento se detiene un poco.

—¿Un buen rancho? ¡Al pelo! ¡Muy bien!

Empujando a Moreau, salía ya de la columna para adelantarse.

—¿Y si encuentro ostras, las compro?

—Sí, cómpralas. Hay sobrantes, la compañía las paga.

No encontró ostras, pero, al rayar el día, encontró un ganso perdido cerca de una granja. Se arrojó sobre él y lo llevó en brazos más de una hora, acariciándolo, y diciéndole chistes a Moreau. Luego, en el lugar donde le mandaron detenerse, retorció el pescuezo al animalito y lo avió.

Fue al bosque, desenterró unas patatas, encontró agua y verduras, y un sitio abrigado donde poder hacer tirar la leña. Gracias a Gaspar, cuando la compañía llegó el Hambre se sentó a la mesa y la Fatiga se desvaneció.

Aquella vez no repararon que las patatas nadaban en demasiado caldo. Aunque no sabía a nada, era buen caldo caliente, con pedazos de cosas nutritivas: un regalo para aquellas bocas ávidas.

Gaspar se regocijaba sólo con mirarlos. Pero el descanso fue breve. Apenas lastrados, cuando ya muchos se dormían, boca abajo, a lo largo del camino, llegó la orden de cargar con las mochilas: iban a partir en el acto. Entonces se precipitaron sobre la marmita de que había dicho Gaspar: “¡Esto es el café”, y alargaban los vasos, disputando entre sí.

—¡Servíos vosotros! — gritó Gaspar.

Estaba cerrando la mochila.

Después se acercó también, y sólo encontró la marmita vacía y volcada.

—¡Ah! ¡Qué camellos, se lo han bebido todo!

Bruscamente, le entró un furor peligroso. “¡Cómo! ¡Se lo habían embaulado todo, sin dejarle nada... a él, que había guisado,

y no había tenido tiempo ni de posar las nalgas!" Moreau trató de apaciguarle; un teniente intervino; nada sirvió. Declaró que no se batiría, que prefería ser "boche" y que iba a hacerse el enfermo.

Se reanudó la marcha. Arrastraban los pies y tenía remusgos de cólera.

Tiempo cálido, pesado; el aire parecía muerto; nada se movía, cuando de pronto los estampidos del cañón recomenzaron, precipitados. Los soldados estaban atontados de fatiga, pero sentían una ligera angustia. Aquella vez sí que iban a entrar en batalla. Cruzaron una planicie de trigo, rodearon unos bosques, costearon un pueblo, al parecer vacío y muerto, y vieron, en un recodo, que el camino, lentamente y en derechura, trepaba a una cresta puntiaguda. ¿Qué iba a ver el regimiento desde allá arriba?

¡Gran Dios! Vio... ¡Ah! Oprimiéronse los corazones y casi se pararon, y al pronto subió de aquel rebaño de hombres como un murmullo de pavor y desolación porque, bruscamente, el regimiento acababa de tener la primera visión penosa de la guerra: todo el horizonte en llamas.

Los alemanes estaban allí. Aquella línea de fuego eran ellos. Quemaban los pueblos.

El alma de Gaspar voló. Decidió seguir siendo francés.

Luego, avanzando sin cesar, clavados los ojos en aquel inmenso espectáculo de horror, empezaron a cruzarse con la fila interminable y lúgubre de los que huían, personas y bestias: mujeres, niños, ancianos, amontonados en malos carricoches, fustigando unos caballos tan viejos, que el ejército no los había querido.

En la horrible confusión de la huida, en aquel minuto desgarrador en que todo se antoja precioso, habían arrojado en los carruajes revoltijos de ropas y colchones, y sus rostros angustiados emergían de entre los montones de fardos. Gaspar apretó los puños:

—¡Ah! ¡Cochinos brutos! ¡La pelleja hay que arrancaros; sí, la pelleja!

El camino se estrechó. El regimiento hizo alto para dar paso al rebaño humano, gemebundo y enloquecido. Enfermos, mujeres encintas, perros, terneros que llevaban atados, tirando de ellos, o empujándolos, y que mugían.

Caído el cabello sobre los ojos, iba una mujer sollozando, que en la confusión de la huida había perdido uno de sus tres hijos.

y los otros dos, colgados de las sayas, lloraban desconsolados. Gaspar le dijo al mayor:

—¿Por qué berreas, mocito?

—Se ha perdido Clementina...

—¿Es tu hermanita? Bueno, ya la encontraremos; ya ves que nosotros vamos allá, y del otro lado están los rusos.

Pronunció la palabra "rusos" con tan admirable tono, con tanto calor y convencimiento, que las lágrimas del niño se secaron. Se secaron también porque Gaspar extraía de la cartuchera lo mejor que le quedaba: un resto de chocolate y una caja redonda:

—Toma esto, ¡es un "foie-gras" de la calle de la Gaité, que me dio la abuela para comérmelo si caía herido; pero no chilles más, o vas a ver!

Le amenazaba con su manaza, que tenía un aspecto terriblemente protector. Pero tenía que seguir adelante, con los compañeros. Aún le dijo: "Hasta la vista caballerete; ya te traeré un casco prusiano." Luego echó a correr a lo largo de la siniestra caravana, repitiendo hasta desgañitarse:

—¡No hay que apurarse! ¡Nosotros os vengaremos! Somos de *Pantruche*.

Y apretaba nerviosamente la culata del fusil.

Marchaban, marchaban. Era tal la excitación de la tropa, que ya no sentían la fatiga. No es que tuvieran la lengua tan suelta como Gaspar. Casi todos, mudos. ¡Pero veían cosas tan nuevas y tan trágicas!

Delante de un grupo de casas que dominaba la llanura, y desde donde la vista abarcaba una vasta extensión de terreno que iba quemándose siniestramente, tres mujeres, la una vieja, las otras dos, hijas suyas sin duda, jóvenes, crispadas las manos, temblorosa la boca, miraban y lloraban, con tal expresión de angustia, que destrozaba el alma. Permanecían inmóviles, sin gestos, y las infelices, ante las aldeas abrasadas, donde el furor del enemigo se descubría por explosiones más luminosas, balbucían:

—¡Ahora nos toca a nosotros..., mañana nos llega la vez!

Y apoyaban las espaldas en su casa, en las vetustas paredes, que eran toda su fortuna, ya condenada, puesto que los "bárbaros" avanzaban.

Por otra parte, faltaba decisión para marchar derechamente contra los "bárbaros", como hubiese hecho Gaspar. Sin embargo, estaban a la vista; a pocos kilómetros, y no se tomaba nunca aquella dirección. ¿Por qué?

Moreau tuvo una idea:

—Vamos a cogerlos de flanco.

—¿De flanco? ¡Buen flanco estás hecho! —exclamó Gaspar indignado—. ¿Es eso un modo de coger a la gente?

Gustaba de la franqueza y de los golpes rectos; pero se consoló de nuevo con los rusos.

—Tenemos que esperar a los otros, que están lejos.

—¿A quién?

—¡A los cosacos! Nosotros los tendremos en vilo hasta que los cosacos (que van de prisita, ¿sabes tú?, los he visto en el cine) les tienten el pelo.

—No comprendo nada —dijo Burette—; porque los rusos, en estas tres semanas, deben de haber avanzado mucho... Entonces, ¿cómo se les ocurre venir a invadirnos?

—No hay modo de comprenderlo —dijo Gaspar—. Es para volverse loco.

Y no dejaban de andar, de andar. Casi todos renqueaban; ya no se veían líneas bien formadas.

Como el camino estaba otra vez libre y no podían hablar más que entre sí, la fatiga pesaba de nuevo sobre el regimiento. El sol abrasaba las nuca.

—Que abran los capotes —ordenó el coronel.

—Con capotes o sin capotes —rezongó Pincelop— voy a tirarme en la cuneta y continuaréis sin mí.

—Eso es: y luego te traeremos los “boches” ya muertos —dijo Gaspar—. ¡No tendrás más que asarlos!

—¡Los asaría mejor que tú! Si me planto es que no he comido nada. ¡Contigo no hemos comido más que broza!

Gaspar enrojeció:

—¿Qué dices?

—Digo que, si no me has oído, puedes telefonarme otra vez —replicó Pincelop.

Momento crítico: todos lo comprendieron así. Había que escoger entre la verdad... y el rancho, por aguado que estuviere. No vacilaron. Veinte rostros furiosos increparon al descontento: “¡Pero habrá animal! ¿Qué querías? ¿Salmón, o becasinas?”

Gaspar se hinchó. Era el cocinero, el hombre indispensable, el que tiene más aduladores y a quien nadie discute, porque la discusión es el ayuno.

Burette, a quien el calor sofocaba de un modo espantoso, suspiró:

—¡Hablar del rancho! ¡Cuando lo que a uno le apetece es un helado! ¡Ah! Sentarse en un café y pedir: ¡Un helado!

Los pies levantaban nubes de polvo, y los soldados se teñían de gris incluso el pelo y la barba.

—¡Esto es jeringarle a uno! Estamos como para ir de boda.

Veíanse ya algunos rezagados que se sentaban al borde de camino, se abanicaban, se tendían; y detrás de la columna, entre la última fila y el caballo del médico, iba una cincuentena arrastrando los pies, cojeando, tirando de la mochila con una mano, con ayuda de un compañero. El capitán Puche se alteró al contar diez rezagados de su compañía. Acababa de decirle el coronel que faltaban seis kilómetros para llegar a una aldea alejada de los alemanes, donde pasarían la noche. Quedaba, pues, por hacer tan sólo un último esfuerzo.

No se batirían antes del día siguiente; podía prometerse a los soldados un descanso. Pero llevaban treinta horas de marcha, y es difícil hacer comprender a una tropa, cuando no corre ningún peligro inmediato, que su energía y su resistencia son necesarias. Hay que buscar un medio más persuasivo que los razonamientos, y el azar, diablillo benévolo, se lo presentó al capitán Puche en forma de barrica de vino, que un lugareño llevaba entre unos fardos, en un pobre carrito formado con dos escaleras cruzadas.

Puche detuvo a la compañía, dejó pasar a las siguientes y dijo al lugareño:

—¿Cuánto vale la barrica?

—Bueno —dijo el otro—; eso depende... ¿Para qué es...? Un vino clarete de la tierra... Si me lo llevo, no es que quiera venderlo... ¿Qué me daría usted por él?

Puche repuso:

—Sea usted razonable... para los soldados.

—¡Ah, los soldados...! Ya los conozco... Aquí no vemos otra cosa... Una barrica de 120 litros... El precio... es setenta francos...

—Como éstos —dijo el capitán.

Llamó: “¡Gaspar!”

El otro acudió.

—Esta barrica es para vosotros. Tenemos un sobrante y dispongo de él. Nos quedan aún seis kilómetros que andar esta noche. Espero que no flaqueará nadie.

—¡Oh, mi capitán! Si después de refrescarnos se queda alguno atrás, será algún asqueroso.

—Pues anda, repártelo.

Gaspar, abriendo mucho los ojos, tomó el tonel en brazos, le dio la vuelta en el carrito, mandó deshacer los tapones de trapo, y los soldados desfilaron uno a uno. Desfilaron dos veces: había ración doble.

El lugareño, durante todo aquel rato, repasaba los billetes, y cuando se cercioró de que estaba bien la cuenta, dijo:

—Con todo eso, no han dejado ni gota para mí.

Su queja no emocionó a nadie; tan bueno encontraron el vino.

Vino maravilloso; vino un poco ardiente, de los últimos alcores de Francia, que al fluir por el pecho de aquellos pobres diablos despeados, daba a sus cuerpos un impulso jovial y reanimaba sus ideas alegres. Un cuartillo de vino restituye a un hombre deslomado el bienestar, el reposo, le desata la lengua, su corazón late más vivo y se enternece.

Aquellos doscientos cincuenta soldados, vaciado el tonel, tomaron un aire épico y triunfal. Parecían más despiertos; ya no les dolían los pies. Relucían los ojos, las bocas reían. Miraban casi con lágrimas de gratitud al jefe, tan natural y tranquilo, que había tenido esa idea paternal.

¡El vino! ¡Qué esplendor y qué poder! De unos soldados cuya moral se cae a trizas, abatidos, embrutecidos, hace una tropa nerviosa, despierta, y que reanuda la marcha cantando.

Porque en el acto Gaspar volvió a su estribillo:

*Dicen que la cantinera...*

—¡No, eso no! —dijo Burette, a quien el zumo de la vid encendía en amores—. Una canción galante.

Entonces el otro guiñó el ojo y empezó a entonar:

*Cásate y verás  
cuánto mejor es  
que ser solterón;  
cásate, y después,  
tú mismo dirás  
si tengo razón.*

Todos se retorcían, incluso Pincelop, y los dos primeros kilómetros se pasaron en aquella explosión de risa.

Para el tercero, el condenado Gaspar varió de tono. Se puso tierno.

*Saliendo del bosque  
tres mozas topé;  
las tres eran lindas;  
me gustan las tres.*

Burette estaba muy animado. Sonriendo, decía: “¡El amor, el amor! ¡Se necesita ser tonto para hacer la guerra... pudiendo hacer el amor!”

Quedaban dos kilómetros. Gaspar se encargó también de entretenerlos, probando que el vino de Francia es un don de los dioses.

Se habían quitado la corbata, subídose las mangas, clavado el quepis en la punta del fusil, y blanco de polvo, amasado con el sudor, rojos los pómulos, inflamada la pupila, cantaba a grito pelado:

*La mujer guapa y que quiera  
robarnos el corazón,  
es como la primavera...*

¡Poon! ¡Poon...! El horizonte volvía a detonar.  
—¡Oh! ¡Bien está! ¡Ya se van poniendo pesados!  
Y continuó, con el lejano acompañamiento del cañón:

*La mujer guapa y que quiera  
robarnos el corazón,  
es como la primavera... (¡Poon!).  
La sangre altera,  
y es... (¡Poon!) la gran diversión.*

El vino se mofaba de la batalla, y en su generosidad, les hacía olvidar que la vida es muy pobre cosa y que el destino es muy amargo.

Después del vino, se encontraron con que tenían paja. ¿Por qué hacerse atrabilis? Los pararon en una aldea evacuada, hosca y vacía, y no vieron hasta qué punto era dramática, con sus casas tristes, como transidas de miedo, sin humaredas, abiertas las puertas, con todas las señales de la huida, del abandono y del pavor

—hasta los carros derribados en el camino, timones al aire —, desesperados. Llevaban treinta y dos horas de marcha. Al reaparecer la fatiga, estaban un poco achispados. Flojo el cuerpo, el cerebro vacío, se fueron tumbando, revueltos, en el heno de los pajares, como unos benditos.

Sin embargo, Gaspar estaba tan nervioso, que no podía dormir; tenía un hormigueo en las pantorrillas; no podía estarse quieto. Después de intentar, en vano, permanecer echado, salió a respirar el aire de la noche. Sus ideas se confundían; pensaba de pronto en la muerte, en su casa, en su chico... Aguzó el oído: ¿Qué es lo que oía? Mugidos prolongados y dolientes. ¿Quedaba ganado en las casas abandonadas por sus moradores?

Una idea atravesó de súbito por su mente: ¡Los han dejado aquí... y se mueren de hambre!

No lo pensó más. Quería saber a qué atenerse. Solo, en la oscuridad, fue mirando de casa en casa “por qué berreaban”.

Entonces fue verdaderamente hermoso aquel hombre del pueblo de París.

Aunque nunca había hecho más que aderezar caracoles, se puso, a la luz de las velas que iba descubriendo aquí y allá, a echar pienso a aquellos “animales de Francia” abandonados.

Entraba en los establos a tientas; en seguida percibía si un hálito vivo los caldeaba. Echaba yescas, y su fulgor le bastaba para descubrir grandes ojos negros suplicantes y hocicos ávidos. Decía en el acto: “Aquí estoy... no chilléis más... ya voy a servirlos...” Encendía el cabo de vela, que le quemaba los dedos, y poniéndolo entre dos plazas, andando sobre el estiércol, jurando, tropezando con los cubos, trataba de buscarles la pitanza. Si no la encontraba, iba en su busca a la casa inmediata, explicándoselo a los animalitos: “Hay que decírselo al amo, cuando vuelva.” Luego, con su tono brusco y cordial, encarándose con los animales, decía a los terneros, al echarles forraje: “¡Qué cochinos; me van a comer por las patas!”; y a los puercos, al ponerles dornajos de salvado: “¡Qué toretes; qué ansiosos son!”

Llenó los pesebres, revolvió la paja de las camas, preparó otros piensos, diciendo: “¡Paciencia; esto es para mañana!”

Y los establos por donde había pasado quedaban poco a poco en silencio.

Durmió una hora escasa; pero estaba contento y no se sentía ya cansado. Al rayar el día, cuando se supo que la marcha iba a continuar, otra vez, siempre — ¡cuántas pisadas, Dios mío, y

cuántos trabajos! —, cuando la tropa estuvo dispuesta para moverse, Gaspar ofreció leche a los compinches, leche ordeñada aquella noche, que rehusaron, burlándose: “¡Un traguito de vino blanco, sí, si es que lo tienes!”; y le llamaban “ama seca”. De un puntapié derribó colérico los cubos; pero continuaba contento, no obstante. Abrumó a todos con su desprecio:

—Por suerte, no he ordeñado para vosotros, caras de estaca.

—¿No ha sido para nosotros?

—¡Me parece...! Y quisiera ver la jeta que pondríais si llevaseis unas tetas como melones.

Las casas que dejaban estaban en lo alto de una colina. Aquella vez parecía que iban derechos al enemigo, descolgándose a unos trigales. La aldea, que semejaba mirar la partida del regimiento, se calentaba al sol, y ya no mugía. Gaspar, hablando entre sí, dijo:

—Ahora, los bichos podrán aguardar la llegada de los rusos.

### CAPITULO III

**E**L regimiento atravesaba un terreno muy cultivado, sin árboles — nada más que avenas y trigos, con cruces de piedra en las lindes de los campos —: el trozo menos pobre y más benigno de Lorena, campiña rubia, casi bermeja, de aspecto rudo, alumbrado por el sol, y de horizonte tan rectilíneo y de un color tan uniforme, que aun bajo la plena luz de la mañana producía la impresión de una tierra fuerte, hosca y melancólica. Una perra negra seguía a los soldados; perra afectuosa y hambrienta, con las tetas colgando. El cañón no cesaba de troncar, y el animal y los soldados tenían un mirar inquieto.

Al cabo de una hora, alto; pabellones; un bocado. La 24ª compañía continuó sola la marcha, con orden de ir a instalarse dos kilómetros más lejos, en las avanzadas.

—¡No me choca! — dijo Moreau —. ¡Siempre la 24ª: no hay otra!

Gaspar ponía a mal tiempo buena cara. Y rompió a cantar:

*Me han reventado el violín  
con dos cuartos de patatas fritas...*

Pero el capitán Puche, cuyo caballo seguía aún haciendo corcovos, mandó callar, porque los ulanos andaban cerca. Lo dijo tranquilamente, lo mismo que decía: “¡Vamos, vamos, Paloma!” Y en el mismo tono anunció también: “Que ya se habían cogido algunos prisioneros, cuya moral estaba muy decaída, porque no tenían qué llevarse a la boca.”

—En fin —añadió—, sus granadas no estallan. ¡Vamos... vamos... Paloma!

—¡Bueno; nos vamos a divertir! —dijo Gaspar.

—Tenemos que vigilar los alrededores de un bosquecillo —continuó el capitán—. Deben de andar por ahí patrullas alemanas. Habrá que andar con ojo.

—Ya estoy habituado —dijo Gaspar—. ¡En los mercados también hay que tener pestaña!

Y como casi se había ofrecido, cuando llegaron a la linde del bosque le designaron, en compañía de Burette, para ir de centinela. Se fueron muy contentos, empuñando con fuerza la culata del fusil. Pero Pincelop los miraba alejarse y refunfuñaba temiendo por ellos:

—¡Con tal que no les den un golpe!

Se colocaron entre los árboles, a dos pasos de un camino que salía del bosque y cortaba por medio la llanura.

—Al primero que vea —dijo Gaspar— le doy lo suyo, y después le interrogo.

—Veremos —dijo Burette—. Hay que tener cuidado.

—¡Chist...! ¡escucha! ¡Me parece oír! Pues yo, no marro el tiro... En Chalons tenías que haberme visto, qué modo de agujerear siluetas. ¡Calla!, ¡a ver..., escucha...!

—Eres tú, al hablar.

—¡Cállate...! ¡Allí se mueve una cosa!

—¡Es un conejo!

—¡Se acerca!

—Dos conejos.

—¿Cuántas balas tienes?

—Noventa.

—¡Qué cesto eres! Digo en el chopo, ¿cuántas balas tienes?

—Ocho.

—Ocho y ocho, dieciséis. ¡Al pelo! Al primero que veamos, dieciséis balas. ¡Chist! Debe de ser un jinete. ¡Voy a apuntar...!

—No hagas el idiota.

—¡Oh! ¡Mira, mira...!

—¿Qué?

—¡Una mujer!

—¿De veras? Llámala.

—No te muevas. ¿La ves?

—¿Es guapa?

—¡Ya lo creo!

—¿Y si es una “boche”?

—¡Ganso! ¡Eh! ¡Señorita...!

—¡Amable criatura...! ¡Doncella casta y pura...!

—¿Adónde va usted, señorita?

Habían salido de entre los árboles, avanzando por el camino, curiosa la mirada, galante el ademán, y se encontraron ante una mujer joven, acaso una muchacha, de rostro dulce e ingenuo. muy sorprendida por el encuentro.

—¡Unos militares! —dijo—. Enséñenme el camino, señores...

—Señorita, estamos aquí para servirla — respondieron.

Entonces, exhaló primero un ¡ah!, apretándose el corazón, y sonriendo.

—No puedo más... corrido mucho...

Y los dos miraban, con un sentimiento de ternura casi audaz, aquel pechito sofocado, acaso conmovido, que ante ellos palpita-ba, vivo e inquietante, porque nada altera a los hombres tanto como un seno femenino un poco agitado. ¡Hay tal hechizo en un pecho gracioso, chico y bien torneado! Las caricias siempre deseadas por el hombre están allí, prometidas y casi ofrecidas; y le parece que la mujer, sólo con respirar ante él, ya se confía.

Aquella, además, tenía los ojos demasiado claros, la boca demasiado fresca, las sienes demasiado rubias, para que no se la tuviese en seguida por muy sensible a las palabras de amor, y de corazón dúctil y ligero, cuyo latido se veía bajo el corpiño.

Burette se retorció el bigote. Gaspar, menos cohibido, acercaba la cabeza abriendo mucho los ojos.

—¿De dónde viene usted así, señorita? — dijo Burette.

—Y sobre todo, ¿adónde va usted? —dijo Gaspar—. Qué-dese con nosotros; nos guisará la comida. Después... charlaremos. En serio; por suerte, no estoy casado.

La muchacha se echó a reír, bajando los ojos. Vestía con gracia una blusa ligera, que dejaba al descubierto brazos y cuello: un cuello tan joven, unos brazos hechiceros, de carne un poco sonrosada, como sólo la tienen las rubias, en una mañana de sol.

Gaspar dejó el fusil apoyado en un árbol, para tener las manos libres.

Ella, sin dejar de sonreír, dijo:

—¡Yo vivo con mi madre, allá... lejos! Mi madre no tiene miedo; dice que ya los conoce, que los vio el 70; pero yo me he dicho: ¡Gracias, no me quedo! Mi madre está bien: se aloja en casa del alcalde; no le harán nada, y además... es vieja...

Volvió a bajar los ojos.

—Sí... mientras que con usted —dijo Burette— acaso hubiesen sido demasiado galantes.

—¿Por dónde sales tú ahora? —repuso Gaspar—. ¡No seas zote! ¿Una muchachita como ésta para los “boches”? ¡Qué cosas se te ocurren!

—No se trata de mí, sino de ellos.

—¡Que vengan! ¡Que le pongan la pata encima! ¡Veríamos!

La joven los miraba cara a cara, divertida ya y recobrando ánimo con aquel diálogo singular. Repuso:

—En fin, señores... voy a ver si llego a Verdun... ¿Es por aquí, verdad? ¡Y ustedes... que tengan buena suerte, si se batan!

—Pero —dijo Gaspar— no irá usted a marcharse sin darnos un beso.

—Tengo prisa.

—Poco se tarda en darnos un beso.

—Tengo que llegar antes de la noche: no sé más que el santo y seña de hoy... A ustedes no se lo he dicho porque tenían cara de buenas personas; pero a los otros centinelas... En cuanto vea alguno con mal genio, me apresuraré a gritar: ¡Turena!

Los dos exclamaron a un tiempo:

—¿Turena? Hoy no es Turena.

La muchacha dijo, frunciendo el ceño:

—¿No es Turena?

—Es Marceau.

—¿Marceau?

Y los miraba a lo blanco de los ojos.

¿No la engañaban? Entonces Gaspar la cogió bruscamente y le dio un beso ruidoso y torpe en la mejilla, repitiendo:

—Sí, sí; ¡es Marceau!

—¡La otra para mí! — dijo Burette.

La tomó por la cintura, con una mano indiscreta, que subía hasta el pecho, tan bien modelado y tentador.

Se les escapó riendo. Decía: “¡Hasta más ver!”

Se quedaron un poco abobados mirándose el uno al otro, abiertas las manos, brillantes los ojos, y repitiéndose:

—¡Ah!, ¡qué bonita es!

—¡Sí es bonita!

—¡En serio, es muy bonita!

Llegaron a relevarlos. No se habían repuesto de su emoción. Dijeron a sus sucesores: “¡Abrid el ojo! ¡Pasa por aquí cada mujer! ¡Y con un contoneo...!”

Volvieron a las avanzadas, a la vez contentos y pesarosos.

Allí, nada que hacer. La tropa rencaba en una zanja. También ellos se durmieron. Cuando, de súbito, el sargento los despertó, sacudiéndolos por los hombros.

—¡Eh! ¡Tú! El capitán os llama.

—¿El capi? ¡Que no fastídie! ¿Qué quiere?

—Al parecer se trata de una espía, una mujer a quien acaban de echar el guante. ¿No habéis visto ninguna mujer? Una mujer muy linda, según dicen, que llevaba en el pecho dos palomas mensajeras. Y no se notaba nada. Parecía una muchacha bien formada, nada más.

El sargento hablaba nerviosamente. Aquel primer incidente de la guerra le excitaba la imaginación, y los dos soldados, restregándose los ojos, le escuchaban estúpidos y azorados.

—Pero... ¿cómo era?

—No lo sé; no la he visto. ¿La habéis visto vosotros?

Se pusieron en pie. Después, Gaspar, con las manos en los bolsillos, repuso con naturalidad:

—¡Vaya qué chapuza! ¿A qué nos vienes ahora con ese cuento?

—No es cuento. ¡Hasta sabía la seña de hoy: Marceau! Es terrible ver estas cosas... ¡Cuando la han detenido, se ha abierto la blusa y han salido volando dos palomas de un golpe!

Maquinalmente repetían: “¡De un golpe!”, y abrían mucho los ojos.

—¡Ea, me exasperáis! —dijo el sargento—. No comprendéis siquiera lo que os dicen. ¡A dormir! ¡Le diré al capitán que sois dos idiotas!

Se fue. Entonces, los dos se tendieron muy despacio en la zanja, y cuando estuvieron pegados el uno al otro, Burette dijo muy quedo:

—¡Has visto! ¡Qué cosa tan terrible!

Y Gaspar, que estaba a la vez temeroso y asqueado, contestó en el mismo tono:

—¡Es para revolverle a uno el estómago! ¡Estoy aturdido! Y luego, el otro, que ni siquiera repara en la cara que teníamos. ¡Es suerte, suerte que tenemos! ¡La guerra me está pareciendo una broma pesada!

Tenía un gesto de supremo desdén, y añadió, mohíno:

—¡Y la otra? ¡Una mujer tan bonita... hacerle a uno una jugarreta tan cochina! ¡Unas palomas! ¡Qué te parece? ¡Unas palomas! ¡Y pensar que ese pellejo era más liso que una chinche!

Pero hay un Dios — sin duda el de los ejércitos — que vela por Gaspar, y la tarde se pasó sin que el capitán pidiese explicaciones más amplias. Al anochecer hubo otras cosas en que pensar: el cañoneo, muy próximo, iba siendo angustioso.

El grueso del regimiento se unió a las avanzadas; se hablaba de una nueva marcha precipitada; se había dado una batalla; un general pedía tropas de refresco, y la imaginación de los soldados se ponía otra vez a trabajar, para figurarse el combate con sus peligros, su desorden y sus muertos.

De pronto, cuando terminaban de ingerir apresuradamente un mal rancho confeccionado por Gaspar, tuvieron una impresionante visión de la guerra, porque surgió un puñado de cazadores de caballería, que salían de aquel horno y acababan de acuchillarse con unos ulanos. Siendo doscientos habían destrozado mil quinientos de los otros, y aunque sólo volvían treinta, no más, ofrecían una vista soberbia.

Sus caballos, empapados de sudor, manchados de polvo y de sangre, rojas las narices, las orejas enhiestas, agitada la cola, encabritados, piafaban, y los soldados, sin quepis, erguida la cabeza, tumultuosos, jurando, resoplando y riendo, mostraban tres caballos grandes que traían por la brida, al galope.

No hubo más que una exclamación.

—¡Caballos de ulanos! ¡Caballos de ulanos!

—¿No es así?

—¡Me parece; y garantizados! ¡No hay engaño posible!

Los infantes enarcaban las cejas, boquiabiertos. Hubo un silencio. Después Gaspar exclamó:

—¡Qué mala jeta tienen!

¡Qué verdad era! No sólo por la falta de arneses y sillas. No; ni siquiera miraban; tenían aire servil; no entendían nada de francés; verdaderos teutones; caballos “boches”, aborrecibles.

Sin embargo, aquello no era más que la vanguardia de la guerra, los primeros exploradores que enviaba para decir: “¡Atención! ¡Aquí estoy!” Poco después el regimiento iba a encontrarla en persona; trágica, ensangrentada, salía a su encuentro.

El atardecer era tormentoso, amenazador.

El sol se ocultaba tras una torva bruma bermeja. El aire oprimía el pecho, en lugar de dilatarlo, y en la declinación del día gravitaba un no sé qué fatal.

Los soldados no hablaban, oprimida la garganta, aguzado el oído. A eso de las once de una noche sin luna, desgarrada por largos relámpagos lívidos, que daban a los semblantes una palidez cruda y brusca, el regimiento se puso en marcha silenciosamente.

¿Era por la proximidad del peligro? ¿Por la tensión de los nervios? Oíase la rápida cadencia de los zapatos ferrados; toda aquella tropa de sombras, con sus siluetas grotescas, fusiles flacos y mochilas infladas, toda aquella tropa caminaba, trotaba, moviendo un ruido de armas, de soplidos y de pisoteo, que era a la vez temeroso y despavorido.

De súbito — brutalmente —, el horizonte se enrojeció con resplandor purpúreo, y un rumor se levantó: “¡Esos cochinos nos endiñan el fuego!” Luego, cinco segundos más tarde, sin haberla oído, el regimiento se dio de narices con otra tropa, unos millares de soldados de activo que, gemebundos, volvían del fuego. ¡En qué estado! ¡Aquella vez no era la guerra de lejos! Se cruzaban con ella, la rozaban, más horrible aún de noche, que amplificaba el drama y la miseria; porque lo que encontraban allí no era un ejército, sino un revoltijo de hombres heridos, aspeados, cojos, a rastras, cuyos vendajes, manchados de sangre, se veían en torno de los miembros o liados a las frentes. Algunos, amontonados en carros cuyas ruedas crujían, y los caballos relinchaban. Los otros volvían por grupos, como para sostenerse mutuamente, y después, en el camino, se incrustaban en aquel regimiento intacto, que corría a remplazarlos ante el enemigo. Bocas dolorosas gemían: “¿Estamos lejos de un pueblo?”

Gaspar respondía:

—Ya llegáis. ¡No hay que apurarse!

Y preguntaba, a su vez, con frases cortadas:

—¿De dónde venís? ¿De dónde sois? ¿Quién os ha deslomado así?

Los otros, fantasmas en la sombra, gritaban: “¡No volvemos ni la mitad! ¡Vengadnos, muchachos! ¡Hemos pasado un mal trago!”

Moreau decía, desanimado:

—Entonces, ¿nos han jorobado?

—Idiota —respondía Gaspar—. ¿No has oído al capi? No estallan las granadas.

—¿No? Mira, pregúntaselo.

Y, a su vez, gritaba:

—¿Es verdad que no estallan las granadas “boches”?

Ya no le respondieron. No se oía más que lamentos que pasaban, y siempre: “¿Hay un pueblo cerca?”

Romarin, el joven peluquero iluminado, replicaba, apretando el paso: “¡Vamos por ellos! ¡Vamos por ellos!” Y el capitán Puche, cuya yegua se asustaba en aquel remolino de voces y aquella confusión de soldados, repetía simplemente: “¡Vamos, vamos, Paloma!”

Lo que ya empezó a deprimir mucho a los soldados fue que los heridos, aquella tropa agotada y diezmada que se retiraba en confusión, primeros desechos siniestros de las batallas, no cesaban de pasar, y los campos y los caminos vertían nuevas oleadas sobre la carretera. Entonces hubo una especie de aplastamiento de las almas, henchidas hasta entonces y tensas. Todos empezaron a sentirse agobiados por la mochila, a arrastrar los pies, pesados y maltrechos. No más paradas; no más descansos, nada que llevarse a la boca, salvo un pedazo de pan ennegrecido en el morral. En la noche, algunos cuchicheaban que “era muy triste comer tan mal”. El sargento, irritado por el cansancio, replicó:

—¡Más triste es oír reflexiones necias!

Durante un descanso, los compañeros de Gaspar la tomaron cobardemente con él, haciendo coro a Pinceloup. A favor de la oscuridad, y de uno para otro, convinieron en voz queda que “ese pedazo de animal los encharcaba; nada más”. El cuchicheo subió de tono. Se oyó claramente: “Es bazofia lo que nos dan.” Nadie replicó. Otra vez proclamó: “¡No podemos andar! ¡Te

nemos la panza llena de agua, como las bombas de incendios!"

Silencio. Unas mandíbulas masticaban.

—¿Quién come por ahí?

—Yo; Courbecave. Acabo el pan. Es mucho mejor.

Gaspar, muy digno, no se movió; pero estaba amargado, comprendiendo que tras aquella manifestación nocturna y furtiva — única que los peludos más audaces se atreven a hacer contra su cocinero — no tendría ánimo, al siguiente día, para hervir agua y pelar cebollas. La mitad de su poder, súbitamente, se derrumbaba.

O por su mucho cansancio o por orgullo, no confesó su encono delante de todos, y se confió tan sólo a Burette, por quien sentía una amistad canina. Burette era el compinche que "tiene buen pico, *estrucción* y no se pone tonto". Gaspar, cuando pensaba en su afecto por Burette y recordaba a los demás, sus iguales, incluso a Moreau, se decía: "¡Esos, a un lado; cagarrrutas!"

No se avergonzó, pues, de decir a Burette, con voz lenta y reflexivo desdén:

—¡Son unos asquerosos todos...! ¡Y yo que me he reventado por ellos! ¡Animales! ¡Hasta ayer, para comer, me llenaban de incienso! ¡Ahora, como huele a chamusquina, y de lo que se trata ya es de recibir algún chinazo, no me dejan hueso sano! ¡Unos asquerosos, te digo! Así, que no hagas caso; si no cuentan más que conmigo para los cuscurreos, les van a engordar poco las tripas... Mira: ya ahuecamos; me alegro. Vamos a batirnos; tanto mejor. Van a reventar la mitad; ¡ya me estoy riendo!

Pero el que se reía era Burette.

—Guisarás para nosotros dos. Te nombro mi cocinero; pero ¡a ver si te luces! ¡Hoy se me antoja un pastel y vino de Burdeos!

—¡Bueno va! ¡No me hagas burla!

—Un vinillo que nos dé fuerzas.

—Pues es verdad; ¡si aun anduviéramos con las manos en los bolsillos, sin más que el fusil, como de caza...! Pero todo este bazar... ¿a qué viene? ¿Qué facha tenemos? ¿Qué somos? ¡Hombres prostituidos, menos que nada, carne para el matadero! ¡Y hace tres meses elegimos diputados!

Rayaba el día; el horizonte se teñía de gris y los soldados empezaban a distinguir mutuamente sus rostros pálidos. De

pronto, al iluminarse la campiña, el regimiento vio que no estaba ya solo en aquella marcha hacia adelante. A campo traviesa, y por caminos paralelos, marcados en el paisaje por rectas filas de árboles, otras tropas avanzaban, columnas que, desde lejos, parecían minúsculas, pero engrosando, se acercaban, y se mezclaban con ellas en la primera encrucijada.

Con el alba, no más heridos. Subía el sol, de cara a los soldados. Caminaban en derechura hacia el Este, y parecía que, a sus espaldas, la noche huía, empujando con precipitación los horribles convoyes de miserables que vieron la víspera. Se veían al fin desembarazados. Respiraban. Sentían su fuerza de tropas frescas. Iban en pos del Destino y, al parecer, el Destino les reservaba una victoria más bien que un desastre.

Sin embargo, el ánimo de los más bravos se puso a prueba en seguida, porque el regimiento desembocó en un vasto campo roturado, entre dos bosques, donde doscientos de los nuestros, tres días antes, se habían dejado sorprender y exterminar por una división de ulanos exploradores, que cayeron sobre ellos como una tromba, con lanzas y revólveres. Los franceses intentaron defenderse, atrincherarse, agazaparse, para hacer fuego detrás de los surcos, donde aún se veían las huellas de una lucha espantable, que había removido el suelo. Hoyos abiertos por pies obstinados, que se clavan y se resisten a ceder; huellas de codos y de manos, de garras de hombre que se encogen, se aferran, se agarran, y que, apelotonados en un último boquete, disparan así su última bala, exhalando su postrer suspiro. Aquel campo revuelto, magullado por las rodillas y los hombros en su agonía, era la imagen viva y punzante de los doscientos hombres convertidos en cadáveres, los primeros que se habían encarnizado en defender, terrón por terrón, el suelo de Francia. Pero ya no quedaba más que el molde de sus esfuerzos, el pavoroso diseño de su expresión postrera; sus personas habían desaparecido, enterradas en su último surco, hinchado el suelo removido con sus doscientos cuerpos, puestos en montón para estorbar a los vivos lo menos posible.

Ante aquella elevación del suelo, el regimiento percibió bruscamente el gran drama de la guerra. Hubo como un escalofrío gigantesco en aquella fila de dos millares de hombres, y la columna dio un rodeo súbito, respetuosa y empavorecida, ante aquella vasta tumba anónima, que ningún pie hubiera podido hollar.

El cañón parecía muy cercano; el suelo y el cielo temblaban. A la salida de un bosque, atravesado penosamente después del campo de los doscientos muertos, los infantes se toparon con una línea de cañones de 75, en batería. Aún no tiraban; esperaban, acechaban. Gaspar dijo: "¡Esta vez llegó la batalla!" El capitán Puche, que consultaba un croquis, respondió tranquilamente, deteniendo a su compañía:

—Sí, ya estamos.

Con todo, volvieron a andar. Avanzaron unos cientos de metros para no estorbar a los artilleros. Pero no tardaron en parapetarse detrás de un grupo de medas, medas gigantes como los torreones de un castillo.

—Ya no tenemos más que aguardar... y mirar — dijo el capitán.

Sonreía. Sus ojuelos redondos y burgueses relucían de curiosidad. Ayudado por dos soldados, se encaramó a una meda inacabada, se sentó a la turca, desplegó el mapa, ajustó los gemelos y exhaló un suspiro de satisfacción, como hombre que al fin va a ver lo que por muchos años ha esperado. Desde lo alto de su puesto de observación, dirigió la colocación de sus hombres, permitió que depusieran las mochilas y mandó hacer el rancho.

Todos los ojos se volvieron hacia Courbecave; Gaspar se desvió, silbando.

Courbecave era un albañilito de Versailles, poco locuaz, concienzudo, cuidadoso, que desde el primer momento percibió la inferioridad culinaria de su predecesor, pero que, secretamente, codiciaba aquella función, honorable y peligrosa a la vez. El amor propio le dominaba. Había confiado a dos o tres:

—Yo sé hacer patatas fritas... pero bien hechas. Yo, si tengo un pedazo de carne, sé cocerla como es debido: no hago una porquería.

No tenía más que carne, sin patatas. Hizo el rancho vaciando en la olla lo que le quedaba en el morral: unas zanahorias, nabos, tres cebollas que se habían pegado a un pedazo de chocolate derretido. Un compañero, volviendo del revés un bolsillo, encontró dos patatas machacadas, que añadió, y Courbecave salió del apuro cortando sobre la carne, en el agua hirviendo, dos o tres libras de pan.

—Voy a haceros una empanada al jugo de carne; ya me diréis lo que es bueno.

De antemano, en las propias narices de Gaspar, que parecía dormir, le abrumaron a elogios:

—¡Ah! Eso va bien condimentado. Nos vamos a chupar los dedos.

El más cortesano de aquellos cortesanos llegó a proponer:

—¡Hay que dárselo a probar al capitán!

Le llamaron. Desde lo alto de la meda dijo:

—Sólo con verlo se hace la boca agua. Pero ¡cuidado! Si los “boches” lo ven con sus anteojos...

Se rieron. El cocinero erguía la cabeza, pálido de orgullo. Y aún no tenían miedo, aunque las granadas se fuesen acercando. El capitán Puche las descubría desde su observatorio, primera visión del fuego, antes de sufrirlo. Pero aquello no le causaba más impresión que las restantes cosas; estaba muy gracioso, encaramado en la paja, con su faz redonda y tranquila, la nariz chata, sin curiosidad los ojuelos, que ignoraban el deslumbramiento, y su boca regular, de la que nunca saldría una voz más alta que otra. Veía lejos, a un kilómetro, las densas humaredas blancas de las granadas alemanas, y estaba serio, no con la seriedad emocionada de un hombre que se abandona a un destino nuevo, sino con la seriedad correcta de un jefe leal, que ha prometido hacer bien su trabajo. Dijo con voz tranquila:

—Daos prisa, si queréis comer antes de batiros.

Porque de un minuto a otro podía recibirse una orden. El enemigo alargaba el tiro, y Puche veía en sus gemelos a los regimientos franceses que avanzaban ya bajo el fuego.

El, con su compañía, tenía que aguardar a que pidiesen refuerzos.

Con la mochila a la espalda, el fusil entre las piernas, los soldados estaban sentados detrás de la meda, a lo largo del talud de un camino; y delante de ellos, alineados como para verle, el albañilito, solo, al otro lado del camino, preparaba el rancho, removiéndolo con una ramita verde.

Su aplicación era conmovedora. Ponía toda su alma en cuidar aquella comida, cuyo vaho miraban con avidez sus compañeros. Porque esos soldados, a punto de batirse, no pensaban sobre todo: “¿No iremos a morir?”, sino, ante todo: “¿Tendremos tiempo de engullir cualquier cosa?” “¿Cómo va eso?”, le gritaban. Y respondía: “Muy bien; ya se va espesando.”

Como albañil de oficio, claro está, le gustaba que fuese bien amasado, alimenticio, provechoso. Era digno de admiración.

Pero mientras le admiraban... con toda la fuerza del egoísmo humano, ocurrió que aquel puñado de franceses, aun antes de pensar en ello, recibió el bautismo de fuego del modo más súbito y horrible. Gaspar acababa de despertarse. Decía refunfuñando: "¿Vamos a hacer bailar pronto a los «boches»?" De repente el cielo se desgarró con uno de esos silbidos que varias generaciones guardarán de por vida en sus oídos: llegaba una granada, la primera. Una granada cayó, tronó, llameó, estalló... pulverizó al cocinerillo.

La compañía quedó cuajada de miedo y horror. Algunos se aplastaron contra el suelo, y así se estuvieron, encogiendo la espalda bajo la mochila y escondiendo el rostro en la hierba de la zanja. Luego, alzaron la nariz; miraban el humo del artefacto, que se disipaba lentamente; y sus ojos, aterrorizados, no vieron más que unos jirones de carne en el lugar del que cuidaba de la olla. Era tan horrendo, que Gaspar tembló.

Luego..., como aquella granada no fue seguida de otra, como el silencio había vuelto (silbaba un mirlo) y el hambre no se había ido, y el rancho, intacto por milagro, seguía vahando, el capitán mandó, con voz sorda, que tomaran la olla y la llevaran cien metros más lejos.

Encontraron dentro tres pedazos de hierro y un botón, que se mostraban moviendo la cabeza. De pronto, Gaspar, que tenía húmedos los ojos, retiró con su cuchara un cordoncito negro, del que colgaba la medalla de identidad. Leyeron: *Courbecave 1905*. El pobre diablo, tan orgulloso de su papilla, había firmado, al morir, su primero y último rancho.

Puche, en aquel momento, había bajado de la meda. Se acercaba a su gente pasito a paso, como quien se pasea, contoneándose. Gaspar, con malísimo gesto, porque tenía el corazón henchido de cólera, dijo:

—Mi capitán, ¿por qué nos han dicho que esos cochinos truchos no estallan? ¿Por qué nos lo han dicho?

—Gaspar —dijo el capitán—, ya no es hora de preguntar qué es y qué no es. (Silbaba otra granada, que estalló pavorosamente a cincuenta metros.) No tenemos siquiera tiempo para comer. Vuelca la olla.

—Volcar la olla...

—Sí; ¡vuélcala!

Si Puche pronunciaba aquellas palabras graves es que había tomado una resolución irrevocable. Gaspar no vaciló más que

un segundo, y volcó la olla, pero recogió el pedazo de carne humeante, ardiendo, y se lo guardó en el morral.

—A los pabellones, amigos míos —dijo el capitán Puche—; de a cuatro, y con orden.

Los soldados obedecieron. Silencio profundo.

El capitán conservaba su gran calma. Con la uña del dedo índice rascaba una manchita en una manga.

—De a cuatro —gritó—; bien alineados.

Pinceloup gruñó:

—¡Nos van a matar a todos aquí! ¿Por qué seguimos aquí?

Gaspar profirió despreciativo:

—No llores, hombre; ¡anda, que ya verás a tu madre!

—Vamos —dijo Puche—; bien alineados.

Un estremecimiento corrió por la carne de los más valientes, y, al mismo tiempo, un leve impulso de rebeldía agitaba su corazón. En tal momento —una granada acababa de estallar a veinticinco metros, terrible— no había que aferrarse aún a bobearías.

—¡Firmes...! ¡En su lugar, descanso...! ¡Firmes!

Los soldados obedecían, escandalizados.

Con voz muy segura, continuó:

—Sobre el hombro... ¡arm!

Y tres veces volvió a empezar.

El propio Gaspar no comprendía ya aquello. Sentía asco. Y Burette, presa de una especie de terror religioso, miraba el cielo, tan azul, que le parecía más inmenso aún que de costumbre. Su corazón latía con rapidez, y ya no tenía sensación clara de su cuerpo. Vivía el comienzo de una curiosa pesadilla. Escuchaba la llegada de las granadas. Se decía: “¿Voy a morir? ¿Sí? ¿No?” Como sus compañeros, bajaba la cabeza luego; la voz grave y tranquila del capitán volvía a empezar:

—¡Presenten... armas!

Ejecutaba Burette movimientos secos. Y de pronto, en un silencio de muerte, donde todos los soldados aguardaban inmóviles y rígidos, entre dos granadas oyó el zumbido de un zángano.

—¡Atención! —dijo Puche—, vamos a avanzar. Tenemos que hacer kilómetro y medio bajo el fuego...

El estrépito de una granada envolvió sus palabras. Continuó:

—El fuego no es violento... Por lo demás, estamos en la gue-

rra..., no hay de qué asombrarse. ¡De a cuatro, por secciones!

Sacó un silbato, con el brazo hizo una seña que quería decir "Adelante", y fijos los ojos en el mapa, se puso a la cabeza de la tropa, llevándola en seguida por un terreno descubierto.

Moreau observó:

—¡Somos unos corderos!

Gaspar replicó:

—Ni tiempo de atacar la pipa.

Moreau repuso:

—¿Dónde está nuestra artillería? Se cisca en nosotros.

—¡Y nosotros en ella! — dijo Gaspar.

El capitán silbó, bajando con rapidez la mano; la tropa se echó al suelo. Una granada pasó silbando presurosa. Voló un pedazo de terreno.

—Mala puntería —dijo Gaspar—. Muy a la izquierda.

Se reía con fisga. Todos los demás, en quienes aquel primer contacto con el fuego provocaba un sudor enorme, empezaron también a burlarse nerviosamente.

El sudor era tan copioso, que les corría por los ojos y les enturbiaba la vista. Entonces, tirados en el suelo, hombro con hombro, se miraban y decían:

—Hace calor, ¿eh...? ¡Ah, qué vida...!

Pero a los parisienses la angustia no les helaba las ideas. Su cerebro bullía con el tronar de las granadas, como en el estrépito de París; Gaspar observó: "¡Qué barullo! ¡Parece la feria de la Plaza del Trono!"

Se tendían, se levantaban, según los gestos del capitán, quien, por su parte, permanecía siempre en pie, con el mapa y los gemelos en la mano, dominando a su compañía, sosteniéndola, manteniéndola, conteniéndola, sin prisa, sin emoción, nada trágico, pero soberbio en su tranquila aceptación de una realidad que iba siendo aterradora. El hierro llovía cada vez más espeso, estrechando su círculo sobre aquel puñado de hombres, cuyo valor reanimaba Gaspar con una frase:

—¡Nos da! ¡No nos da...! ¡Ah! ¡Qué calabazas! ¡Zopen-cos! ¡Cuarenta años haciendo esto y miren cómo tiran!

Asentían; oíanse risas; la alegría de verse ilesos les hacía enderezarse de un salto.

Lo más curioso —y aún no pensaban en ello— era no ver alemanes. Cierto que tampoco veían franceses. No era una batalla cerrada, donde las tropas se mezclan. Debía de ser un combate

inmenso, con regimientos desplegados en muchos kilómetros, frente a un enemigo distante, que disparaba por encima de las colinas y de los bosques.

Pero el hombre posee una ductilidad singular. Se habitúa y se acomoda a los trances más difíciles con una presteza que al pronto despista y que, en fin de cuentas, es admirable. Bajo aquel fuego misterioso, que por fortuna no había tocado aún a nadie, Gaspar profirió esta frase filosófica:

—En este oficio no hay que intentar comprender nada.

Más falta hacía tratar de comer, porque era terrible haber volcado la olla. Nada, nada para el pico desde la víspera, y habían estado andando toda la noche. Los soldados sentían que el estómago se les sumía y desvanecía; el corazón se les bajaba al vientre, tiritábanles las piernas, un reguero de sudor les corría entre los omóplatos. Así es que, al cabo de un cuarto de hora, como todos estaban vivos y las granadas caían a intervalos más dilatados, acostumbrados ya, tranquilizados también, y hambrientos sobre todo, no pensaban en el fuego tanto como en devorar algo, lo que fuese, que restaurase sus nervios y robusteciese sus miembros.

Oíase decir:

—¡Gaspar..., dame acá esa carne! ¡Oye, en serio, reviento de hambre!

Gaspar replicaba rabioso:

—Está sin cortar... No nos jeringues... ya la comeremos esta noche.

Decía la verdad. ¿Qué responder...? Además... en aquel momento creyeron hallar su felicidad.

Después del campo de remolacha, acabaron de entrar en unos trigales, mieses soberbias que les llegaban a los hombros, verdaderas mieses de frontera para hacer morir de envidia a los alemanes vecinos. Entre aquella mies tan crecida, que permanecía en pie, tan hermosa y opulenta, caían también algunas granadas, estúpidas, y había un salpicar de espigas que parecían oro entre el humo.

A cada minuto el capitán repite el silbido para que sus soldados desaparezcan, bajen la cabeza, curven la espalda, se tiendan y se escondan.

Pues bien, no se acabó. ¡Todo eso era un bromazo! ¡Ahora iban a comer! Sí, sí; a comer. Cogían grandes brazadas de mies, como se abraza a un ser querido, y sus manos, ávidas, arrancaban el grano, llenándose de él la boca, sin gastar tiempo en desbar-

barlo. Mascar trigo crudo, en día tórrido, seca la cantimplora; ¡qué nuevo suplicio! Su hambre se excitó más. La sed los devoró, los enardeció, los enajenó.

El magnífico trigal concluía de súbito, y en postrer brinco descubrieron la llanura y un pueblo. Llanura inmensa, pueblo en llamas, toda la batalla con masas de infantería, estallidos de la metralla, y, enfrente, la línea de fuego del enemigo, que relampagueaba en un bosque. Durante un minuto, el horror de la guerra sobrecreció de nuevo sus almas.

Pero... de una mota de tierra se escapó un conejo, y corría, brincando a derecha e izquierda. Seguíanle con los ojos; las bocas se abrieron; hubo un remolino en cada fila: la batalla se convertía en caza; iban a lanzarse tras él. De pronto, el traserillo blanco desapareció en un espesar. Entonces, Gaspar se enjugó con un dedo el sudor de la frente, y le dijo a Burette con voz doliente:

—¡ Un conejo...! ¡ Chico! ¡ Quién lo pillara!

Burette repuso:

—Tengo la ración de azúcar de reserva. ¿Quieres?

—Trae. Pero el azúcar nos va a abrasar. ¡ Ni una gota! Me gusta la guerra, ¿sabes?

—Mira — dijo Burette —, mira ahí delante.

Le mostraba la llanura, una de esas planicies como le gustaba pintar a Van der Meulen, con un pueblecito de los que se ven en una esquina de sus cuadros. Sólo que el pueblo ardía, no era más que un enorme brasero, con una llama más alta donde se consumía la torre. Y en la llanura, las granadas alemanas llegaban como una marea, avanzando, barriendo, cubriendo el terreno, mientras que regimientos enteros, desplegados en guerrillas, bajaban al encuentro de la metralla, dúctiles, ágiles, aplastándose, resurgiendo, animando aquella parte del paisaje, bañada por el espléndido sol, con las manchas diabólicas de los pantalones rojos.

¡ El tiempo era hermoso! Ahora, gracias a eso, veíase muy bien a los combatientes. Ahora, la inmensa batalla estaba allí presente, visible por entero, terrible bajo el sereno cielo, que vertía sobre ella toda la inconsciente alegría de su soberbia luz. Hubiérase dicho en verdad que aquella provincia lorenese quería mostrarse en su esplendor para excitar a las tropas: “¿ Verdad que soy muy hermosa? ¡ Venid a salvarme!” Aquel día estival era tan raro, tan poderoso, tan infinito, que parecía que Dios estaba allí, muy cerca, en el paisaje.

Burette, muy conmovido, le dijo a Gaspar:

—Gaspar, sigamos juntos; no nos separemos... a ningún precio.

Respondió:

—Conforme; pero la carne me quema una nalga.

—Gaspar, éste no es momento de bromas.

—¡Oh! Yo soy de *Pantruche*, no de Pin-la-Garenne.

—Gaspar, son las tres; dentro de un cuarto de hora acaso haremos muerto.

—Para mí son veinte minutos, porque mi caldero atrasa.

También estaba emocionado. Pero no podía remediarlo: le hubiera parecido una cobardía dejarlo conocer.

El fuego iba siendo espantoso; grupos de hombres desaparecían en el humo; el suelo vomitaba terrones y piedras.

Uno gritó: ya tenía lo suyo. Luego, otros dos, diez más; voltear de soldados. Algunos, heridos en la cabeza, heridos en el corazón, se derrumbaban corriendo y se aplastaban la faz, como si la muerte, empujándolos por los hombros, los arrojase al suelo.

Fuera de sí, Gaspar aulló:

—Juegan con nosotros a los bolos.

Las filas de las compañías se rompieron.

A pesar de su calma siempre espléndida, el capitán, en medio de un estruendo tan pavoroso y disparatado, no conseguía ya hacerse oír. Gaspar vacilaba. ¿Seguir adelante? ¿Socorrer a los compinches?

¡Qué se le iba a hacer! Gritó: "Burette, por aquí", y corrió hacia un pobre muchacho que le llamaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Gaspar... Gaspar... sálvame...; tú que te las arreglas tan bien... ¡Oh! ¡Gaspar... qué dolor!

Le abrió el capote.

—¿Dónde es?

—No sé... En la pierna, creo.... Sí, sí; en la pierna.

—Bueno, no te desesperes... En la pierna, no es nada. Eso se arregla.

—Dame de beber, Gaspar.

—Pobrecillo...; tengo la cantimplora más seca que las tetas de mi suegra.

Pero Gaspar registró el morral; sacó primero el pedazo de carne abrasando; lo dejó encima del herido.

—Ten esto así un minuto, no lo sueltes. Burette, dame el azúcar. Ya ves, Burette tiene azúcar; es un buen compinche...

Y ahora, ahí va mi vendaje; mira lo que dice: “¡Para la carne de Gaspar!” No llores, hombre... Esos cochinos tienen gemelos y podrían verte.

Sin duda le vieron, porque, apenas Gaspar y Burette se habían separado de él, una granada le abrió en dos horriblemente. No se enteraron. Gaspar miraba hacia el frente, refunfuñando para sí: “¡Y esa artillería, esa puerca artillería que ni siquiera nos sostiene!” Sus ideas se extraviaban...

Decididamente, no comprendía nada de aquella batalla cruel, donde seguía sin ver enemigo alguno, donde su regimiento se derretía bajo un fuego infernal. ¿Por qué razón? ¿Qué se buscaba? Pero entonces, para expresar su encono, encontraba frases cómicas, en medio de tantas cosas horribles.

Seguido de Burette, dio alcance a Moreau.

—¡Oyes a esos patosos con sus cochinos molinillos de café!

En efecto, las ametralladoras, ocultas no se sabía dónde, enviaban tal granizada de balas, que el aire parecía espesarse, y la muerte, invisible, zumbaba en los oídos de aquellos hombres enloquecidos, sofocados, inútiles en una lucha horrendamente desigual con la artillería prusiana. Gaspar se dio cuenta de ello. Detúvose detrás de una meda (el morral le abrasaba) y le dijo a Burette:

—¡Esto es un matadero! No falta ya más que nos pongan el sello.

Se sentó, desalentado, dejando colgar los brazos. De pronto sintió algo en una mano.

Era la perra que le lamía, la perra negra de las tetas colgando, que había acompañado al regimiento, a la que Gaspar había dado de comer, que se había perdido y reaparecía en plena batalla.

—¿Estás ahí, hija mía? ¿Eres tú?

La abrazó con toda su fuerza, y encontró nuevos ánimos en la necesidad pueril, pero conmovedora, de engrandecerse a los ojos de aquel animalito. ¡Le lamía con tanto cariño...! La apretó contra sí y le dijo:

—¿Vienes a batirte? ¿Quieres comer carne de “boche”? Serás servida; como puedes ver, ya se ha hecho algo. Hemos avanzado, no te apures; puedes preguntárselo a Burette; Burette es un compinche. Ahora vamos a atacar ese pueblo que ves ahí, y donde no tardaremos en estar. ¡Vamos, Burette, en marcha, sigamos!

Apoyándose en ambas manos para levantarse, metió los dedos en un charco de sangre:

—¡ Hay desdicha como ésta !

La perra ladraba. Gaspar no acabó la frase, interrumpido por un chasquido seco, pavoroso, muy cercano. Brincó, mirando a Burette, que también le miraba. Luego, este último exclamó:

—Pero... ¡ si son los nuestros, Gaspar ! Esta vez son los nuestros.

—¡ Cómo ! ¿ Nuestros artilleros ?

—Seguro. Escucha.

Un chisporroteo precipitado sonaba detrás de ellos, claro, seco, denso, como una fría venganza... De emoción, se puso a tartamudear.

—¡ El seten... el setenta y cinco ! ¡ Chico ! ¡ Qué dices, chico !  
¡ Fernando... Fernando !

Salió corriendo, pero la carne continuaba quemándole horriblemente un lado. Moreau dijo:

—¡ Tírala !

Respondió:

—¿ Una carne tan buena ? ¡ No seas ostra !

Y de cada arrancada avanzaba y hacía avanzar los otros cien metros en plena avena.

Mas ¡ ay ! Prodújose de pronto lo que los hombres no se explican nunca en una batalla, donde tantas fuerzas juegan y donde cada cual no ve más que la acción, tan débil, del grupito dentro de que se bate. Una parada; después, un retroceso, un atropellamiento, un pánico; los corazones más robustos se turban y se azoran, y se ve uno arrastrado, llevado como por una marea: es la huida. ¿ De dónde viene ? ¿ De quién ? ¿Cuál es el peligro ? No se sabe. Se ven caras enloquecidas, y uno enloquece; bocas que gritan, y uno grita; soldados que escapan, y uno se escapa. Pero..., si se trata de un *parigot* de la calle de la Gaité, no tarda en recobrar los ánimos, a pesar de todo. El enorme buen sentido que lleva en la masa de la sangre es más vigoroso que la derrota; así, en la desbandada, se vio a Gaspar pararse en seco, y gritar con voz de trueno:

—¿ Pero adónde van ? ¿ Dónde se meten ? ¡ Pedazo de brutos !  
¿ Pero qué les pasa ?

El formidable estallido de una granada le arrojó al suelo. Desapareció en una nube negra. Burette sintió que su corazón pegaba un brinco. Le llamó:

—¡ Gaspar, Gaspar !

Una voz respondió:

—¡ Sin novedad por esta vez !

Y otra vez se puso delante de los fugitivos, azuzando a la perra, que aullaba desesperadamente.

—Muérdeles las patas, no tengas miedo. No son hombres, son gallinas de agua. El general, ¿dónde está el general? ¡Eh! ¡General!, hay que darles medallas con una liebre grabada.

Pero ya no había ni oficiales ni sargentos.

—Adelante, adelante —gritó Gaspar—. Así no podemos volvernos. No se ha concluido. ¡No he matado ningún “boche”!

Y entonces, cincuenta hombres, en confusión, se arrojaron a seguirle.

—¡ Fijarse en el setenta y cinco ! ¡ Los hace saltar como sapos en aceite frito !

Por desgracia, también saltaban ellos... Las granadas llovían por la derecha, por la izquierda, de frente. Uno tras otro, los soldados caían. Los que estaban ilesos ganaron un camino; las granadas los siguieron. Iban acribillados de proyectiles: mochilas agujereadas, marmitas reventadas, el aire ardiendo, el suelo temblaba y se abría bajo sus pies. En fin, Gaspar y Burette recibieron juntos lo suyo: la misma granada.

Burette, en lugar de caer, se estiró. Como se hace en la esgrima, proclamó: “Tocado”, y Gaspar respondió con voz furiosa:

—Y yo ídem. ¡ Malditos cochinos !

El dolor le hizo palidecer y casi enflaquecer en el acto. Vaciló, pero su voluntad le sostuvo, y añadió:

—Sí, sí; a mí también...

Se llevó la mano a una nalga. ¡ Herido en la nalga ! ¡ Sólo de pensarlo se desesperó ! ¡ En una nalga... ! Escupió de asco. Y cuando, al llegar una nueva ráfaga de metralla, Burette le gritó: “¡ Tírate al suelo !”, repuso: “¡ No quiero ! ¡ No me amueles ! ¡ Que me hieran por delante, ea !”

No le hirieron. Continuó andando; pero cuando, al oír silbar otra granada, empezó trabajosamente a agacharse, sus ojos buscaron a Burette y ya no le hallaron.

La avena era muy alta, y podía ocultar a Burette. Le llamó:

—¡ Eh ! Burette, ¿ estás ahí ?

No tuvo respuesta. Alzó la cabeza, se arrodilló, se puso en pie.

—¡ Burette... ! Bueno; vamos a ver, compañero.

Al acabar la frase, una bala le atravesó lo alto del quepis, bamboleándole la cabeza.

—¡Ah!, ¡qué animal! — dijo —, ¡gracias a que mi madre no me hizo más alto!

Volvió sobre sus pasos en busca de Burette. Le halló quince metros más atrás, de rodillas, inmóvil, en éxtasis, boquiabierto, clareados los ojos. Gaspar le dio en el hombro. Burette se derrumbó.

—¡Dios santo! — dijo Gaspar.

La canción de las balas, fina y pérfida, le aturdió. Se inclinó sobre su amigo.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes? — dijo Gaspar con una risa nerviosa.

—¡Ay!, ¡ay! — suspiró Burette.

—¿Te han dado otra vez? ¿Dónde?

—¡Ay...! — repitió Burette —. Aquí...

Mostraba el vientre, y se revolvía en el suelo como un hombre a quien las fuerzas le abandonaban.

—Cochinos brutos — dijo Gaspar.

Le desabrochó, levantó la camisa, y con un tono que se esforzaba por parecer ligero:

—Pero si no tienes nada, eso no es nada, una rajadurita sin importancia.

—Me han jorobado... — balbució simplemente Burette.

—¡Calla! Tiéndete ahí... Me conoces..., soy Gaspar, y no te abandono; nos arreglaremos entre los dos como buenos compinches.

—Me han jorobado...

—¡Vamos, no me saques de tino!

Una granada dio en tierra a tres metros de distancia. Gaspar dijo:

—La cochinada mayor es que no se cansan de tirar. ¿Puedes andar un poco?

—¡Oh!, ¡no... no!

—¿Y si te sostengo?

—Prefiero morir aquí... ¡Oh...! sí... Le dirás a mi mujercita...

—¿Acabarás? ¡No te ves: tienes una cara como para vivir cien años...! Después de todo... ¿qué? ¿Te han tocado unos plomos? Bueno... ya te los sacarán.

Otra granada. Gaspar se tendió sobre Burette, cubriéndole con su cuerpo.

—¡No hay necesidad de que te den otra...! Ahora, escucha:

hay que marcharse de aquí; el pueblo no está ya para nosotros; a nosotros ya nos han desmochado. Vas a echarme los dos brazos al cuello.

—¡No!, ¡oh!, no... Gaspar, no me muevas de aquí. Me duele, me duele mucho... Prefiero... que me escuches...

—¡Eso es, hablar! ¡Siempre hablar! Por algo eres bachiller. ¿Son todos como tú? Mira: no te pregunto si te gusta o no... Te cojo.

—¡No...!, ¡no!!

—¡Así! Apriétame... más fuerte. ¡Vamos...! En marcha.

Ya no se acordaba de su nalga. Arrojó la mochila y el fusil; sólo conservó el morral, porque en él iba guardado el pedazo de carne; y con su compinche entre los brazos, como si llevara a su hijo, empezó a desandar todo el camino recorrido a fuerza de saltos temerarios bajo un fuego terrible.

No lo era menos ahora, y los "boches" no parecían en modo alguno dispuestos a amenguarlo. Gaspar, con su carga, atravesó jadeante un vasto campo donde las balas de las ametralladoras zumbaban como avispa, sibilantes, irritantes, invisibles, por lo que los soldados las odian aún más que a la granada, muy brutal pero menos taimada, y que deja algún respiro hasta que su semejante llega. Mientras que aquellos balines, traidores y múltiples, vibran en los oídos, rozan el rostro, y pasan fugaces con la música del viento, que, por su parte, parece también herido.

—¡Pellejos!, ¡más que pellejos! ¡Carroñas! — murmuró Gaspar.

Sentía que sus nervios se erizaban en medio de aquel solapado llover de plomo que le rozaba y le envolvía.

Dos o tres veces dejó a Burette suavemente en el suelo. Hizo una mueca llevándose la mano a la nalga, y respiró hasta henchirse los pulmones. Luego, veloz, le tomaba de nuevo en brazos, diciendo:

—Avanzamos, chaval, no te apures. Vamos a llegar a un pueblo y te curarán eso.

Pero el enemigo, ahora, alargaba el tiro. Desde lo alto de un bosque abarcaba la llanura, y sin duda acababa de descubrir todos aquellos heridos que, como Gaspar, se retiraban detrás de las líneas francesas, trompicando, solos o en parejas, miserables, gemebundos, apretando el paso, sujetándose las heridas hasta llegar a la ambulancia, que buscaban de lejos con vagoroso mirar. Decidió, cruel, acabar con ellos. Y entonces cayó una nueva lluvia

de granadas, más pavorosa aún que las otras, porque todos aquellos heridos no conservaban agilidad ni energía para arrojarlos rápidos al suelo, para ocultar la cabeza, y muchos eran alcanzados de nuevo, dos y tres veces; y seguían la marcha, con alaridos más fuertes, enloquecidos, chorreando sangre, jirones de carne en que se cebaban los cañones alemanes.

Gaspar no se azoraba. Simplemente, estaba sublime. Iba a su paso, sudando y soplando, y decía:

—¡Peor para nosotros...! ¡Me cisco en todo! Sea lo que sea. Si reventamos juntos, ¡reventaremos juntos!

—Sí, sí... —murmuró Burette—; pero..., pero no me muevas tanto.

—Es que no pesas nada, ¿sabes?, ¡so penco!

Al oír esto, Burette, a quien el dolor obligaba a cerrar los ojos, como hombre a punto de desfallecer, los abrió bruscamente y dijo:

—Gas... Gaspar..., eres el mejor amigo que he tenido.

Gaspar, ahogado por el peso, nada contestó. Los dos estaban muy conmovidos.

A medida que desandaba el campo de batalla, donde tantas habían caído, se alzaban a derecha e izquierda voces suplicantes: “¡Eh, amigo...! ¡Eh, pequeño! ¡Eh, buen mozo...! ¡Agua! ¡Llévas algo de beber...? ¡Oye, dame de beber!”

Todos tenían el mismo horrible quejido. Y se oía también nombres de mujeres, balbucidos con voz tenue y sollozante por hombres en la agonía que expresaban sus últimos pensamientos en la tierra: “¡Juana, Juana...! ¡María...! ¡Pobre mujer mía...! ¡María...! ¡Agua! ¡Eh, ése..., agua!”

Gaspar estaba horriblemente pálido, a pesar del mucho calor que tenía. Miraba en derechura, para esquivar tantos ojos suplicantes, y seguía una línea recta, de la que se desviaba sólo para no pisar a los muertos. Unos habían caído boca arriba: sus ojos, vidriosos, seguían abiertos, cara al cielo. Otros se habían aplastado el rostro al caer y, muertos, besaban la tierra.

El sol se ponía, espléndido, por el lado de Francia, inundándola con sus postreros fulgores; frente a aquel cielo inflamado, donde flotaban vedijones de nubes bermejas, de trágica hermosura, porque parecían una cabalgada sangrienta, los alemanes competían con aquella hora triunfal abrasando sin cesar pueblos y bosques. Crueldad efímera y mísera que el sol, pasada la noche, vendría a ahogar en los resplandores del saliente.

Pero la noche..., había que pasar la noche; muchos no saldrían de ella; Gaspar, cuyos brazos cedían bajo el peso de su amigo, parecía el Hombre portador del Infortunio.

Llegó a la ambulancia a costa de esfuerzos inauditos, desangrándose a su vez, porque la caminata le agrandó la herida. Pero no se cuidaba de eso; su alma ruda seguía una idea fija: tenía un compinche y lo salvaba.

Le tendió a lo largo del muro de una troje y se fue en busca de un médico. En la oscuridad, que ya ahogaba al pueblo, un millar de soldados, en tres trozos de carretera y en tres callejas, gritaban, se quejaban, se tropezaban, se ayudaban unos a otros, se insultaban. Heridos, enfermeros, fugitivos; luego, una compañía que pasaba apenas reconstituida, relativamente reorganizada; y en la oscuridad veíase relucir los ojos dilatados de los hombres que avivaban el paso, como si se apresurasen a huir de aquella tierra infernal.

El primer cuidado de Gaspar fue ir a ponerse bajo el chorro de una fuente, en torno de la que se apretujaba un centenar de soldados. Pero Gaspar tenía autoridad, voz, decisión, y no tardó en exponer los brazos y la cabeza al agua. Luego, refrigerado, resoplando, sacudiéndose, gritó por las esquinas:

—¡ Un médico! ¿Dónde hay un médico?

Halló tres, que, en el umbral de una troje, curaban, vendaban, cortaban y decían:

—¡ Esto es pavoroso! ¡ Si continúa así, dentro de dos días no quedará nadie!

—¡ Hay síntomas! — dijo Gaspar.

—¿ Quién habla con usted? ¡ Cállese! — dijeron los médicos.

—¿ Callarme? ¿ Por qué voy a callarme! ¡ Como si no me doliera esta nalga! Tengo derecho a hablar. Y luego, no hablo por mí, es por Burette, mi compinche; sí, sí, mi compinche, que tiene un balazo en el vientre, y necesito una camilla.

—¡ Pues vea a los camilleros, y déjenos en paz!

Se fue indignado. Pero con los camilleros estuvo terrible. Agarró a uno por el brazo y ya no lo soltó. El otro no tenía nada ni podía nada. Gaspar le bamboleaba con violencia.

—Entonces, ¿ para qué te han plantado esas cruces en los brazos? ¡ Para darte tono! ¡ Trasto, largo de aquí...! ¡ Me das náuseas!

Al alejarse tropezó con dos piernas que obstruían el camino. “¡ Trueno de Dios!”, exclamó. Pero oyó que le llamaban: “¡ Eh,

eh!" Se volvió. ¡El capitán Puche! Apenas se le conocía: el rostro no era más que una mancha de sangre.

—¡También usted! —dijo Gaspar—. ¡Qué desdicha! ¡Y en la cabeza! ¿Le duele mucho?

—No es nada —farfulló Puche con voz sorda, oprimidos los labios y la nariz por las compresas—. Ha ...entrado ...or aquí y salido ...or aquí.

No podía cerrar la boca ni pronunciar la *pe*; tenía, sin embargo, un papel y un lápiz, y al ver que su sargento mayor se acercaba con un farol en la mano, dijo con esfuerzo, tragándose las efes:

—El ...iniquito de la cuenta..., ochocientos treinta ...rancos... Luego, echó atrás la cabeza para no tragar tanta sangre.

Gaspar no sabía qué decir.

—Mi capitán... Burette también; tiene una bala en el vientre —aventuró al fin.

—...Urette? ...obre ...urette —repuso Puche—. ¿Ha muerto?

—¡Ah! ¡Muy mal se ve!

—Morir ...or la ...atria —dijo tranquilamente Puche— es la muerte más hermosa.

No mostraba la más mínima agitación; herido, desangrándose, rota la faz, se empeñaba en dejar sus asuntos en orden antes de pensar en que lo evacuaran y en curarse; sin frases, sin gestos, calculaba, sencillamente, el sobrante de los fondos de la compañía. Después añadía:

—Las ...atatas no las arranquen sin ...edirlas...

—Esté usted tranquilo, mi capitán —decía el sargento mayor—; pero está usted perdiendo mucha sangre.

La sangre goteaba sobre el papel.

—No es nada..., nada..., esto ...asaré. Hasta la ...ista..., aspar, ...uena suerte.

Se estrecharon la mano. Gaspar, atontado, farfulló unas palabras sin sentido, y se retiró.

Aún oyó que Puche decía:

—Tengo chocolate en la maleta; ...uede usted re...artirlo entre los soldados.

Después entregó los gemelos, el mapa, manteniendo echada hacia atrás la cabeza para que no le corriese la sangre por el uniforme ni manchara los papelotes.

Gaspar se alejó, diciendo entre sí: "¡Ese hombre es un héroe!"

Luego, corrió en busca de Burette.

Burette no cesaba de quejarse. Un médico acababa justamente de reconocerle la herida. Gaspar, ansioso, corrió a su alcance:

—¿Cuál? —dijo el mayor—, ¿aquél de allí? ¡Pobre! Es cosa perdida.

—¿De verdad...? Pero ¿de verdad? —dijo Gaspar—. ¡Ah! ¡Esta guerra...!

Volvió junto a Burette. Se inclinó sobre él.

—¡No te apures, hombre! Al parecer, no es nada.

—Me voy, Gaspar..., me voy...

—¡Simplezas...! Mira, en serio...

—Oye, Gaspar... He cumplido con mi deber... ¡Ay, qué dolor...! ¡Ay, Dios mío...! Le dirás a mi mujercita...

—Pero no seas niño, no hables; te ahogas.

—Le dirás... que he muerto... pensando en ella.

—Eso se lo dirás tú mismo...; quiero decir... que no tengas miedo..., volverás a verla.

Burette tenía ya las manos frías, y su aliento era como una bruma helada.

El médico volvía, seguido de dos camilleros.

—Este hombre, con mucho cuidado, a la ambulancia.

—Sí..., ¡oh!, sí... con cuidado —suspiró Burette—. Gas... Gaspar..., ponme tú en la camilla.

—Sí, mendrugo.

Cargó con él, pasando suavemente los brazos por debajo de su cuerpo dolorido. Entonces, las facciones de Burette se dilataron, y mientras Gaspar, con precaución, le levantaba para colocarlo bien, le besó en la barba, balbuciendo de nuevo:

—Tú... tú eres el mejor amigo que he tenido...

Gaspar se revolvió contra la emoción.

Llevaronse a Burette. Quiso ir detrás.

—A usted —le dijo el mayor— le evacuarán más lejos.

—Entonces dejo a mi compinche —se desesperó Gaspar.

—Por fuerza, amigo mío.

—Bueno, al menos, le diré adiós... Burette. ¡Muchacho..., no tengas miedo! Nos veremos en Montparnasse.

Sólo tuvo tiempo de estrecharle la mano, y se encontró solo, enteramente solo, aunque en medio de un hormigüear de hombres.

¡Sin su compinche...! Se sentó en el suelo y lanzó un grito. ¡La nalgá! ¡Ah, Dios! Ni siquiera le habían vendado.

Un médico ayudante le desnudó. Le hizo ponerse de costado, y le curó como pudo, a la pálida claridad de la luna, que asomaba por encima de las casas.

—Le falta a usted un buen pedazo — le dijo.

—Me cisco en todo — dijo colérico Gaspar —, sí, me cisco... Pero... es mucha desgracia tener que ver estas cosas...

Y dando la vuelta completa, la nariz contra el suelo, rompió en sollozos, apoyada la cabeza en un brazo.

¡La guerra! ¡Qué horror! Se sale de la vida cotidiana y corriente para entrar en un infierno, donde todos los elementos parecen concertados para atormentarle, desgarrarle, acribillarle a uno. ¿Está uno con sus compañeros? Caen. ¿Los quiere uno bien? Mueren... ¡Socorro! ¡Agua...! ¡Y luego, allá lejos, las mujeres, los hijos...! ¡Y Burette...! Estos pensamientos le acongojaban; Gaspar lloraba con toda su alma.

Al acabar de curarle, ya se había calmado un poco.

Se volvió, con ayuda de un enfermero, y quedó echado sobre un muslo.

Luego, cuando se fue el médico, sorbió, se enjugó los ojos, y sintióse de súbito muy decaído. Entonces murmuró: “¡Tengo hambre!” Y se acordó de la carne.

El morral yacía a su lado; alargó la mano, lo abrió, sacó la carne, y en medio de su dolor, de su abatimiento, de su miseria, tuvo una manera de alegría pueril y se enterneció al pensar que iba a comer.

La luna, entonces, le daba ya de lleno. ¿Quería ayudarle en la operación de partir la carne? Cerca de él estaban dos o tres soldados, herido el uno en un pie, el otro en un brazo, suspirantes. Al ver aquella pitanza inesperada e importante alargaron el pescuezo. Decían: “Oye, tú..., ¿tienes algo que comer?” Y ávidamente, arrastrando las nalgas, se acercaron a él.

En el acto, Gaspar recobró la sonrisa; pero fue más una sonrisa de orgullo que de caridad, y dándose importancia, dijo:

—¡Oh...! ¡Despacio, despacio! Primero, yo. ¡Me parece que soy yo quien ha andado con ello a cuestas!

## CAPITULO IV

LUEGO que Gaspar mordisqueó el pedazo de carne, casi cruda, execrable, le pareció tener más sangre en las venas y tuétano en los huesos. Sus nervios se calmaban; una tras otra, las ideas, desalojadas de su morada por la horrorosa borrasca, reaparecían en el cerebro, y le producía estupor volver a encontrarlas. ¡Su compañía! ¡Su regimiento! ¿Qué habría sido de todo eso? ¿Y los compañeros, Moreau y los demás? El, Gaspar, se había escapado con Burette. Burette se quedó medio muerto en sus brazos. Se lo habían quitado; le habían dejado solo. Ahora se encontraba entre desconocidos, heridos como él, que no llevaban en el cuello el mismo número que Gaspar llevaba. Era de noche, noche de luna para cuentos de hadas, y, no obstante, aún tenía llena la cabeza, llenos los ojos de la luz violenta de la fantástica jornada que acababa de vivir, de la que quedaba un revoltijo de imágenes atroces, con una impresión persistente de estrépito infernal. Los oídos le zumbaban; ardíanle los ojos; su cuerpo, ya distendido, le dolía por todas partes; pasándose por la frente el revés de la mano, repetía en voz alta:

—¡Ah! En serio... ¡Qué asco!

Después fue pidiendo noticias a sus camaradas de infortunio. Todos de regimientos distintos. De suerte que la batalla en que la 24.<sup>a</sup>, al mando del capitán Puche, había entrado de un modo tan noble y tranquilo, era, sin duda, una inmensa refriega, donde millares de hombres habían padecido dejándose matar, acuchillar, entre los trigos, las arboledas, los pliegues del terreno y las cercas, que los ocultaban unos a otros, haciendo creer a cada tropa que ella era la única que se sacrificaba.

Gaspar preguntó:

—¿Cómo se llama este término?

Un sargento replicó:

—Parece que es G...

—¿G...? —dijo Gaspar—. No lo conozco.

Refunfuñó. Para dejarle contento hubiera habido que citarle un nombre de batalla histórica. G... no era célebre. Haber sido

herido en G... ni siquiera sería para contado — aunque se había librado de buena —. ¡Había visto a tantos caer y quedarse tiesos! Sólo a los “boches” no los había visto.

—Y vosotros, ¿habéis visto a los “boches”? — dijo.

Un herido repuso:

—Me futro en ellos. No tenía empeño en verlos.

Gaspar se incorporó.

—¡Embrutecido! No hay que preguntarte si eres de París.... serás de Quimper-Corentin... ¡No tenía empeño en verlos! ¡Habrá idiota! ¿Acaso te lo digo yo por eso? ¿Por qué buscas discusiones?

—Digo lo que pienso.

—Bueno; pues piensas como el fondo de mis calzones, ¿comprendes? ¡No tenía empeño en verlos! ¿Lo tenía yo acaso? Sólo que yo me imaginaba la guerra de otro modo. Me parece que no era yo el único... Cuando me bato, yo no me escondo; al contrario. Los “boches” son repugnantes: le envían a uno, sin moverse, todo el cochino hierro viejo que tienen. Nosotros lo que pedíamos era llegar a las manos.

En la oscuridad, una voz un poco afectada profirió:

—¡Ay! ¡Esas no son ya las condiciones de las guerras modernas!

—Moderna o no moderna — dijo Gaspar —, no sé hacer frases como ésta; pero yo sé lo que me digo. Si hubiese sabido esto, no me habría quedado en infantería.

—¿Adónde iba usted a ir? — preguntó la misma voz.

—¿Adónde? ¡A los “areos”! Hubiera pedido para los “areos”. Eso me gustaría, porque puede uno escupirles encima.

—¡Mucho se habla aquí; un poco de silencio!

—Ahí está el otro tablajero... — dijo Gaspar.

Era el médico.

—¿Cuántos hay aquí que no pueden andar? — preguntó.

Hizo la cuenta, y luego llamó:

—Que acerquen un carruaje.

—¡Al pelo! — murmuró Gaspar —. Por fin va uno a pasearse a costa ajena. Tengo las garras averiadas.

Su buen humor renació bruscamente; pero le produjo una decepción el género de vehículo a que le invitaron a subir: tres tablas sobre unos ejes, con dos malos adrales, entre los que habían tendido un lecho de paja vieja y desmenuzada, de tres centímetros de espesor. Dos hombres podían colocarse allí; apilaron

hasta media docena, y entonces fueron los gritos, los juramentos.

—¡Cuidado con mi pierna, so animal!

—¿Tu pierna? ¿Y las mías?

Después, Gaspar la emprendió con el conductor, lorenés viejo, gargajoso y soñoliento.

—¡Me parece que tú no eres el alquilador de coches para bodas! ¿Es éste el coche de la novia?

El lugareño no oía; era un poco sordo. A su vez, preguntó:

—¿Hay muchos muertos?

Gaspar dijo:

—¡No somos de las pompas fúnebres! ¡Ande! ¡Llévenos!

El otro continuó:

—Porque todas estas tierras son mías... Las tierras donde os habéis batido, son mías.

—¡Bueno; tienes unas fincas preciosas! — dijo Gaspar —. ¿Sabes que prefiero la calle de la Gaité?

El lugareño insistió:

—Al menos, ¿el Gobierno nos pagará todo lo que destrocen?

—¿Quieres echar a andar? — exclamó Gaspar —. No me gusta que mi cochero me dé conversación.

Singular viaje, en aquella noche bañada por la luna. Tres horas de carreta a paso lento, las ruedas chirriando, gimiendo los hombres, y aquellas seis cabezas miserables, bamboleándose a uno y otro lado, dolientes, abatidas. Cabezas épicas, ya lívidas, ya sumidas en sombra, a la vez terribles y cómicas, bajo los quepis aupados de un modo grotesco, que daban aspecto de fantoches a tan lamentables criaturas.

Cuando la carreta se detuvo, estaban delante de la iglesia de una aldea, y se oían órdenes: “¡Apearse! ¡Que se apeen todos! ¡Entren ahí! ¡El tren se tomará al ser de día!”

Al pasar por el atrio de la iglesia, Gaspar dijo:

—Esto es hecho: es el entierro.

La iglesia ya estaba llena de heridos, echados en las losas o en los bancos; y la luna... la luna estaba también allí, porque la víspera una granada había derrumbado la bóveda; de modo que el techo era el cielo, tan luminoso en la noche que hacía.

Había, no obstante, en la iglesia algunos rincones envueltos en densas tinieblas, de donde se escapaban quejidos. La luna, tan brillante, debía de parecerles odiosa a aquellos infelices. Por huir de su pálida claridad, se habían amontonado en las naves laterales. El cura, seguido de una vieja patizamba, circulaba por allí

con una vela en la mano. Dejaba la vela en el suelo y repartía terrones de azúcar, mientras la vieja, que llevaba una colodra, vertía en los vasos, temblando, agua teñida de vino.

Gaspar, en pie contra un pilar, bebió, y comió azúcar; luego, a cuatro patas, para no pisar a los heridos, se fue hasta el altar, donde los rayos de la luna enrubiaban unas macetitas blancas y unas plantas verdes.

Un Cristo de gran tamaño, de madera pintada, esculpido con candor, que sin duda estaba antes en el altar, se había derrumbado allí, y en la caída se rompió un brazo, que aún pendía lamentablemente de la cruz, por la mano. Muy cerca del Cristo, sobre un montón de paja, un herido jadeaba, apretándose el corazón. Gaspar llegó junto a él.

—¿Dónde te han dado?

El otro respondió con voz sorda, poniéndose la mano sobre el pulmón:

—En el fuelle...

—¿Una bala?

—Sí.

—¡Ver esto a nuestra edad! ¿Eres de *Pantruche*?

—Sí.

—¡Qué desgracia...! Di, viejo..., ¿no puedes echarte hacia allá?

—No puedo.

—Para un compinche...; o si no, espera..., voy a hacer la mudanza.

Apoyado en una rodilla, tomó el Cristo entre los brazos, lo alzó con gran esfuerzo y lo empujó, arrimándolo al herido, para hacerse sitio al otro lado; después dijo:

—¡Cómo pesa el patrón!

Se tendió. La luz de la luna daba sobre el Cristo, y los dos soldados, que parecían los dos ladrones, se pusieron a hablar y a lamentarse por encima de la cruz. Gaspar dijo:

—¿Te han dado azúcar?

—¿Azúcar?

—El cura lo reparte.

—¿Sí...? ¡Pche! ¡El cura...!

—¡Qué! ¿El cura? No parece mal sujeto. Los curas son como todo el mundo, ¿sabes tú? No hay que decir... En todas partes hay gente buena.

—No digo nada.

—Bueno, pero como parecía que gruñías; los curas...

Se calló, y a poco repuso:

—¿Te han dado vino?

—No.

—Bueno, ¿no te das mucha maña!

—¡Me ahogo...!

—¿Te ahogas...? No es una razón; eso te hubiera aliviado.

Una lamentación inmensa llenaba la iglesia, más conmovedora, más verdadera que todas las palabras inventadas por los hombres para orar. Era el gemido natural de la Tierra hacia Dios; el padecer bajo la bóveda del cielo, con las losas por lecho, entre muros que jamás habían oído súplicas tan sinceras como el grito de socorro que exhalaban aquellos cuerpos desgarrados. Una modestísima iglesia de aldea, cuando sirve de primer refugio a los soldados que, cubiertos de sangre, vuelven de la batalla, es la más sencilla y emocionante imagen de la humana miseria, que interroga y suplica: "¿Por qué tantos dolores, tantas llagas, tales agonías?" La carne mutilada gime y grita, tendida en la paja, mientras las piedras de la iglesia, que por un instante la cobijan, parecen decir: "Nosotros ya sabíamos todo eso, y os aguardábamos."

La luna desapareció. Rayaba el día.

—Los que puedan andar, que se levanten — dijo el médico.

Y se levantó.

En la puerta, algunos enfermeros, el cura con su vela, la vieja con la colodra, y unos campesinos que guiaban unas carretas, tratando todos a un tiempo de hacerlas avanzar, sin conseguir más que enganchar unas ruedas con otras. Los hombres juraban; los caballos relinchaban. En la primera claridad, gris y lúgubre, del día, aquella confusión era capaz de desanimar a los mejores.

Pero con tiempo, todo se allana en la vida; ocurre incluso que algunos heridos mueren en el camino: en un vaivén del carro se va su último suspiro; y cuando, al fin, se llega ante la estación donde humea el tren salvador, pronto a partir para provincias más tranquilas, el médico dice: "Ese... acabó...; ¡dejadle!"

El tren de heridos a que subió Gaspar era en un todo semejante al que hacía tres semanas le había llevado a aquel país trágico. Le dolía no tener ya a su lado a los antiguos compinches para hacérselo notar. Desde aquella batalla parecía estar en un mundo distinto. Todas, caras desconocidas. Entonces, a solas, se dijo: "¡Reconozco este vagón!"

Trenes en que partieron, trenes de entusiasmo, ¡qué lejos quedaban ya! Habían dejado las flores y el follaje; pero todo ello pendía flácido, ajado, y el tren era un tren de retorno, de torturas y gemidos.

No importa. Gracias a Gaspar — el demonio del hombre todo lo animaba —, y gracias también a dos parisienses, el uno barrendero en la *Butte-aux-Cailles*, el otro repartidor en la calle de las Haudriettes, aquel tren de heridos fue uno de los más curiosos y bullidores que Francia ha visto durante esta guerra.

¡Y Dios sabe los que ha visto! Todos muy largos y muy lentos. Pero aquél era interminable (la máquina y el furgón de cola rebasaban de todas las estaciones), y no tardó menos de cinco días — toda la primera semana de setiembre, semana de retirada y de angustias — en ir desde la Lorena, puesta a sangre y fuego, hasta el tranquilo Anjou, donde las viñas maduraban tranquilamente al sol.

Gaspar afirmaba:

— Los circos se pasean siempre a esta velocidad. Llevando fenómenos, hay que hacer paradas en todos los pueblos.

Atravesaron la Argona, todavía intacta, y tan verde, de un verde salvaje. Gaspar, burlón, decía:

— ¡Hasta más ver! ¡No será por aquí donde yo me compre un coto de caza!

Pasaron por Reims, donde la catedral vivía los últimos días de su vida secular, y ninguno la miró como hubiera debido. Dieron la vuelta a París, lo que puso rabioso al repartidor. (“¡No me hubiera apeado más que ocho días; no os hubiera retrasado!”) En fin, atravesaron la deliciosa Turena, donde los castillos de Francia parecían haberse alineado en honor de aquellas primeras víctimas del enemigo. El barrendero se emocionó. “Bien sabían lo que era hacer casas, en la Edad Media.”

Ir así, viendo una tras otra las provincias por quienes acababan de vivir aquella cruel pesadilla, era lo más emocionante de todo; y parecía que el tren iba a paso de tortuga, a fin de que los soldados, hasta los más rudos, tuviesen tiempo de comprender y de decirse: “¡Dios! ¡Qué grande es este país! ¡Y qué variado! ¡Y qué hermoso!”

Gaspar rumiaba: “¡Cochina suerte! ¡Para una vez que viajo de gorra, he de llevar una nalga hecha mermelada!”

No había encontrado sitio en los vagones de ganado, y encarámandose a un angosto compartimiento de tercera, tomó posesión

de la red, donde se tendió como pudo, gruñendo “¡que la República le daba asco, y que iban a dejarle reventar!” Encaramado en la red, boca abajo, hacía muecas, mortificado por la quemazón de la nalga. Pero se detenía el tren: en el acto Gaspar saltaba de su alero y caía sobre los hombros de sus camaradas. Sacaba el cuerpo por la portezuela, asía el pestillo, saltaba a la vía. Veíale el barrendero, que no necesitaba más que un brinco. Luego, el repartidor. Y luego los restantes — salvo los heridos graves, inmóviles sobre la paja —. Y, la verdad, se hubiese dicho que del tren se escapaba la Corte de los Milagros, una Corte de los Milagros terrible, fantástica y burlesca, porque al soldado como al mendigo siempre le agitan una curiosidad y una esperanza por las que sus padecimientos se vuelven pueriles y cómicos. El hombre hambriento, sediento, dolorido, se torna niño. No hay modo de retenerle: se va de entre las manos. ¡Un tren de heridos! Para conducirlo bien, para vigilarlo, para tener seguridad de no haber perdido ningún hombre, harían falta cien ojos. Nadie se escapa con más presteza que un soldado. Le izan a un vagón: vuelve a bajar. Le suben de nuevo y cierran la portezuela: asoma la cabeza por la ventanilla. La boca pide, la nariz ventea, los ojos buscan. Voleís la espalda: asoma todo el tronco. Os alejáis: ya está en el suelo. Voleís: dice: “¡Es que me he caído...!”

Pero el sanitario ayudante a cuyo cargo iba el tren de Gaspar, con mucha filosofía dejaba hacer, y fumaba pipa tras pipa. Entonces, cojeando, saltando, trompicando, a gatas — brazos en cabestrillo, cabezas entrapajadas, hombros dislocados, cuellos torcidos, bocas ensangrentadas —, todas las miserias de la guerra descendían del tren, se cruzaban y mezclaban, y luego, como mejor podían, ayudándose mutuamente, entre juramentos y quejidos, se tendían en el talud de la vía férrea.

Cinco, diez minutos tan sólo: el tiempo que tarde en estar la vía libre. Iban tan amontonados, apilados y magullados en los compartimientos, que el suelo parecía blando y el aire divino. Gaspar, a causa “de aquella carroña”, veíase obligado a tumbarse otra vez boca abajo. Pero si había hierba, metía en ella las manos, y decía: “Esto me recuerda los domingos en Meudon. ¡Ay, lo que uno se divertía...! ¡Cómo retozábamos por las praderas! ¡Y qué siestas!”

—Pues ahora —respondía el barrendero— no hay que quejarse. Ya van dos días que no hacemos nada. Llevo una tetilla arrancada; pero, bueno: ¡como no soy ama de cría...!

—Creo que estás en lo cierto —añadía el repartidor—. Hemos encontrado un filón.

Con un brazo y una pierna acribillados de metralla, se tendía boca arriba y contemplaba el cielo.

—Las viejas le hablan a uno del paraíso: prefiero creerlo a verlo. Cuando me cayó encima esta granizada, me dije: “¿En los remos? ¡Me conviene! ¿Nada en el comedero? ¡Al pelo!”

Y se desperezaba voluptuosamente.

De pronto, el tren silbaba. Como un eco, la réplica de Cambronne resurgía, breve y pronta, repetida por cien veces. Luego, toda aquella Corte de los Milagros se izaba, y otra vez se amontonaba y zambullía en los vagones, aborrecibles y prometedores al mismo tiempo, porque si eran duros, angostos y de mucho traqueteo, decían también: “¡Vamos rodando hacia las camas!”

¡Las camas! ¡Qué ilusión! Gaspar, encaramado en la red, le decía al compañero acurrucado en el rincón:

—Oye, viejo, asoma la gaita a la ventanilla.

—¿Para qué?

—Asómala primero.

—¿Y ahora?

—¿Qué ves?

—Nada.

—Bien está: eres un patoso.

Y si el otro gruñía:

—¿No sabes que espero un tren de coches-camas? Me lo envía Poincaré.

La verdad es que iban a ver otro muy diferente.

El tercer día, a eso de medianoche, con una luna para enamorados, cuando acababan de pasar por Rambouillet, dieron alcance a un tren parado, como perdido en pleno campo, de donde salían gritos e imprecaciones singulares. Gaspar, sorbiendo por la nariz, dijo: “¿Qué es esto? ¿Búfalo?” Y una vez más se dejó caer de la red. Vagó por el balasto. Otros le imitaron. El sanitario gritó: “¡Suban, por vida de Dios! ¡Suban en seguida!”

El repartidor dijo con desdén:

—He perdido el anillo de boda...

—¿Y usted? —repuso el otro, brutal.

—Yo... —dijo Gaspar—, yo también.

El sanitario dio media vuelta.

Y Gaspar y sus dos amigos avanzaron hasta la “loco”. El fogonero les dijo:

—Es un tren de locos.

—¿De veras?

—Locos evacuados de Ville-Evrard.

—¡Ville-Evrard! — dijo el barrendero.

—¿Lo conoces? — preguntó el fogonero.

—Un poco — dijo el barrendero pavoneándose —. Tengo un tío que era alcohólico, y que ha estado allí tres años.

—Bueno; los trasladan.

—¿Por qué?

—Para que los “boches” no les echen mano, si llegan allá. Ahora lo que pasa es que ha huido uno.

—¿Adónde? — preguntó en seguida Gaspar.

—Por el campo... Escucha un poco... Los guardianes le buscan.

¡Cómo se rieron! Después, se les ocurrió: “¿Y si fuésemos nosotros a buscarle...? Oye, silbarás antes de marcharte, ¿eh?; no te vayas sin nosotros.”

Y se lanzaron por los campos, blanqueados por la luna.

Gaspar, que cojeaba, se apoyaba en el barrendero. Y el reparador, con andar de pato, seguía y gritaba:

—¡Esperadme...! ¡Que nos divirtamos todos!

A doscientos metros de la vía surgió una sombra. Se detuvieron. La sombra se acercaba.

—Ahí está el loco — dijo Gaspar.

—¡Es una loca!

Se reían.

Pero era, en efecto, una loca: ¡hay inverosimilitudes tan ciertas! Una viejecita, flaca, arrugada, detrás de la que corrían hacia media hora, y que se escondía detrás de los árboles, trotaba, gañía, despistaba a sus perseguidores. La luna sola podía verla y seguirla — la luna llena, con su rostro inquietante, porque parece a la vez tan boba y tan burlona, que uno se pregunta si no nos está observando y si el profundo buen sentido que tiene por ser luna no le inspira un malicioso desdén hacia nuestros desatinos terrenales —. Una loca vieja, a medianoche, por los campos, huyendo y aullando; heridos ensangrentados que la persiguen, por divertirse; la extravagancia humana, en vías de representar un acto de su horrible comedia; la pálida luz de un drama; gritos, gemidos, silbidos; dos trenes abarrotados de infortunios, que se lamentan a un tiempo en la noche; desechos de la paz y llagas de guerra; la Muerte, de ronda, agarrotando a los infelices que

agonizan sobre un lecho de paja en vagones de ganado, y la Locura, la Locura a los ochenta años de edad, que se aprovecha de una perturbación para recobrar la libertad... ¡Qué espectáculo para la luna, tan tranquila, clara y contemplativa!

—¡ Por aquí! — decía Gaspar —. ¡ Corta tú por allá...! ¡ Hala! Ya es mía...

—¡ Ah! ¡ Ah! — repetía la vieja.

—¡ Cómo se agarra!

—¡ Le conozco a usted, le conozco! Usted es el pertiguero, el odioso pertiguero que corrompió al señor cura. Se ha puesto usted una gorra, pero le conozco. ¡ Tengo buena vista; y ahora ya no se me escapa usted, buen hombre!

Las máquinas de los dos trenes silbaban.

La vieja continuó, cubiertos los labios de espuma.

—¡ Oye usted cómo llaman a los perros! Le comerán a usted las tripas.

Sus greñas blancas le cosquilleaban las mejillas. Las echó atrás con ambas manos, desembarazándose los ojos:

—¡ Qué feo es! ¡ Ganas me dan de morderlo!

Pero Gaspar la sujetaba por los codos, diciendo:

—¡ Vamos, vamos!

—Yo la soltaría; te la vas a ganar — dijo el barrendero.

—Es un penco viejo — dijo el repartidor.

—¡ A vosotros también os conozco! — dijo la vieja con voz temblona, echándose a llorar —. Sois los monaguillos, tan malos, que os bebisteis el dinero en lugar de dárselo al señor cura, y entonces, yo... no he logrado una misa para mi pobre marido, y cuando me muera, mi pobre marido me dirá: “¿Cómo no has hecho que me digan una misa?”

El repartidor apretaba los ijares.

—¡ Oye! ¡ Vaya un número! Y parece que nos echa una bronca...

Pero el bueno de Gaspar estaba emocionado. Ya no se reía.

—Hay que llevarla al tren — dijo.

Trató suavemente de hacerla andar.

—¡ Vamos, abuela..., echa por ahí!

La vieja lanzó un grito atroz.

—¡ Socorro...! ¡ El pertiguero! ¡ El pertiguero!

Su rostro se contraía de un modo horrible; los adornos de un pequeño chal blanco que llevaba sobre los hombros, temblaban. Gaspar tuvo que soltarla: le clavaba las uñas en los brazos.

La loca continuó.

—¡ Los perros os comerán el corazón, la cabeza y todo!

—¡ Qué hablar tan dulce el de este perro! — dijo el repartidor.

La loca brincaba por el campo, se lanzaba sobre ellos, retrocedía, agitaba los brazos, huía.

—¡ El pertiguero, el pertiguero! ¡ Y los monaguillos...! Pero se hundirá la torre, y las campanas los aplastarán. ¡ Ja! ¡ Ja!

Se mofaba. Su risa se ahogó en un sollozo: “¡ Pobre marido mío!”

Gaspar volvió a acercarse.

—Abuela, escucha un poco... Si no me das guerra, me ocuparé de tu marido.

—¡ Es capaz de decirle una misa! — se reía el barrendero.

—Explícame lo que le pasó a tu marido.

—Cuando su mujer de usted se quede embarazada — dijo la vieja —, parirá un mono y un erizo.

—¡ Ja! ¡ Ja! ¡ Ja! — lanzó el repartidor.

—¡ Eso es hablar! — dijo el barrendero.

—Eso no son razones, abuela; mejor sería que fueses más razonable — dijo tranquilamente Gaspar.

La sujetó por los codos, la apretaba con fuerza, la loca anhelaba:

—Suelte, suélteme usted. Ahí están los perros.

Los trenes seguían silbando. El barrendero repuso:

—Pregúntale si habrá cebollas este año.

Gaspar dijo con voz lenta:

—Abuela..., ¿cómo es que me reconoces? Yo a ti no te conozco.

—¡ Mi pobre marido me vengará!

—¡ Ya nos va cargando! — dijo el barrendero.

—¡ Vámonos! — dijo el repartidor.

—¿ Cómo era tu marido? — preguntó con dulzura Gaspar.

—¡ Las campanas, los perros! — dijo la vieja —. Tu mujer parirá también un ciempiés, que correrá por toda la casa... Mi marido, ¡ pobre marido mío!

Ocultó el rostro entre las manos. Gaspar la empujaba un poco.

—Vamos, ven..., ven a ver por aquí.

De pronto, se dejó llevar, y conforme iba andando gemía:

—¡ Pobre marido mío! Con toda intención dijeron una misa por el primero, que era borracho, y nada, nada por el segundo, que era tan bueno.

—¡Vamos, vamos!

Sus dos amigos se habían callado. Ya no sabían qué decir; los trenes continuaban silbando, y la luna, carirredonda, miraba estupefacta, porque Gaspar, poco a poco, devolvía la vieja a sus guardianes...

Cuando, encaramado de nuevo en su compartimiento, se reanudó la marcha, Gaspar, muy satisfecho, empezó a contar el suceso a sus compañeros.

Hubo una exclamación general:

—Bueno, bueno... ¡Déjate de bromas! ¿Nos tomas por tontos?

Nadie le creía. Tanto, que se encolerizó, y dijo:

—Pues si es así, al primero que me moleste le escupo desde aquí.

No lo hizo. Harto tenía con ocuparse de sí. Aquel paseo a la luz de la luna había reavivado el dolor de la herida, y en la noche, traqueteado por el tren, se puso a gemir, como los demás, porque un tren de heridos, de noche, no es más que un inmenso gemido: de tal modo parece que la oscuridad ahoga, y pesa sobre los dolores. ¡Angustias, cansancio, horas interminables! ¿Qué hacer de los brazos, de las piernas? El cuerpo es como un guiñapo, que se va sobre el vecino; pero el vecino suspira, se desprende y, quebrantado también, se desmorona a su vez. De uno en otro, parece que van pasándose los soldados el peso de sus sufrimientos, hasta que llegue el día... ¡Ah, el día — tan maravilloso —, que aligera el aire al traer su claridad! ¡Y qué decir si el tren va rodando por la Turena cuando sale el sol! ¡La Turena! ¡En setiembre! ¡Al volver de batirse, al salir, llenos de polvo y sangre, del suplicio de una batalla, la Turena, sus jardines, sus estaciones entre la fronda, sus muchachas y sus frutas!

Era una mañana suave y dorada. En los hilos del telégrafo posaba un mundo de golondrinas, que se acicalaban. Véíase el amarillo Loira y sus castillos. Había flores en el más humilde cercado, a lo largo de la vía. El tren se paraba para que las viesen. Se detenía en todas las estaciones; a veces hasta en los pasos a nivel, y en el acto surgían mujeres de todas las casas.

Aldeas deliciosas, alegres pueblecitos, claro país, ¡qué gracioso mirar el de vuestras mujeres, cuando, con sus trajes de verano y sombreros de paja, acuden presurosas, llenas de frutas ambas manos! El herido, emocionado, se apodera de las manos y de la fruta; balbucean de placer; olvidan sus sufrimientos.

La una traía uvas que acababa de coger, con su flor, frágil como el ala de una mariposa, que se deshacía entre manazas de soldados. La otra ofrecía melocotones, pequeños, bermejos, suave caricia para la mano antes de ser regalo de la boca. Otra traía unas peras, gruesas y bruñidas: había corrido; su mano las había entibiado; las peras embalsamaban. Y así, viniendo de los huertos y verjeles de la Turena, acudían todas aquellas muchachitas, flor de Francia, nacidas en los más deleitosos jardines: jardines variadísimos, provincianos o campestres, invisibles, unos, desde la calle; jardines recatados y ricos, que embalsaman el interior de la casa y son el goce secreto de las viviendas familiares; jardines abiertos, otros, libres como los campos; jardines de las colinas, sobre los que las nubes proyectan sus sombras; jardines en las laderas, todo el día al sol.

Gaspar tenía demasiada alma para no emocionarse. Vagamente sentía que entraban en una tierra bendita. Exclamó:

—¡Ah, qué mujeres, qué mujeres tan bonitas! La verdad, vale la pena de haberse roto la cabeza. ¡Qué ricas!

Y en su entusiasmo, Gaspar se multiplicó. Sujetándose la herida, iba de una para otra; tomaba lo que le daban; llenábase manos y bolsillos; después los vaciaba en los vagones. A los heridos graves, que no podían moverse, les preguntaba:

—¿Qué desea el señor? ¿Peras de agua? ¿Higos de Arabia? ¿Uvas moscateles? ¿Hay de todo, no repares!

Luego, comiendo de todo: melocotones, peras, uvas tintas, uvas blancas, a boca llena, llevaba a los más dignos de lástima algo con que mitigar la fiebre que los devoraba.

—¡Huele esto antes de comértelo! ¡No parece fruta: es una flor!

Y les sostenía en alto la cabeza, canturreando:

*Pase por donde pase, ¡qué bien sabe!*

Marchábase otra vez, se olvidaba de su herida, lanzaba un grito, sonreía a las señoras, y decía:

—Gracias... Un poco más... ¡Viva Francia y *Pantruche*! ¡Ah, qué bien está esto! ¡Qué bien!

En su vida había sido tan feliz ni se había visto más colmado. No volvía de su asombro. ¡Reparto gratuito, abundante... y femenino! Ya no le dolía nada; tenía los ojos llenos de alegría, y tomaba cuanto le daban, y daba también él a todo el mundo.

—¡Esto es el socialismo! —decía—. ¡Esto es un Sindicato!  
¡Excelente trabajo!

Fue de este modo, que una importante dama de la Cruz Roja, de rostro amable y despierto, se acercó a él y le dijo:

—Es usted un buen muchacho. ¿Cómo se llama usted?

La miró primero; luego, de súbito, respondió con voz insegura, en la que había, ciertamente, asombro, pero acaso también un poco de orgullo, harto legítimo:

—Soy... soy Gaspar... De la calle de la Gaité.

Mas, ¡ay!, su arrogancia duró poco. Creíase en la tierra prometida, y pensaba permanecer allí; pero la noche cayó por cuarta vez sobre aquel tren miserable, y partieron de nuevo. ¿Hacia dónde, Dios mío, hacia dónde...? ¿A quién creer ni qué esperar, puesto que en todas las poblaciones les decían: "En la próxima os acostaréis"?

¡Acostarse!

—¡Ah, esta nalga! —gemía Gaspar—. ¡Qué carroña, qué porquería! ¡Que me la quiten, que me la corten...! ¡No quiero tenerla más, ni puedo...! ¡Le tratan a uno como si fuese carne muerta...! ¡Los diputados me dan asco! ¡No vuelvo a votar en mi vida!

En fin, en Tours le vejaron en su amor propio... nacional. Habían apartado el tren por dos horas delante de un depósito de máquinas, y los soldados, que una vez más se habían escapado de los vagones para husmear el raro aire de la noche, bostezaban, clavados los ojos en las luces de los discos y de un puesto de guardaagujas. Un mozo del servicio de la estación les dijo:

—¿Habéis visto a los "boches"?

—¡Los "boches" —gruñó Gaspar— no ha sido posible verlos: huían como conejos!

—No digo eso..., sino los "boches" que están ahí.

—¿Dónde?

—En el tren encendido, delante de nosotros.

—¿Son "boches"?

—Trescientos prisioneros.

—¿De veras?

—Ven a verlo.

—¡No, no, no! Prohíbo seriamente atravesar las vías —dijo con tono seco el sanitario, a quien sin duda el cansancio acababa por irritar—. ¡Basta de juego! ¡A los "boches", haberlos visto en la frontera!

—Pero, puesto que no los he visto... — dijo Gaspar.

—Pues bien, ya volverá usted allá; ahora, quieto todo el mundo. ¿Está entendido? Quédese ahí. ¡Estoy harto! ¡Obedezca!

—¡Ay, ay, ay...! ¡Qué rico! — murmuró Gaspar.

Después les dijo a sus compañeros:

—Asco me da esto de no poder siquiera enterarme de la jeta que tienen.

—¡Puah! —dijo el mozo de la estación—. ¡Son como cerdos! Rapados, sin pelo. ¡Ganas le entran a uno de hacer tambores con su pelleja!

—¿Qué te parece?

Gaspar apretaba los puños y rascaba el cráneo.

—Y decir que nosotros, los heridos, las víctimas, no tenemos derecho a ir, mirarles el morro y decirles: “¡Sois unos cochinos, ¿sabéis? unos cochinos; un pueblo de cochinos con cabezas de cochinos...!; ¡manada de cochinos!”

El tren silbaba. Había que subir a los vagones. El mozo de la estación se aventuró a decir:

—Parece que ya no iréis muy lejos.

—Sí... ¡Oh! ¡Ya lo sabemos! —dijo Gaspar—. ¡No nos untes el pico! Anda a tu servicio.

—¿Mi servicio? Conque os digo eso por...

—Bien está. No nos apestes.

El tren se movía. El mozo de la estación gritó:

—¡Vaya un mal educado! ¡Lo primero no hablaba con usted! Gaspar se instaló en su red.

—¿No hablabas conmigo? Y tanto como que no hablabas conmigo...

Etc... etc...

Rezongó sin interrupción durante las dos horas que el tren empleó aún para llegar al pueblo del Anjou donde tenía su ansiado término aquel viaje inacabable. Y cuando estuvo bien seguro de haber llegado declaró terrible:

—No es mucho correr; ¡estoy ya que muerdo!

Luego se apeó sin añadir palabra.

Estaban en \*\*\*. No hay ciudad más de nuestro país, de nombre tan vivo y gracioso, que bastaría con decírselo a un chino para que en el acto respondiera: “¡Eso es en Francia!”

Desembarcar allí de noche es un sacrilegio. Y aquella noche era tibia, blanda, muelle, un poco brumosa, y en el andén de la estación anjevina no había, para alumbrar tantas fatigas, cojeras

y descaderamientos, más que las remotas y titilantes estrellas. Los soldados, tropezando unos con otros, iban en confuso rebaño, torpes, soñolientos, hacia las puertas, donde los enfermeros preguntaban: “¿Dónde está usted herido?”

A Gaspar no le gustaba esa pregunta. Hubiera querido responder: “¡Me han arrancado el corazón!” Pero era la nalga lo que le habían arrancado. De suerte que, brutalmente, respondió:

—¡Yo no lo sé! ¡Míreme usted a ver!

El hombre gordo que maquinalmente le había interrogado se indignó ante aquel tono tan áspero. Era un papelerero de la ciudad que servía voluntario en las ambulancias, puntilloso y agrio. Tomó a mal la respuesta, y replicó:

—¡Vaya unas maneras! ¡Si tuviésemos muchos soldados como usted! ¡Ah! ¡No me extraña que los alemanes estén en Compiègne! Me explico ahora que los alemanes...

—¿Qué? ¿Cómo? —dijo Gaspar—. ¿En Compiègne? ¿Qué Compiègne?

Ponía por testigos a sus compañeros, y ellos le miraban atondrados. Desde hacía un mes no sabían nada más que esto: que Francia ocupaba la mitad de Alsacia, que avanzaban en Bélgica, y que los rusos habían prometido estar en Berlín para el 1.º de octubre. ¡Pero, entonces, Compiègne...! ¿Cómo Compiègne...? Gaspar musitó: “Se ha picado.” Mas el papelerero continuaba:

—¡Como usted lo oye: en Compiègne! ¡Empezamos como en el 70! ¡Pero que nos manden a nosotros, a los hombres de cincuenta años, y ya verán, ya verán!

Gaspar empujó al barrendero, le siguió hasta el mismo carruaje de la ambulancia, y al montar iba diciendo:

—Maldita la gracia que me hace oír esas habladurías... ¡Dios, cómo me arde esta nalga! ¡En Compiègne...! ¡Vamos! ¡Y hace cuatro días los hemos dejado con todo su chochino herraje en Lorena...! ¿Es que han venido en nuestro tren? Si no llega a estar allí el médico, le masco la nariz a ese parroquiano.

El otro estaba tan abrumado de fatiga, que dijo:

—¡Déjalo...! Era un enfermero... Sólo quiere tu bien.

Gaspar repuso:

—Me son simpáticos los enfermos, pero no los enfermeros... ¡Que dónde tengo la herida! ¿A él que le importa? ¿Acaso le he preguntado si su madre ha parido un mono?

Y volvió a su tema:

—¡Compiègne! ¡Qué tarugo! ¡Para eso íbamos a tener los

75! Yo los he oído; y tú, ¿no? Cochino vejestorio; que vaya a su mujer con ese cuento. Pero nosotros, que traemos la perdigonada en el cuerpo, sabemos de sobra dónde nos la hemos ganado. ¡No ha sido en Compiègne, me parece! Con los belgas, los rusos, los ingleses y luego nosotros, ¡tendría que ver que llegasen a Compiègne!

No calló hasta llegar al hospital. No reparó en que cruzaban dos veces el Loira, ni sintió el delicioso bienestar de entrar en una ciudad pequeña, tranquila, dormida, lejos de los "boches". Pero cuando el carruaje se detuvo ante un gran edificio de piedra tan blanca, que era una claridad en las tinieblas; cuando Gaspar vio que para ayudarle a apearse se acercaban unos jovencitos, un viejo, un sacerdote, una monja, una enfermera, le pareció que la naturaleza en pleno salía a su encuentro, y aquella graciosa acogida acabó con su mal humor.

Se apoyó en los jóvenes, dio el morral al viejo, confesó espontáneamente al cura: "En la nalga es donde tengo el daño", dijo: "Muy buenas, hermana", y sonrió a la enfermera.

Estaba sucio, acribillado de manchas, sin lavarse, barba de tres semanas, lívido de fatiga bajo el quepis polvoriento; pero cuando atravesó la puerta, todos cuantos le vieron recuerdan que les pareció espléndido. Sus ojos relucían de gratitud; su nariz tuerta parecía enternecida; y su boca, temblando de emoción, buscaba una frase chusca. La encontró: guiñando un ojo, miró el vestíbulo, el techo y los muros, y dijo:

—¡Muy majo esto! Se parece al Museo del Louvre. ¿Dónde está la Gioconda...?

Era el pueblo de París, que entraba en el *hosteau*.

Porque se dice el *hosteau*; no se dice el hospital. Hospital es para los diccionarios académicos; vocablo lúgubre, que empieza con un suspiro y acaba en una queja, mientras *hosteau* rima con *chateau*, y en ello se ve la fisga de un pueblo doliente, pero píldico, ingenioso hasta en sus desdichas, y que muere diciendo una frase graciosa, para que la gente ignore si ha de reír o llorar.

El *hosteau* hizo a Gaspar un maravilloso recibimiento.

En la puerta perdió a su amigo, porque se abandonó a sus guías, un poco fascinado. Tres mujeres le rodeaban, desviviéndose por servirle. Una jovencita le descalzó y le lavó los pies, y lo hacía tan concienzudamente, con tan sencillez y gracioso ademán, que Gaspar la miraba confuso, diciendo sonriente: "Ya está bien, esñorita... ¡Oh!, ya basta." Una señora joven le puso una

camisa limpia, que olía a agua de río. Balbució: "Gracias, gracias...; la mía aún podía pasar." En fin, una dama madura le desocupó los bolsillos: "¿Qué quiere usted guardar, amigo mío?" Y mostraba unas motas de tabaco, terrón de azúcar renegrido, un encendedor roto.

Gaspar dijo:

—Guardaré a mi muñeco.

Se echaron a reír. Pero del fondo del quepis extrajo una fotografía un poco amarillenta, en la que se veía a un chicuelo medio desnudo, y se la enseñó a todas las señoras.

—Aquí está. Si no fuera por esos mocosos, no se batiría uno tan bien. Pero hay que hacer por que los rapaces vivan felices andando el tiempo; que puedan trabajar y luego irse al cine sin decirse a cada momento: "Los "boches" nos van a caer encima." Esta es la última vez que vienen..., y van a dar de narices en el suelo.

Por vía de conclusión:

—¡Este año irá barata la piel de cerdo!

Contó después emboscadas terribles, donde llovían las granadas, e historias de trenes atacados por los locos... Gaspar se echaba a perder; hacíase chistoso, excesivo; daba en lo peor del parisién; era ya casi el inválido parlanchín, que después de haberse batido, se pasa el resto de la vida hablando por los codos. La señora de más edad le dijo, llevándose un dedo a la nariz:

—No tiene usted cara de enfermo... No sé si habrá cama para usted.

Gaspar se paró en seco, y la miró con inquietud. Pero la joven repuso:

—Apóyese en mi brazo: no le faltará una, a pesar de todo.

Entonces se levantó Gaspar, y se apoyó en su brazo... religiosamente la joven llevaba el traje blanco de la Cruz Roja. Siguiéron unos pasillos blancos; llegaron a un dormitorio, donde todo era blanco: los muros, los médicos, las enfermeras, las camas. Sólo entrar allí era ya un descanso; aun antes de acostarse sentíase suave bienestar; la fiebre y el dolor no podían resistir mucho en medio de aquellas mujeres vestidas con trajes tan claros. ¡Y qué tentadores los lechos! Nuevos, limpios, como soñados. ¿Con qué palabras expresar su alegría...? Pues bien: Gaspar lo consiguió. Gaspar, de la calle de la Gaité, supo resumir su alma en una sílaba, y merece subsistir en la memoria de los hombres, aunque no sea más que por la manera como se instaló en el lecho.

Se dejó deslizar entre las sábanas, suaves y voluptuosas para su carne dura y quebrantada. Se hundió hasta la barba, frotando con el pelo los lienzos blancos. Lentamente, con las piernas y los brazos, buscó todos los rincones blandos y frescos de aquella cama tan buena, en aquella ropa tan limpia. Tomó posesión de ella ampliamente, totalmente. Se tendió, se alargó y se estiró con fruición. Luego, cuando halló el mejor sitio, el más cómodo para su herida, el cuerpo bien a sus anchas, flojas las extremidades, dichoso, abandonándose, echó atrás la cabeza en la muelle almohada; y con voz conmovida, preñada de ternura y de gratitud, voz lenta y profunda, que no era sino el suspiro de su alma, aquel bravo soltó, simple, cándida y puramente, la palabreja a veces tan vasta del general Cambronne.

¿Cómo pintar el efecto, la sorpresa, luego la risa y el triunfo, la "conquista" del dormitorio por aquel vocablo único? Miráronse unos a otros primero; pero del grupo de las enfermeras se escapó una risa, y todo el mundo se acercó a ver aquel "número".

Era que todos, hombres y mujeres, y precisamente las más perspicaces, habían visto en un instante y al vivo cuanto de fuerte, de hermoso, de divertido y de subyugante había en aquel mozo parisién, de hablar brutal, de gesto rudo, pero de corazón abierto y claro como la primavera en la Isla de Francia.

Gaspar iba a ser, durante dos meses, el rey del hospital.

## CAPITULO V

**E**L soldado herido que llega al hospital penetra en un mundo nuevo.

Viene de batirse y de padecer junto con los demás hombres de su país. De pronto, descansa entre las manos de las mujeres. Otra faz de la vida.

Le mandaban: le preguntan lo que desea. Ya no le hablan de la muerte: prométenle que le curarán. No siente ya sobre sus hombros la ruda mano de la servidumbre militar: cúranle dedos delicados, cuya vocación es libre y voluntaria.

Entonces, se torna suave, sonriente, pueril, pronto a toda gratitud, y su lengua sólo se mueve para proferir frases graciosas y

amables, que arrancan a las enfermeras esta exclamación: “¡Qué de buena gente hay en Francia!”

El soldado piensa también: “¡Qué buenas son las mujeres en nuestro país!”, todas, incluso las del gran mundo, que acaso le hubieran parecido ociosas o demasiado ricas... Si andan entre ellas algunas cotorras, se sabrá el día del juicio final: el pueblo no las ve.

Un hombre como Gaspar, de ojos claros y mirada franca, atrae en seguida, en torno de su lecho, a las mujeres más abnegadas, a las más agradables. Les parece muy jocosos y, además, ¡tan emocionante! Llámale “ese pobre diablo”; se esfuerzan por complacerle.

Durante dos meses, Gaspar iba a reinar sobre tres mujeres, que, sin nada de común en el porte, en las ideas ni en los sentimientos, se encontraron reunidas por el destino en torno de los mismos enfermos, como para probar a los hombres que existen, por lo menos, tres modos divinos de ser mujer.

Una era la Bondad, otra el Hechizo personificado, y la tercera era la Vida: vida del espíritu, vida del corazón, vida de los ademanes; después de verla, se quitaban las ganas de morir.

La primera tenía una faz tan consoladora y modesta, que una toca monjil, que no hubiese dejado ver sino la sonrisa de sus labios, la gracia de la nariz y la pureza de la mirada, le hubiera ido muy bien al rostro, donde brillaban la fe tranquila y la abnegación sin reservas. Acaso en sus modales y en sus facciones no había nada extraordinario, capaz de deslumbrar a quien posara en ella los ojos; pero su alma tenía tal virtud, que los suyos fulguraban. Su mano, al decir de un pintor, hubiera podido parecerse a muchas manos; pero sus dedos, tan leves, eran un milagro de ternura. Y por sus palabras, sus gestos y todas sus maneras inducía a pensar que era un poco simple, pero con la simplicidad del cielo azul y del agua pura. En todos los hombres tenía confianza esta muchacha; los peores parecíanle sólo extraviados. Así, era dulce aun con los más rudos, pareciéndose a los días estivales que hacen brotar rosas hasta en los míseros setos. Para ella no tenía ya valor el tiempo: llevaba sus veinticinco años sin impaciencia; sonreía al dolor, hasta que el intruso cediera; era, tranquilamente, incansable. En cuanto miraba, sentíase uno mejor.

Llamábase Ana, y este nombre, breve y sereno, que es como un leve suspiro, tomaba, en boca de los heridos, el acento de una plegaria. Cuando la llamaban, parecían decir: “¡Dios mío!, ya

que es usted tan buena.... ¡acérquese! ¡Ay! ¡Estamos tan cansados! ¡Tan aburridos! ¡Cuéntenos alguna cosa bonita!”

—¡Muy bonita, muy bonita? — preguntaba Ana.

—Lo más bonita que sepa.

—Espere. Voy a leerle la carta de su madre.

Por la noche, antes de marcharse, no olvidaba nunca dar las buenas noches a cada uno: sabía que los hombres, como los niños, duermen mejor cuando una mano femenina los emboza. Iba de cama en cama; tomaba una voz un poco infantil: “Buenas noches, mi bracito malo... Adiós, pobrecito hombro... Buenas noches. Gaspar, y a ver si nos estamos quietos.”

Gaspar decía:

—Vuelvo a mi concha, como el caracol; es mi oficio.

Sonreía con bondad, y se iba. Entonces, en cuanto había cerrado la puerta, el campesino, el obrero, el soldadito imberbe, como el peludo padre de familia, todos, en sus camas, decían con Gaspar:

—Chico, lo que es esa... ¡qué bien está!

Luego tenían un modo de añadir: “Ahora, a dormir”, como si les corriese prisa tragarse la noche, para que Ana volviese pronto.

La segunda de aquellas tres mujeres no merecía menos atención.

Ringleras de camas; heridas en fila; ¿qué cosa más triste que una sala de hospital...? En cuanto entraba, era alcoba. Franqueaba las ventanas al sol; traía unas flores, sujetándolas contra su pecho con el brazo desnudo. En seguida, andando y riendo ponía cierto encanto e intimidad en la sala trivial y fría.

Estaba casada con un tal señor Arnaud, y tenía hijos pequeños: hablaba de sus bebés, que jugaban en un jardín. Y se ocurría pensar que si las caricias de una mujer embellecen a los niños, aquéllos debían de ser de una gracia singular. Desde Eva para acá, nunca hay seguridad de que, bajo su atractivo grande, no se esconda un poco de coquetería. Rafael hubiese dicho, acaso, de esta mujer: “No..., prefiero las Vírgenes.” Pero Reynolds hubiera solicitado pintarla.

Ella, por su parte, no era todo sencillez. Poseía nobleza natural, pero su distinción era un poco afectada. Bien nacida, y mejor educada aún. Y uno se la representaba en un hermoso parque, donde crecen libremente recios árboles, pero cuyas praderas están bien rapadas, los paseos enarenados y los jarrones floridos. El vestido blanco de enfermera no permite muchos refinamientos en el tocado. Sin embargo, sí el cuello está bien torneado y el pie

bien hecho, cabe calzarse con gusto y descotar el vestido. La señora de Arnaud conocía bien lo que vale un cuello vaporoso, que deja al descubierto una garganta cándida, y, bajo las faldas cortas, asomaban unos zapatos finos, que permitían ver las medias muy bien estiradas sobre los graciosos tobillos.

Cuando pasaba, no la llamaban: la miraban pasar.

Era ella la que se acercaba, siempre con alguna intención exquisita. Si veía un vaso de más, iba a poner en él una rosa. A los febriles les decía: "Incorpórese un poco; voy a cambiar la funda de la almohada". El hombre sonreía satisfecho, frotaba su mejilla ardiente en el lienzo fresco, y murmuraba: "¡Gracias, gracias..., señora!", sin hallar otra palabra, aunque decirle "¡Qué buena es usted!" fuese demasiado poco. ¡Tenía tanta gracia y soltura su bondad! ¡Dichosos los heridos a quienes su fina mano ha cuidado, mimado y dado de comer! Bien se veía que era una madre joven, diestra y cariñosa. Lo mismo que de un niño, se apoderaba de su enfermo, hosco y torpón. Le sostenía, sin que la aplastase; le decía: "Apóyate en mí"; el otro balbucía: "¡Oh, señora..., no tengo hambre!" Ella respondía: "Sí, sí..., vas a ver..., todo es empezar." Se obstinaba, soplabla la sopa; el hombre desviaba el rostro: "¡Oh, no, señora..., no puedo...!" Entonces, lentamente, mirándole a los ojos mientras le ponía la cuchara en la boca, murmuraba esta confidencia: "Se puede todo lo que se quiere... cuando se es francés."

Cuando se marchaba, nadie tenía nada que decir de ella; ni siquiera Gaspar, tan suelto de lengua. Se callaban, para pensar en ella.

Para olvidarla era menester la impetuosidad de la señorita de Viette, otra de aquellas tres mujeres. Esta muchacha era la Vida.

Menudita, pero tan bien plantada, dispuesta, firme, ágil: pie ligero, manos listas, ojo avizor, cerebro hirviente de fantasía, corazón franco, vivo, tan generoso como sensible. Maravilló a Gaspar. Y él, un hombre del arroyo, de hablar gutural, que adoraba a Ana y soñaba con la de Arnaud, percibió en seguida la finura de espíritu y la fuerte raza de aquella genuina francesita, tan aguda y despierta. Un día, no pudo contenerse y le dijo:

—Usted, señorita, es de París, ¿verdad?

No, era del Anjou; se había criado en esa sesuda y maligna provincia, y lo decía con tan claro mirar, con tan franca risa, que Gaspar, por primera vez en su vida, se preguntó si en Francia habría algo mejor que su gran ciudad.

La verdad es que aquellos dos seres, en apariencia tan distantes, estaban muy próximos por su corazón. Igual pureza en el amor propio. Jamás hubiese dicho Gaspar: “¡Cómo duele!”. cuando, inclinada sobre él, estirando su breve cuerpecito, rápida, graciosa, con no se sabe qué astucias de los dedos, la señorita de Viette le arrancaba los vendajes pegados a la carne. Y cuando a las horas de las comidas le escogía una buena fruta, aparentaba, delante de su lecho, teniéndola ya apartada, revolver al azar en el cesto; a la señorita le hubiera contrariado que Gaspar lo notase.

Los heridos gozaban diariamente dos momentos de rara delicia: el nacer del día y la llegada de esta señorita. Era como una bocanada de aire sano. Llegaba fresca como la mañana. Sus ojos reían; parecía decir: “¿Pero qué hacéis ahí, todavía en la cama?” Y aquellos hombres sentían que era un poco desairado estar así, heridos...

Tenía los cabellos de un rubio vivo; los más sutiles escapábanse de la cofia blanca y le cosquilleaban las sienes. Entonces, impaciente, echábaselos detrás de la oreja con el revés de la mano. Una fina cadenita de oro, de la que pendía una medalla, latía en su cuello en cuanto trotaba. Era graciosa, activa, traviesa, incansable.

Era ella quien arreglaba el armario de la ropa, apilando los pañuelos y las sábanas. Desaparecía en el armario, entrando, sacando, la mano siempre lista y tan cuidadosa; a eso del mediodía, cuando el sol penetraba a torrentes en el dormitorio, la joven era una prueba encantadora de que la ropa blanca sólo una muchachita rubia sabe colocarla.

Por lo demás, ¿qué era lo que esa criatura no arreglaba, no disponía, dónde no se encontraba? ¿Qué se hacía sin ella? Corría tan de prisa, adivinaba desde tan lejos, pensaba antes que nadie en todo. Y si por casualidad un herido podía decirse: “Calle, no se ha acordado de esto...”, sin duda ella lo veía con sus ojos, porque se acercaba preguntando: “¿Qué se me olvida?” Y daba en ello.

Escogía para un enfermo las sábanas más suaves, excusándose: “Quizá están un poco viejas.” En cuanto refrescó el tiempo les ofrecía agua templada: “¿Quitado el frío? ¿No le importa a usted?” Y a hurtadillas traía de su casa frutas, bombones, estampas, porque tenía chica la mano, pero del tamaño justo para esconder una sorpresa. ¿Era taimada? Su frente, abombada, denotaba malicia. Pero sus ardides no eran más que bondad recatada.

Ingenio francés, pudor del corazón, alma joven y sensible, que hacía decir a Gaspar:

—¡Qué criatura! ¡Hay que quererla! Cuando vuelva a mi agujero, la enviaré recuerdos.

Aquellas tres mujeres se completaban en lugar de estorbarse. Formaban un tríptico de la vida femenina. El tono de Ana, suave, resignado, caritativo, era un bálsamo para los heridos graves que pensaban en la muerte. La de Arnaud, con su voz cantarina y brazo torneado, parecía, por el contrario, hecha para los que van a curarse y se enternecen al pensarlo. Y la señorita de Viette, tan vivaracha, tan dúctil, tan activa, era el placer de vivir para los convalecientes.

A la primera, la abrazaban sintiéndose morir. Con la segunda, entrábales a aquellos hombres como un tímido deseo de besarle la mano. El ensueño de Gaspar era ir a dar un paseo con la tercera.

¡Gaspar en el hospital...! ¿Le cuidaron, o cuidó él a los demás?

Tres días de cama, y se levantó. ¡Aquello le deslomaba! ¡No podía más! Hubieran tenido que atarlo. Y le dijo a Ana:

—Ya no tengo nada... No me duele..., se lo aseguro...

Y cojeando horribilmente, confesándose a sí mismo: "Parece que tengo una nalga de madera", se dedicó primero a visitar el edificio, que jovialmente llamaba "el taller de reparaciones". Capilla, cocina, sótanos; ¿adónde no asomó la nariz, como un pazguato? Vio el jardín, la botica, el ropero, y volvió a subir, sabiendo ya donde podría ofrecerse para ser útil.

Por la tarde se le vio mondando patatas con una monja, que no podía por menos de reírse oyéndole hablar:

—Todo lo que sea trabajo, no es broma, me gusta. Si Dios me hubiese hecho ostra, habría reventado en la concha; necesito acción, en serio, y cuanto más, mejor, o me aburro... París, con su bullicio, me entona. En serio... ¿Y a usted, hermana?

Al día siguiente Gaspar fue quien calentó el agua de los baños de pies, quien rastrilló la arena del patio y peló además todas las hortalizas para el rancho. Después... ¿Es posible contar todo lo que hizo? Barría, cocinaba, arreglaba, afeitaba, y... su herida iba cerrándose. ¡Qué risa! Sus enfermeras comentábanlo entre sí, regocijadas. El también se reía. Una noche, al acostarse, se caía de risa. El enfermero le dijo:

—Vamos, estás mejor. Te vas reponiendo.

—¿Que si me repongo? ¿Y no sabes tú por qué me repongo? El doctor, ese bonzò viejo, me lo ha explicado: “Usted se cura rápidamente, porque no es bebedor.” ¿Has oído cosa igual...? Poco me faltó para reírme en sus narices. ¡Pobre viejo...! Si en Francia hubiera tantos chicos como aperitivos me he soplado yo, es probable que no hablasen más de la despoblación... ¡Precisamente lo que le sienta bien a mi pobre nalga es eso: el alcohol! El alcohol ha fortificado a la pobre nalguita.

El enfermero se reía. Era un *bon vivant*, del que Gaspar se había hecho rápidamente amigo. Pasante de notario transformado en enfermero. ¿Cómo? ¿Por qué? Confusión del reclutamiento. Pero con fusión dichosa, porque con su faz sonrosada, su genio suave y la sonrisa con que levantaba a los heridos más pesados, reanimaba su moral, y parecía decir constantemente: “¡Ya veis cuán grato es vivir!”

Todas las mañanas el enfermero anunciaba que la guerra se acabaría antes de un mes, narraba anécdotas cómicas de la campaña, y un día, pálido de emoción, decía de un moribundo:

—¡Pobrecito! Si pudiera hacerle reír aún otra vez...

Con los que mueren hay que parangonar a los vivos: los moribundos tienen tanta necesidad de que los ayuden...

Quien ha visto batallas, sólo a medias desprecia los que temen el fuego: el fuego es temible: el pasante de notario, colocado allí a pesar suyo, lo temía un poco.

Gaspar se lo soltó brutalmente al siguiente día de llegar:

—¿Qué haces tú aquí, zangolotino? ¿A qué aguardas para ir a hacerles gracias a los “boches”?

—Vaya un descaro —respondió el otro—. Aguardo..., aguardo que me llamen. A ti también te habrán llamado.

—¡Es probable...! —dijo Gaspar con una mueca desdeñosa—. A mí me habían llamado de antemano.

Luego, aprendió a conocer y a estimar al tabeliòn-ayudante, que, cuando la muerte rondaba, se ponía entre ella y la víctima; no se separaba del lecho; sostenía la almohada; su voz tomaba acentos maternos, y se citaba esta frase suya, recogiendo un postrer suspiro:

—Eso no es nada, amigo; ya pasará; ya va mejor, ya... se acabó...

Gaspar se había dicho:

—¿Los notarios? ¡Chusma! Unos barbianes que por escribir

dos líneas cobran un duro... Pero éste es aparte; es buen sujeto; puedo hablar con él.

Y poco a poco le otorgó su confianza, poniéndole en su corazón en el lugar de Burette, porque siempre escogía sus amigos entre los hombres que saben hablar y, un poco, pensar. Además, el pasante-enfermero era original. Valía tanto como su nombre: Dudognon. ¡Qué de cosas en esas tres sílabas! Blandura, bondad, comicidad, enternecimiento. De hecho, Dudognon alegraba el hospital. Sucédianle aventuras divertidísimas.

Una mañana, bruscamente, anunciaron la visita de un general inspector.

—¡Diantre! —dijo Dudognon—. Si me inspecciona a mí esta tarde salgo trotando para el frente.

—Espera un poco —repuso Gaspar—. No te apures tan pronto.

El médico director se había, en efecto, acordado de él. Acudió en su busca.

—¡Zambúllase al instante en la cama!

—Bueno, doctor.

—Súbase bien el embozo. ¡Cierre los ojos!

—Sí, doctor...

—Diré que tiene usted una calentura de caballo.

—Gracias, doctor.

Y al instante se desnuda, se mete entre sábanas y espera.

Roncar de un auto en el patio. Pasos en la escalinata. ¡El general! El enfermo, en la cama, abre unos ojos de ajusticiado. De pronto, entra como un vendaval la señora de Arnaud.

—¡Se ha acostado! ¡Levántese en seguida! ¿Quién le ha dicho que se acueste?

—El doctor.

—¿Y si pide ver sus heridas de usted?

—¡Mis... mis heridas...!

—Levántese, levántese...

Se tira de la cama, y mientras se pone el pantalón, balbuce:

—¿Entonces...? ¿Entonces?

—Hay que esconderle a usted.

Gaspar estaba allí. Simplemente, dijo:

—¡Despacha! ¡Ya lo tengo!

—¿Dónde?

—En la alacena de las escobas.

—En la...

¿Qué hacer? ¿Reír, o temblar? En cualquier caso, ya no había medio de discutir. Con los zapatos en la mano, siguió a Gaspar, que le encerró y se guardó la llave.

Después, la señora de Arnaud salvó la situación.

Las mujeres más honradas poseen una impasibilidad admirable cuando se trata de salvar a un hombre que se ahoga en un armario. ¡Qué prontitud en el gesto! ¡Qué naturalidad en el rostro! ¡Qué fría audacia para mentir! Había que ver a la señora de Arnaud, elegante, reposada la voz, con el general, un viejo temblón. Delante de la cama vacía y deshecha, dijo:

—Señor inspector, este herido está donde los reyes van a pie.

—¡Ah...! Está en su derecho —dijo el general sonriendo—. ¿Qué herida?

E imperturbable, respondió:

—Es pasante de notario.

El general, estupefacto, pensó: “Es un poco tarda de oído... como yo.” Siguió adelante. Pasó incluso por junto a la alacena, y al fin se fue. Todo el mundo dijo: “¡Uf!” Pensaban en el condenado Dudognon, y quisieron hacerle pagar el susto que les había dado: llamaron a todas las señoras de la Cruz Roja, para verle salir del escondite.

¡Ay, qué cara! Guñaba los ojos. Estaba avergonzado. En seguida, dirigiéndose a Gaspar, como si le guardase rencor por haberle encerrado y humillado, dijo:

—Esto no es vivir. ¡Prefiero batirme! Voy a escribir al jefe del Cuerpo. No sirvo para que jueguen así conmigo.

Después..., ¡Dios mío!, se puso a hablar con la señora de Arnaud y, decididamente, encontró que estaba llena de gracia. Luego recorrió los periódicos. El comunicado decía: *Los alemanes han tenido bajas considerables; las nuestras son sensibles*. Y le pareció que, pensándolo bien, aquello era terrible...

De suerte, que volvió a cuidar de los heridos, olvidándose de sí mismo.

Gaspar le ayudó.

Los dos le habían cobrado afición a un sargento de infantería colonial, un joven que iba muriéndose poco a poco de un balazo en la medula espinal.

También era de París, contable en el barrio de San Antonio, y Gaspar, por esa sola razón, le hubiese dado toda su sangre en cuanto se la hubiese pedido.

Un compañero refería cómo había recibido, cinco minutos

antes del balazo mortal, un casco de metralla, en un pie, riéndose de los dolores y diciendo: “¡Me ha dado en los callos!”

Gaspar reconoció en él a un hermano.

Era un herido inmóvil, jadeante, y cuya mirada fija hacía daño.

Le habían llevado una noche, a las dos, destrozado, sangrando, agotado. Ana le había dicho:

—Beba un poquito de esto; está caliente; le sentará bien.

El herido respondió:

—Prefiero un pedazo de papel para escribir a mamá.

Y le escribió, antes de nada; luego, bebió: después, se quedó dormido..., y durmió lo menos treinta horas, sin mentir. Su herida era atroz; ardía en fiebre, pero el cansancio pudo más que todo: dormía. De vez en cuando le movían, le vendaban, le ofrecían una tisana, y él entreabría los ojos, murmurando: “Gracias...; es usted muy buena.” Luego, su cabeza buscaba la almohada, como si quisiera recuperar de golpe los dos meses de noches en claro, en uno de esos sueños inmóviles y tan profundos, que sólo se ven en los niños y en los soldados.

Su madre le despertó.

¿Cómo hablar de su madre? Hubiera sido menester verla, verla llegar, mirar el hospital, pasar el umbral con los ojos cerrados, entrar en la portería y decir:

—Hermana..., mi hijo está aquí... Pedro Fontaine... Vengo de París a verlo.

La angustia y la autoridad en el tono son comunes a todas las madres. Las otras son más tímidas: el miedo las confunde. Mientras que una madre, con dos palabras, pregunta en seguida: “¿Dónde está? ¿Qué tiene? ¿Qué me han hecho de él?”

A aquélla, como por casualidad, le contestó Gaspar. (Estaba en la portería, de charla con la monja). Dijo:

—Señora, no se apure usted. El médico dice que va bien.

—¿De veras? —dijo la madre.

Y pasó por sus pupilas toda la luz que se ve en los ojos de una parida cuando le ponen por vez primera a su hijo en los brazos.

Luego rompió a llorar y dijo con una risa nerviosa, donde aún había cierto extravío:

—Para verle...; ¿es por aquí..., por ahí?

Era una mujer del pueblo, de unos cuarenta años, modesta, vestida de negro, pero que había debido de ser sumamente fresca y linda, porque, a pesar de las canas en las sienes, el gesto continua-

ba siendo juvenil, la frente sin arrugas, los ojos brillantes; y era viva, delgada, con el talle de los treinta años.

¡Cómo debía de quererla su hijo!

Gaspar lo percibía así muy bien.

Se ofreció a guiarla, pero ella estaba impaciente, y cada vez que doblaban una esquina en los corredores, decía: “¡Qué lejos está...; qué grandes son estos hospitales.”

Al fin Gaspar empujó la puerta de la sala y dijo:

“Aquí es.” Ella respondió: “¡Ya lo veo!” Entre las treinta camas su mirada no vaciló. Luego, sin cuidarse de nada ni de nadie, clavados en él los ojos, un poco rígida por la emoción, avanzó, andando de puntillas, porque al verle tan tranquilo comprendió que dormía.

Llegó ante su hijo verdaderamente sofocada de felicidad, y con la mano, apretándole el pecho, hizo un gesto encantador, que parecía decir: “Vamos... vamos, corazón mío..., sé formal...; ya ves que aquí vivo.”

Ana le acercó una silla; no la vió. Muy despacio se acercó a la cabeza de su hijo. Dejó el saquito sobre las ropas. Deslizó un brazo debajo de la almohada; luego, trayéndole hacia sí, contra su pecho, con un balanceo de cuna en que ponía toda su ternura, le besó con toda el alma, murmurando: “Niño mío..., niñito mío...” Al sentir el beso maternal, el pobre se estiró; luego, bruscamente, abrió unos ojos enormes, estupefactos, y la boca le empezó a temblar de alegría sin poder decir nada. Entonces su madre le soltó, reculó, abrió los brazos, él tendió los suyos, y no se oyó más que ruido de sollozos y de risas.

—Niño mío..., mi Pedro... ¡Perico! Hijo mío... ¡tan querido! Eres tú..., te tengo... ¡No tienes más que una herida? Cuéntame. ¡Te duele? Di la verdad... ¡Qué cambiado estás..., pero qué gracioso! ¡Cariño mío..., verte otra vez..., tenerte así...! Es horrible aquello, ¿verdad? No podemos imaginárnoslo... Pero ya estás aquí... ¡Vivo...! Me ves. ¡Qué gusto! Besa, besa... Estate así; no te muevas. ¡He pasado unas semanas: me hubiera vuelto loca! ¡Dios mío, qué feliz soy..., sí: feliz! No hagas caso... si lloro, es de alegría..., niño... ¡Oh, niño...!

—Señora —dijo una voz detrás de ella—. Dispense, señora —dijo un mozo del servicio de la sala—, voy a poner agua hervida en la mesa de noche.

Se apartó la madre del herido; luego volvió, sentándose y torciéndole las manos a su hijo:

—¡ Con barba ! ¡ Qué chistoso estás con barba ! Es negra y rubia. Estás horrible : te adoro.

El muchacho no pudo por menos de sonreír ; y farfulló, porque estaba casi sin aliento.

—Así, al menos..., las enfermeras no se encapricharán de mí. Su madre continuó :

—¿ Pero no te has visto ? ¡ Oh, un peludo..., mi peludo !

Y otra vez se lo comía a caricias.

El no se abandonaba como su madre. El dolor le mantenía un poco rígido en unos brazos tan cariñosos. Preguntó :

—¿ Cuándo has recibido mi carta ? ¿ Cómo es que estás aquí ya ?

Enjugándose los ojos, su madre se echó a reír :

—¿ Querías que esperase al Primero de Año ? Habría venido a traerte el aguinaldo. ¡ Qué chiquillo eres ! No sabes cómo he vivido. Tú te batías, y los días corren ; pero yo, sola en casa, con pensamientos horribles... ¡ Porque pensar es espantoso ! Y las noches... ¡ oh, las noches las pasaba en vela, como tú por allá !

Su hijo le apretó largo rato la mano. Después, bruscamente :

—¿ Y papá ?

—¿ Tu padre ? Debe de estar bueno, muy bueno. Ya te lo escribí : sigue en el Mosa.

Con un esfuerzo para explicarse mejor, el herido preguntó :

—¿ Tienes alguna carta reciente ?

—Muy reciente.

Se ponía encarnada, muy encarnada, y continuó :

—Explicame bien lo que tienes. ¿ Es en la espalda... ? ¿ Pero la bala salió ?

Con acento muy triste, su hijo repuso :

—No es nada. Sólo que... durará mucho.

—¿ Durará ? ¡ Mejor que mejor ! No vas a volver dentro de quince días. Tienes derecho a descansar un poco. Cuéntame la batalla.

El herido se enjugó la frente.

—¿ Cuál ?

—La última.

—Es la menos divertida...

—¿ Divertida ? ¡ Qué ocurrencia ! Dime : ¿ era espantoso ? Cuéntame todo ; soy tu madre ; el público no se entera.

—Era..., no ; espantoso, no : se acostumbra uno.

—Eso es... Te has portado como un héroe. Sí : estoy segura. Mira : estoy orgullosa de mi hijo.

—Mamá..., nos oyen.

—¿He dicho algo malo?

—Háblame de papá.

—¿Tu padre? Otra vez. Ya te he explicado...

Se quedó casi sin respiración.

—Algo me ocultas... ¿Qué es? ¿Qué le ha ocurrido?

Su madre le miraba con fijeza, anhelante, muy conmovida. Se interrogaban el uno al otro, sin decir nada, cuando exclamó:

—Tu padre está herido, así como tú; un poco herido.

—¿Herido? ¿Desde cuándo? ¿Dónde?

—Como tú, te digo, como tú... He recibido una carta al mismo tiempo.

—¿Al mismo tiempo?

—La víspera.

—¿Le has visto?

—No.

—Pero, entonces...

Acercó la silla, y clavando sus ojos en los de su hijo:

—¡Escucha, sí..., escucha, niño; ahora lo comprenderás! Me disponía a ir a verlo. ¡Ya había hecho el maletín; sólo faltaba una hora para el tren que había de llevarme a su lado, cuando me traen tu carta, la tuya, hijo querido, que eres mi única vida! Pienso en lo que hubiese sido de mí si llegan a matarte.

—¿Y entonces?

—Entonces, como no podía estar en todas partes, y no podía ya ir a ver a tu padre, avisé a su madre. Todavía está ágil; por la noche se fue.

—¡Pobre vieja!

—La esperanza de abrazar a su hijo la rejuvenecía.

Parecía aterrado. Contemplando las sábanas, añadió:

—Al menos, sabes si su herida...

—No: nada sé.

Con voz sorda, su hijo exclamó:

—Es terrible esto.

Pero su madre repuso bruscamente, casi brutalmente:

—¿Acaso sabía yo cómo estabas tú? Me habías escrito: pero, ¿decías la verdad? No podía sufrir más... Me dolía todo: el corazón, el cuerpo... Yo soy quien te ha traído al mundo, yo te he hecho un hombre. Eres mío... mío... Besa... besa otra vez. Más. Hace tres meses que no me has besado.

—Señora..., dispense, señora.

Era otra vez el fámulo.

—Tengo que recoger el agua hervida.

Pasaron tres días: la madre tuvo que marcharse. Deseaba noticias de su marido; había dejado a la niña con una vecina; la fonda costaba caro; se volvió a París. Al separarse de su hijo, tuvo una mirada que partía el alma, porque bien veía que estaba muy mal.

En la escalera se lo dijo a Dudognon, llorando. El enfermero, con taimada delicadeza, que denotaba al hombre de ley, repuso:

—Creo que saldrá del apuro... Le prometo a usted, señora...

Pero ella ni le escuchaba siquiera. Apoyada en la pared, caídos los brazos, lamentable, llena de lágrimas la garganta, decía:

—Si supiera usted qué bien le hemos educado... Es espantoso matar así a los jóvenes tan bien enseñados... Nosotros no somos más que obreros, pero él... estaba en una oficina. Se interesaba por las cosas... ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy! Leía libros, que sólo con ver los títulos sentía yo respeto por mi hijo...

¡La pobre! Volvió a la semana siguiente. Estaba espantosamente cambiado, paralítico de medio cuerpo abajo y atacada también ya la parte superior de un modo horrible; poco a poco se le iba quedando el vientre rígido y tenso; luego, los pulmones, que se ahogaban, con unos estertores que eran ya una agonía.

Aquella vez, cuando su madre le hablaba, el herido apenas pudo responder. Tenía los ojos extraviados. Dio a entender con un movimiento de cabeza que se alegraba de saber que su padre estaba fuera de peligro. Su madre se pasó dos días largos arrimada a la cama, mirándole. Después se fue de nuevo, destrozado el corazón, pálida, enflaquecida, dejándole dos naranjas que no tocó.

Dudognon, que se dolía de ella, la acompañó también hasta la puerta de la calle.

Mientras tanto, Gaspar llegó sin aliento cerca del hijo:

—¿Cómo te encuentras? He subido corriendo para decirte: el doctor está hablando en la escalera, y ha dicho que de ésta sales, que no es nada, pero que se necesita tiempo...; verás otra vez tu barrio, le verás otra vez...

—¿Crees tú? —murmuró el sargento.

—¡Cuando te digo que el médico lo ha dicho! Volverás a ver tu Bastilla, y los taxis, y los autobuses. No tengas miedo, chico; no se va uno así, sin más ni más, cuando se es *parigot*.

—¡Ay! Quizá... ¡Pero tengo unos dolores por las noches! —balbuceó el sargento.

—¿Por las noches? Espera, hablaré a la hermana.

La habló. ¿Qué podía hacer ella? No tenía ojos más que para aquel pobre herido tan grave. En ocho horas, su toca se inclinaba cien veces sobre su lecho. Pero no puede lucharse con la muerte; y la muerte estrechaba al sargento, apretándole un poco más cada día.

En fin; una noche se vio que el fin estaba próximo. La madre se hallaba en París. La enfermera mayor llamó al capellán.

Pusieron un biombo, como se hace siempre para ocultar a los moribundos, de modo que no se podía ver nada, ni al cura, ni a las hermanas, ni al agonizante. Pero sobre el muro blanco se proyectaban en siluetas negras, enormes, y era como una extremaunción siniestra y gigante en el país de las sombras. Gaspar y Dudognon tenían la garganta oprimida.

El sargento agonizaba, pero no se moría. Conservaba despejada la cabeza, y le parecía, aferrándose a la suprema esperanza de los que mueren de noche, que si tiraba hasta el día, quizá se salvara aún. ¡Pero el día..., el día estaba tan lejos! A cada minuto preguntaba con angustia qué hora era. La hermana, paciente, le respondía con dulzura.

A eso de medianoche, como se sentía peor, dijo.

—¿Falta mucho para las cuatro?

Y la monja tuvo esta frase divina:

—No, hijo mío... Ten otro poco de ánimo, y ya estás salvado...

Pero, de pronto, se desesperó, se echó a llorar; gemía: "Hay un gallo..., un gallo que canta a las cuatro..."

Y el gallo no cantaba.

Gaspar no tenía ánimo para dormir. Acababa de oír estas últimas palabras. Se incorporó en el lecho, tiró las ropas, se puso el pantalón y, furtivamente, a cuatro patas, se salió del dormitorio.

Y entonces..., entonces, al cabo de dos minutos, el gallo cantó.

Era una voz un poco extraña, ronquilla, un poco demasiado humana. Pero el sargento cesó de jadear.

—Hermana..., ¿ha oído usted?

—Ya se lo había dicho —repuso—. Son las cuatro.

Recuperó la confianza: iba a nacer el día.

Murió en calma, casi sonriente.

Dudognon quiso besar a Gaspar, pero él no lo consintió. Furioso, dijo:

—¡Ya está: se me ha abierto la nalga!

—¿La nalga?

—¡Sí, la nalga; la cochina nalga!

Era verdad... ¡Al cantar..., el esfuerzo..., la emoción...! ¡Condenado Gaspar!

Tuvo que guardar cama, y, a su vez, le llegó la hora de quejarse, porque la fiebre le volvió. Al día siguiente, el doctor se mostró terrible y le amenazó si se movía de la cama. ¡Ni siquiera pudo ir al entierro de su compañero! ¡Qué melancolía! ¡Había que ver a Gaspar, sepultada la nariz en la almohada, mascullando estas solas palabras: “¡Me futro en todo...”!

Una vez más Dudognon vio a la madre. Estaba ansioso de verla; adivinaba su dolor, pero ardía en deseos de contarle lo que Gaspar había hecho por su hijo.

No tuvo miedo de hacerlo.

Cuando, en lugar de un herido, no hubo más que un cadáver; cuando vio a su hijo mudo, tieso y frío, aquella mujer, desgarrada por la desesperación, tuvo de pronto una crisis de odio y de envidia aguda contra el enfermero, tan sonrosado, tan sano y a salvo. Olvidó su abnegación, sus cuidados, sus bondades. En su dolor, sólo juzgaba por lo que veían sus ojos, y mientras por sus descoloridas mejillas corrían las lágrimas, le preguntó con boca temblona:

—¿Y usted...? ¿Usted no irá al frente?

Al oír tan inesperada pregunta, balbuceó:

—Yo..., yo soy enfermero...

Esta palabra arrancó a la madre un grito de rabia, grito terrible y feroz.

—¡Ah...! ¡Enfermero...! ¡Mientras, a los demás los matan! ¿Por qué mi hijo no ha sido enfermero?

Se le iba acercando:

—Dígame..., dígame, ¿por qué? ¡Con tan buena salud se está usted aquí! ¿No le da vergüenza? ¡A usted no le importa que muera mucha gente! Pero usted ha visto cómo sufría mi hijo. ¿Y no le da a usted asco ser lo que es? ¡Ah! Si yo fuese hombre..., si fuese hombre...

Y le amenazaba con la mano al alejarse.

El enfermero subió al dormitorio en estado deplorable. Daba lástima: tenía un sudor frío, crispaba las manos y miraba con ojos extraviados.

Se acercó a la cama de Gaspar y le dijo con voz ahogada por la emoción:

—Chico..., esa mujer es una bruta; ya sabes que yo a su hijo le he velado y cuidado como a un hermano, y ahí estaba yo cuando murió... para decirle que no se moriría. Pero..., aunque sea una bruta, tiene razón... Sí..., sí... ¡Yo no debía ser enfermero! ¡Voy a escribir al jefe del Cuerpo! ¡Estoy harto! ¡Quiero batirme, arriesgarlo todo! Pero no tengo alma para tragarme cosas como las que me han dicho.

Volvíanle los colores. Gaspar no respondía nada. El enfermero añadió:

—¡Bastante me importa a mí estar bien comido, tener una cama...!

Se levantó.

Un herido le llamaba: “¡Enfermero!” Rudamente contestó: “¡Ya no soy enfermero!”

¿Se encontró, acaso, de nuevo con la señora de Arnaud? ¿Leyó otra vez el periódico, o simplemente volvió a aprovechar su capacidad para el olvido, tan útil y tan regocijante? En suma; la noche de aquel mismo día, la señorita de Viette, que le quería mucho y se divertía a su costa, le sorprendió, sonriente y lozano, a la cabecera de un herido pálido, anhelante, inquieto por su suerte.

El enfermero le ofrecía una poción.

El herido decía:

—¿Y usted ha estado también allá?

Dudognon, sin turbarse, respondió:

—¿Tengo yo cara de no haber estado?

—¡Oh! —dijo el otro—. No quiero decir eso...

—Entonces, bebe esto —dijo Dudognon—, que te hará dormir y no te acordarás de nada; eso es lo que importa.

La señorita de Viette contó el caso a Gaspar, y lo celebraron juntos. Eran dos buenos amigos. Gaspar le había contado muchas cosas: su oficio, su vida en París, sus batallas, la muerte de Burette, el heroísmo del capitán Puche. Ella le llevaba los periódicos, le repetía las opiniones de su padre acerca de los alemanes, de la victoria del Marne, de la destrucción de la catedral de Reims, y Gaspar, que se decía que el padre de su amiguita era todo un señor, la escuchaba con deferencia, pensando en sus adentros: “Para ser una muchacha «de la alta», no gasta orgullo.”

En fin; una tarde habló de “la abuela” y de su mujer. No dijo que no estaba casado: esas cosas no son para ser contadas a una joven. Pero hacía ya más de dos meses que no había visto a su María, y observó:

—No es que esperase que viniera a verme. No tengo nada grave, y no vale la pena de gastar los cuartos. Pero... si hubiese venido sin decírmelo, no me hubiera pesado el gasto.

La señorita de Viette le escuchaba, sentada cerca de su cama, en el alféizar de la ventana. La ventana daba a un jardín, verdadero jardín de Francia, con una escalera en un círculo. Más lejos había un huerto, con un estanque pequeño y redondo en medio. En el atardecer de otoño, tranquilo y dorado, la señorita de Viette parecía aún más rubia. Un vientecillo suave penetraba en la sala. Algunos heridos ya dormitaban, y abajo, en el jardín, oíase el murmullo de una hermana que rezaba, paseándose.

La señorita de Viette parecía distraída. Gaspar suspiró. Entonces ella le tendió la mano: “¡Hasta la vista... Buenas noches!” Gaspar repitió:

—Esto es; buenas noches... ¡Hasta mañana!

Cuando la muchacha se fue, Gaspar sintió aún mayor tristeza por no haber visto a su mujer.

Minutos después entró la monja.

Se llamaba sor Benigna. Todos los días, al anochecer, entraba en el dormitorio, y su sola presencia era un alivio para las aprehensiones de los heridos, que tanto temen las horas sombrías, en que las pesadillas, la fiebre, los dolores, los ahogos, asaltan solapadamente las camas.

Pasaba el umbral y, con su vocecita, decía: “Buenas noches.” Todos los soldados, aun los que estaban de espaldas, respondían a un tiempo: “...noches, hermana.” Y en lugar de las tres mujeres que durante el día se afanaban por ellos, los treinta heridos se quedaban de pronto con sólo aquella monja, menudita y delgada, estrecha de hombros, de rostro flaco, pero que suscitaba en todos una sonrisa de contento, pues cada uno tenía en ella un seguro socorro contra la noche.

¡La noche! ¡Es tan terrible una noche entera! Un soldado que se ha batido, agotado, doliente, es como un niño grande, dócil y afligido. No basta con vendarlo. En cuanto se hace de noche hay que consolarlo, aunque no pida nada. No le dio miedo avanzar expuesto al fuego; pero en cuanto sale de él, siente miedo en seguida. Es un espectáculo impresionante y fantástico la primera noche de hospital de una treintena de hombres, acostados en la misma sala; pero que, no habiendo conocido el horror de los mismos combates, batallan juntos contra sus ensueños, con los que se espantan los unos a los otros. La pesadilla de éstos es un asalto

furioso; aquéllos aúllan, heridos; otros, mandan; otros, gimen. Y la hermana, la minúscula hermana, sor Benigna, los defendía contra sí mismos en aquella lucha de fantasmas, tranquila, animosa, tenaz en su bondad...

Se acercaba a una cama, y decía: "Vamos, niño, ¿qué estás diciendo? ¿Estás loco?" Le arrojaba la mano, le enjugaba la frente, le ahuecaba la almohada, y el "niño" se calmaba para que la monja pasase adelante. Con su andar silencioso, iba de uno a otro. Y a medida que se inclinaba sobre cada uno, la gran batalla imaginaria se calmaba, se apagaba; unos suspiros, unos ronquidos, y el verdadero sueño, que es olvido, llegaba a calmar, gracias a ella, aquellos ímpetus en el vacío, aquellos terrores por nada.

Gozoso el corazón, sentábase entonces dos segundos en una mala butaca, junto a la mesa, donde, bajo una densa pantalla, ardía una lamparita, a media luz. Tomaba el rosario. Apenas había puesto los dedos en la primera cuenta, una voz gemía: "Hermana..." Se levantaba; oíase rodar el rosario por la falda.

Era Gaspar, que la llamaba... Primero, porque la quería mucho. Gaspar la quería tanto como a las tres damas y como a Dindognon. Gaspar se había vuelto infinitamente cariñoso. Quería a todo el mundo en el hospital.

La hermana, pues, decía:

—¿Qué hay?

—Que tengo pepita.

—¿A su edad?

—En serio, hermana, ¿tendrá usted un vasito de naranjada?

—No.

—¿O de limonada?

—¿Me prometes dormirte en seguida?

—Lo juro por la salud de mi chico.

Marchábase la hermana, avivaba la lámpara, llenaba un vaso. Sólo con oír el líquido, Gaspar se lamía los labios resecos, y cuando la hermana volvía, la llamaba otro: "Hermana..." Se detenía.

—¿Qué se ofrece?

—Quisiera... que viniese usted.

Dejaba el vaso. Gaspar, impaciente, decía a media voz:

—Vamos, bueno, una avería... ¡Condenada monjita! ¿Pero qué anda ahí amolando?

La monja le oía. Sonreía de un modo imperceptible; al acercarse a él, decía:

"Las averías se reparan pronto", y Gaspar, confuso, pero con-

tento, balbucía: “¡Gracias, muchas gracias!”, tomando rápidamente el vaso con ambas manos. “¡Saboréalo despacio; no seas loco!” Y se volvía a la butaca, con el tiempo justo de llegar a la segunda cuenta, porque a cada oración alguien se quejaba, como para que pusiese más ahínco en su súplica.

Hay que haberla visto y estudiado, hay que haber tenido sus tocas muy cerca de sí, para comprender lo que aquel corazón femenino, encerrado en tan débil cuerpo, era capaz de decir y de hacer durante nueve horas interminables, para consuelo de los pobres diablos presa de las calamidades de la guerra.

Sus ojos puros inspiraban confianza. Cuando prometía: “Eso se pasa en seguida”, ya el dolor parecía menos agudo; y era sobre todo maravilla ver con qué hábil ligereza iba de una cama en otra, ofreciendo siempre volver en seguida, y repitiendo veinte veces, si pasaba sin detenerse: “¡Aquí estoy!” No se puede decir que andaba por el dormitorio: se deslizaba. Se la veía pasar sin oírla; despierto, creíase uno entre sueños.

Gaspar, que desde hacía unas semanas sentíase muy indulgente con los curas, se habría dejado ahora despedazar por una hermana de la caridad. A sus compañeros les explicaba:

—Son mujeres que sólo piensan en hacer bien. No le hablan a uno de Dios, no; es verdad. Le dan a uno de beber cuanto tiene gana... Son mujeres..., verdaderas mujeres..., lo que deben ser las mujeres.

—Vamos —decía malignamente Dudognon—, te vas haciendo clerical.

—No sé lo que voy haciéndome —replicaba Gaspar (y parecía remover rencores viejos)—; pero en lo sucesivo, los diputados se guardarán de contarme cuentos tártaros y de tomarme por tonto.

Cuando al fin le dieron de alta —tras ocho semanas largas de curación—, la noche que precedió a su partida llamó una vez más a sor Benigna y le pidió la lámpara. Estaba sentado en la cama, muy alegre, y sacando de bajo la almohada un sobre arrugado, extrajo dos fotografías iguales, que le enseñó.

La monja dijo en el acto:

—Supongo que serán tu mujer y tu hijo.

Con aire de presunción respondió: “Sí”, moviendo la cabeza, y acechaba la expresión de su semblante.

La monja alzó la mecha de la lámpara, miró buen rato, murmuró:

—Es guapa tu mujer...; y tu chico se le parece. ¡Hombre fe-

liz! ¿Por qué no me habías enseñado esto? Hace sesenta noches que te cuido. ¿No soy ahora como de la familia?

Volvió a guardar las dos pruebas en el sobre, pero Gaspar la detuvo con un gesto; tomó una y se la ofreció. ¿Para ella? Sí. La monja murmuró: “¡Es un rasgo...!” Era el adiós de Gaspar, su recuerdo y su acción de gracias. Sor Benigna dejó la lámpara y se fue, pensando: “Dios es bueno, y ha hecho al hombre a su imagen.”

Al siguiente día, después de husmear por última vez en todas partes, tanto en la cocina como en el jardín, Gaspar fue a despedirse de las tres mujeres que le habían cuidado, mimado, curado. Tenía el quepis en la mano; estaba muy conmovido. Una vez más se separaba de unas amistades, de unos hábitos. La guerra le absorbía en su remolino. Partía para un depósito, sin poder imaginarse el mañana. ¿Qué vida! Apenas formada una inclinación hay que romperla, para empezar de nuevo, cuando un corazón sencillo y cariñoso se habitúa tan presto.

Se encontró desorientado en la calle. Tres veces se volvió a mirar el hospital. Luego caminó en derechura. Llegó al Loira, ancho y soberbio, que parecía abrir el espejo de sus aguas al sol poniente. Gaspar se reía del sol. Bostezó.

El tren salía a las nueve. ¿Por dónde pasear hasta esa hora su melancolía? ¿Vagar por la ciudad? Cuando se es de París, no hay mucho empeño por conocer las provincias. Prefirió obsequiarse con una buena cena, una cena de tres francos, en una fonda burguesa. Podía permitírselo; hacía dos meses que no gastaba nada.

Entró, pues, en la Fonda de los Tres Reyes, en la esquina del muelle y de la calle Mayor.

Fonda con calefacción central, lo único moderno que hay en ella, pues en todo lo demás es una fonda para los viajeros que gustan de descubrir las reliquias de la antigua Francia. Se entra en una sala, al mismo nivel que la calle, donde, en una gran chimenea, arde un imponente montón de leña. En el reborde de la campana, un ejército de candelabros de cobre, limpios y relucientes, denota una casa irreprochable. Un vaho de aves guisadas advierte que la pitanza es buena. En un cuarto-armario se apilan las piezas de ropa blanca, que hacen presentir noches de molicie en sábanas frescas. Es una fonda gustosa, como se ven en las narraciones de caza, y que sabe al buen terruño provinciano. Delante de los morrillos de la chimenea, deben de contarse siempre cuentos picantes, inestimables, llenos de ingenio.

Aun en plena guerra se hablaba mucho en aquella fonda. Había allí gentes de Reims, tres matrimonios quincuagenarios, llenos de dignidad en la huida, que habían venido a esperar en Anjou a que su ciudad se viese libre de alemanes y de granadas.

Tendero de comestibles al por mayor, juez suplente, ex boticario: tales eran las etiquetas de los tres cabezas de familia. Cuando Gaspar entró, hallábanse reunidos ante la chimenea, y el farmacéutico, nervioso, se agitaba, alzaba los brazos, parecía bailar con las llamas de los leños.

—¡ Ah! ¿ Se figura usted que van a dejarlos dormirse en las trincheras? Pues bien, señor mío, tan lejos están de pensar en eso, que tengo una carta de mi primo... del Estado Mayor.

—¡ Oh! — dijo el juez suplente —. No me fío. No cuentan nunca la verdad; lo sabrían al mismo tiempo que nosotros.

—¡ Dispense usted! Lo que afirmo son hechos probados. A estas horas, hay ya regimientos preparados para ir ocupando las trincheras a medida que vayamos tomándolas.

—Mientras, los “boches” ahí se están.

—¡ Pardiez! ¿ Necesitaremos una segunda Juana de Arco para botar a esos cerdos?

—¿ Qué quiere decir botar? — preguntó simplemente la mujer del tendero.

En aquel momento, el criado viejo de la fonda traía un vaso de leche caliente para una de las señoras. Servidor lento y seguro; el ideal durante una guerra, donde el deber es no tener prisa. Se inclinó, y, sin que le preguntaran, respondió:

—Lenguaje antiguo, señora. Quiere decir: que los joroben y los echen.

Aprovechó la ocasión para quedarse y hablar:

—Con los “boches”, ¿ verdad?, hay que tener en cuenta una cosa: hace cuarenta y cuatro años que lo estaban pensando. No les importaba perfeccionarse en la educación ni en todas esas cosas. Son gentes que ponen su felicidad en la artillería; mientras que nosotros, los franceses, hacíamos experiencias vacunas, ¡ qué sé yo!, tantas otras cosas...

—Ni más ni menos... — dijo Gaspar, avanzando un paso.

Un modo de entrar en materia y de hacerse notar. Un silencio le respondió.

Cortado, repuso:

—Yo sé lo que es... He pasado por ello... ¿ Es aquí donde se cena?

El boticario le dijo:

—¿Ha estado usted herido, buen amigo?

—¡Un poco!

Las mujeres alzaron la cabeza.

—Pero —añadió el boticario, con acento patriótico— ¿ya está usted curado?

—¡Con buenas lañas!

—¡Y dispuesto a partir!

—¡A dar una vueltecita por allá!

El juez suplente se acercaba.

—Ustedes son nuestra única esperanza. Hace seis semanas que nos expulsaron de nuestros hogares.

—Y luego, a su tierra —dijo el boticario, irguiéndose sobre las puntas de los pies—, porque entrarán ustedes en su país...

—Eso es cosa de Joffre —dijo Gaspar.

—Pues bien; respetarán a las mujeres y a los niños.

—¡Oh! ¡En cuanto a eso...!

—Porque ante todo somos franceses.

—Ante todo.

—Pero les pondrán ustedes contribuciones enormes.

—¡No se apure usted!

—Y les tomarán rehenes.

—¿El qué?

—Rehenes.

—¡Ah! ¡Sí!

—Y les obligaréis a marchar delante, como ellos hacen. Allí todo está minado. Tengo un primo en el Estado Mayor, y me lo ha dicho: “¿Sabes tú? ¡Todo lo tienen minado!”

—¿De veras?

—De modo que cuando vuele, que vuelen ellos los primeros.

—¡Me parece!

—Con su Guillermo y su kromprinz.

—¡Cochinos!

—Lo que es esos dos, ¡si pudiéramos cogerlos!

—¡Si pudiéramos!

—Si los cogiera usted, ¿eh?, ¿amigo?

—Si los cogiera..., si los...

La patrona acababa de entrar en la sala. El juez suplente le dijo, a media voz, mientras el boticario continuaba con Gaspar:

—Es un soldado que viene a cenar. Nos hará usted el favor de no ponerle en nuestro comedor.

—El señor puede estar tranquilo.

Tuvo una sonrisa de inteligencia:

—Seguramente es un buen muchacho. Sólo que... con señoras...

—Sí, sí, señor.

—¡Qué antojo de venir aquí!

—¿Verdad?

—Para él hubiera sido mejor ir a una taberna.

—Es la guerra —dijo la patrona—. Se meten por todas partes. Pero no se inquiete el señor juez.

Se acercó a Gaspar.

—¿Quiere usted cenar, militar?

—Sí; a tres francos.

—¿Quiere usted venir por aquí?

Estaba un poco desconcertado; pero los tres hombres, precipitadamente, le tendieron la mano, como en una crisis de afección apasionada. La patrona repetía: "Por aquí, militar." Entonces, dijo: "Hasta más ver..." Y la siguió.

Cenó solo, completamente solo, en el hueco que dejaban en una habitación las maletas amontonadas; llegábanle los ruidos de la cocina. No comprendía por qué le habían puesto allí, pero no se le ocurrió reclamar. El soldado pierde el hábito de comprender: obedece. Además, a partir del segundo plato, le pareció bonita la camarera. Entonces, se olvidó de todo, y se dijo simplemente: "Qué bien está esta chica; ¡es un primor!" Pero al salir ya no vio a los burgueses de Reims, que tan buena acogida le habían hecho. Se sumió en calles negras. La estación estaba lejos. Nadie a quien decir una palabra: se miró como un herido sin gloria.

Pensando que la guerra no acababa nunca, subió a un vagón vacío... Tenía la boca seca: la cena, tan triste, le daba sed. Cuando el tren se movió, Gaspar estaba boca abajo, sin la menor esperanza de una alegría próxima.

Para respirar se asomó a la ventanilla. El tren parecía patinar. Gaspar murmuró:

—¿Qué pasará? ¿Un caracol por los raíles?

Después exhaló en un suspiro la amargura de no ser más que un soldado errante y aburrido, que soportaba, a su vez, el peso de la servidumbre militar, tan triste y tan antigua como el mundo. Y dijo lentamente, sumida la nariz en las sombras:

—¡Desdicha como ésta...! ¡En épocas civilizadas!

Noche silenciosa.

Añadió, colérico:

—¡Y nos joroban con escribir *Libertad* en las cornisas de los edificios públicos!

Noche sin estrellas.

## CAPITULO VI

**A**L salir de A... con su regimiento, Gaspar no pensó jamás que volvería antes del solemne regreso: el de la paz. Deprimíase su ánimo viéndose allí de nuevo, en plena guerra, sin que se hubiese decidido nada, cuando todo estaba para empezar — porque los tres primeros meses no parecían más que un prólogo, prólogo fulminante, retirada y después victoria —; un comienzo, según los ingleses; y las personas flemáticas decían: “Cuando dentro de seis meses...”

—¡Seis meses! —decía Gaspar—. Si fuese verdad...

¡Ah! ¡Qué gesto avinagrado el suyo cuando volvió a entrar en el Depósito! ¡El Depósito! ¡Su solo nombre es ya tan feo, tan vulgar! Y el contenido es aún más atroz. Entre todas la calamidades que nos trae la guerra, el Depósito, es decir, la vida de cuartel en el momento mismo de las batallas, la farsa del tiempo de paz cuando otros se matan, el suboficial, perro cuartelero cuando el enemigo saca las garras, el Depósito con sus faenas, los suboficiales, el cuerpo de guardia y el médico; el Depósito, para un hombre sensible cuyo amor propio se encrespa, es una prueba áspera y lúgubre, porque la estupidez pulula dentro como los renacuajos en una charca; y el ejército, masa sublime cuando entra en fuego, es, a retaguardia, en el patio de un cuartel, la institución social más fecunda en sinsabores.

No se puede culpar a nuestro tiempo de un estado de cosas tan siniestro. La servidumbre del oficio militar es eterna como su grandeza, y el tipo del brigada Dupouya, cuya sola vista le revolvió la bilis a Gaspar, es un ejemplar de bruto tan antiguo como el mundo: sus antepasados sirvieron de tormento o de diversión a los soldados griegos, hebreos y romanos. Pero Gaspar conoce mal la historia de los hombres, y refunfuñaba:

—¡Valiente animal! Es una bestia como nó se ha visto otra parecida.

Dupouya merecía otra definición.

Era un tipo curioso. Su manía de molestar inspirábale casi invenciones personales. La nariz picuda, los ojos penetrantes, plantado el flaco tronco sobre unas zancas nerviosas de pollo agresivo, daba caza a los soldados, los atacaba, los desplumaba. Imposible librarse de él; inútil ocultarse; rondaba por todas partes. Fuera, dentro; subía, bajaba, surgía del rincón de un patio, de un rincón oscuro; acechaba detrás de un muro, de un árbol; se deslizaba en la enfermería, en la cocina, en la cantina. Siempre con un grueso cigarro entre sus labios siniestros, que juntaba en forma de embudo a cada bocanada; el quepis sobre las cejas, amenazador; un colodrillo ingrato, con cabellos sucios sobre la nuca, y la guerrera remangada por llevar la mano en el bolsillo, con lo que descubría un trasero liso de hombre sin alma, trasero inquieto, inquietante, que debía de saber esquivar el puntapié vengativo. Bien se veía también que su cara, de piel granujenta, al atraer los cachetes, los esquivaría. Exasperaba, después desarmaba, imprudente y a la par servil. Parecíase a los malos perros de ganado que la toman con una vaca coja, pero no se ponen al alcance de una cornada; amparábase con el oficio, rapante, doblado el espinazo, como si le dijese: “¡Estarás contento: hago bien mi oficio!”

Su oficio no era entrar en fuego como los otros, sino ojear, reclutar, mantener la policía del cuartel. No dejaba respirar a los soldados. Cada cuarto de hora preguntaba a los enfermos: “¿Va usted mejor?”, ansioso de inscribirlos en las listas de embarque.

El se quedaba.

Se quedaba para extender la lista siguiente. Dios le había dotado de una voz grotesca; dijérase que su lengua, con la prisa de hacer daño, se le arrollaba en la boca. Pronunciaba así:

—¿E uté movilidabe?

El soldado, cogido por sorpresa, soltaba una risa loca, en la que se deshacía su mal humor.

—Ríase —replicaba el otro—, pero no le pierdo de vista, y “e uté movilidabe”.

Qué triunfo cuando podía decir al capitán:

—¡Tengo treinta hombres para el próximo embarque!

Y si el capitán respondía: “Hacen falta treinta y dos”, volvía a la caza, se plantaba de un salto en la oficina, espigaba en las listas, trepaba a los dormitorios, y abatiéndose sobre una partida de naipes volcados en la paja:

—¡De pie los que sean movilizables!

De doce hombres se levantaban dos echando pestes, y asiéndolos, decía:

—Seguidme; vamos a ver al médico.

Y él en persona los llevaba al reconocimiento; hablaba por ellos; decía:

—Se burlan de nosotros: estaban jugando a las cartas.

El médico, influido por él, respondía:

—Farsas no. ¡Movilizables!

Y una vez que aquéllos partían para el frente, Dupouya se apresuraba a prodigar a otros sus cuidados. El cuartel resonaba con sus órdenes en jerigonza. Parecía dueño y señor de la suerte de los hombres; algo así como el secretario burlesco del Destino.

Sólo que hasta entonces no había llegado Gaspar. Con Gaspar conoció el reverso de la medalla humana, la resistencia, el fracaso. Gaspar le desconcertó.

Es que hace falta saber tratar a Gaspar. Al entrar en el Depósito se decía sinceramente: “Estoy curado. Dentro de ocho días volveré a entrar en fuego.” Pero la manera tendenciosa, acusadora y satisfecha con que el otro le sirvió el estribillo: “Uté e movilidabe”, le pareció insultante y se encrespó:

—¡Bien está...! ¡Veré al médico!

Antes de verlo encontró a Moreau — Moreau, que, herido también, curado luego, pasaba los días enteros tendido en la paja jugando a la manilla —. Gaspar experimentó al pronto una alegría sin límites al encontrarse al “compinche”, con el que se había batido, y le pidió informes:

—¿Quién es ese tío asqueroso?

—No hay que hacerle caso — dijo Moreau —. No será él quien me haga ver a los “boches” otra vez.

—¿Cómo es eso?

—Tengo un filón.

—¿Qué filón?

—Me he inscrito como metalúrgico.

—¿Metalúrgico?

—Sí: ahora fabricaré píldoras en lugar de recibirlas, ¿comprendes?

—¡Ah! ¿Sabes que es de veras un filón?

Gaspar se ablandaba. Se aventuró a decir:

—Yo no puedo hacer nada en la mecánica. Ya ves: ¡la mecánica y los caracoles!

—Pues no tienes más que te declaren inapto.

—¿Inapto? ¿Y qué viene a ser eso?

—Pregunta a ese alto que está allí, el de los lentes.

—¿Ese flaco?

—Es un inapto.

—¡Eh...!, hijo..., acércate un poco a ver...

Gaspar estaba tumbado en la paja. No se movió. Quien se acercó fue el alto.

—¿Qué me dice Moreau? ¿Que eres inapto?

—Así es.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo ir a campaña.

—El amigo sabe lo que se hace —dijo Moreau—. Es un profesor de *Pantruche*, no es un trasto cualquiera, ni un batata. Si es inapto, es que ser inapto es cosa buena.

—Me parece que se equivoca usted —dijo el profesor con dulzura—. Mi situación de inapto no es resultado del cálculo, sino de una realidad... Padezco una enteritis abominable.

—¿Enteritis? ¿Cómo es la enteritis? —dijo Gaspar.

—Es... dolorosa.

—¿Dónde da?

—En los intestinos.

—¿Es un cólico?

—Sí y no.

—Y... ¿en qué lo conoce el médico?

—¿La tiene usted? —dijo el profesor.

—No sé..., puede atacarme.

—Ha estado ya en el baile, ¿comprendes? —dijo Moreau—; le dieron un chinazo; ya sabe lo que es, y no tiene mucho empeño en volverlo a ver.

Gaspar no respondió; jugaba maquinalmente con una pajita.

—Pues bien —dijo el profesor—, que se quede con mi enteritis, y yo ocuparé un puesto en el frente.

—Bueno, bueno —dijo Moreau—; tú no entiendes de eso. Cuando lo hayas visto, puede que prefieras quedarte con tus zapatillas y tu costilla.

—No la tengo.

—¿No eres casado? ¿Eres solterón?

—Sí.

—¡No te echaría yo malas contribuciones!

—Yo —dijo Gaspar— me resiento aún de la herida de vez en cuando.

—¿Te resientes? —dijo Moreau—. Pues corre a decírselo al médico en seguida.

Gaspar, después de reflexionar, respondió:

—Iré..., y el cochino del brigada no me podrá echar mano.

Tal era su verdadero móvil: un falso amor propio. Olvidaba la guerra de los "boches". Entablaba la lucha con Dupouya.

Desde el primer encuentro le sacó ventaja.

Aturdió al médico, que le dijo:

—Bueno..., está bien; váyase, y vuelva a verme.

Volvió en seguida, con nuevas dolencias. El médico dijo:

—Bien..., bien..., descanse.

Descansó; nueva visita; y el médico concluyó:

—Es verdad..., lo reconozco...: inapto.

¡Ah! Poder abordar a Dupouya, que ya paladea el "¡E uté movilidabe!", y anunciarle, saboreando las palabras, burlones los ojos:

—¡Mi brigada..., soy inapto!

A Gaspar le duró el gozo tres días.

Pero no más de tres días, porque la vida de cuartel, vida de babosa, no tardó en ser insoportable para su natural inquieto.

Aculotar pipas, bostezar, barajar reyes, caballos y sotas, era un condimento demasiado soso para Gaspar, y soltándose de Moreau, que se complacía en la holganza, le dijo al profesor:

—¿Te gusta esta vida? Yo quería quedarme con el jefe, y lo he conseguido; pero aquí me pongo de mal humor; esto no puede durar mucho.

—¡Bravo! —dijo el profesor.

—En mi oficio —dijo Gaspar—, tengo que levantarme a las dos; a las tres estoy en el Mercado; gano dinero y doy pan a mi hijo. Pero aquí, ¡diablo!, si somos inaptos, que nos manden a nuestras casas.

—Lo preferiría —dijo el profesor.

Esta primera semejanza de ideas les llevó en seguida a hacerse confidencias.

El profesor era modesto, suave, reflexivo: un burgués. Gaspar era del pueblo, espontáneo, una chispita vanidoso, violento a veces. En seguida se quisieron, porque no se aburrían juntos.

Gaspar, que percibía su inferioridad social, empezó por contar su amistad con Burette, con Dudognon después; para él eran como los títulos de lo que valía, porque confesaba lisamente que en la escuela... nunca había sabido más que borrar el encerado.

—El maestro me castigaba, y a mi padre se le llevaba el demonio. Me metió en la escuela a los siete años y me sacó a los nueve. “¿No sabes leer y escribir? — me dijo —. Pues basta; lo demás son cuentos. ¡El bachillerato! ¡Futesas para hijos de senador!” Y yo, ahora, mira, no sé hacer una división en el papel, todo lo pondría del revés; pero en mi cabeza, para mis caracoles y mi negocio, nunca, ¿sabes?, nunca me equivoco. Y luego, para hablar, para las palabras que uno emplea, ya comprendes que tampoco he necesitado de un maestro de escuela... He comprado libros. Tengo una biblioteca debajo de mi cama. Con unos libros, que hay que ver: Víctor Hugo, Alejandro Dumas y *Cirano*, el truco de Rostad. He visto *Cirano* seis veces en el teatro... ¡Ah!, me gusta mucho. Cuando habla de su nariz, ¿eh?, y cuando le echa flores a Roxana, que cree que es el otro, y le besa en la boca como las palomas; y luego, al final, cuando ya va a morir... ¡Ah!, hay unos versos... Había que oírseles a Coquelin. ¡Le pasaba a uno no sé qué por la piel!”

—Me gusta todo lo bueno — replicaba Gaspar con voz inflamada —. ¡El fonógrafo, mira, también me gusta mucho! Pero de lecturas, *Los Miserables* los he leído siete veces. Ya me sé lo que va a pasar, pero me agrada como lo cuenta. Los tipos como Víctor Hugo son los que merecen ser ricos. Yo hubiera dado todo lo que tengo, ¡en serio!, porque me pirro por gente así, que inventa esas cosas.

Se callaba un instante. El otro estaba pensativo. Y Gaspar continuaba de pronto:

—Mientras que un brigada... ¡bueno!, un brigada ya podría reventar de hambre delante de mí, que un hueso que tuviera no se lo daría.

—¡Mucho te alabas! — decía el profesor con dulzura.

Y Gaspar no proseguía.

El buen talante, el decoro, la medida y el gusto del universitario infundían respeto a Gaspar, y al mismo tiempo confianza. Le tuteaba, pero no le llamaba nunca por el apellido a secas. Le decía “señor Mousse”, y le gustaba oírle, como en otro tiempo a Burette. “Oyendo a tipos como tú — decía —, se puede luego hablar; ya no parece uno un cesto.”

Cesto o no, ¿no había motivos para temer que llegarían a serlo, metidos entre las cuatro paredes del cuartel?

La vida de aquellos dos “inaptos” era lúgubramente cómica.

Nada que hacer, puesto que eran inaptos. Nada más que contar

los minutos. Mousse llevaba un reloj en la muñeca para contarlos.

Alto, delgado, cuello largo, erguida la cabeza, quepis recto, en cuanto se entraba en el patio veíase su flaca silueta. Bostezaba, paseaba rozando las paredes, y detrás iba Gaspar, bostezando también, pero inclinada la cabeza, en esa actitud de husmear propia del hombre del pueblo que siempre hace algún descubrimiento en el suelo, un botón, una punta de cigarro, una perra gorda.

Había entrado el invierno: en un cuartel el invierno se anticipa; los castaños, tiesos, erizados de ramas peladas, eran a la vez lamentables y odiosos. De cada tres días, dos lloviznaba; el viento aplastaba contra el suelo el humo negro de las cocinas.

—¡Qué vida! ¡Qué vida! — decía Mousse.

Y Gaspar añadía:

—¡Yo no puedo más!

Pidieron hablar con el teniente.

El teniente, pasándose la mano por la barba, les dijo:

—¡Sois inaptos! Imposible emplearos, el reglamento lo dice: no puedo emplear más que a los del servicio auxiliar.

—¿Entonces?

—Esperen.

—¡Es espantoso! — decía el profesor.

En su desesperación, fue a buscar al sargento jefe de la oficina. Le enseñó su matrícula militar. *Profesor: sabe leer y escribir.*

—¿No podría, clandestinamente, prestarle a usted algún servicio? ¡Copiar relaciones...!

Era tal su abatimiento, que el jefe respondió:

—¡Si se empeña..., a mí me sale por una friolera!

¡Hubiera abrazado al jefe! Se puso a trabajar con pasión; parecía un hambriento que se sienta a la mesa. ¡Hacia unas mayúsculas... triunfales!

Mientras, Gaspar se había deslizado en el almacén, su antiguo almacén, ocupado momentáneamente por un miope casi ciego que, a dos metros, confundía una marmita y un quepis. Gaspar adoptó su aire protector e importante; entró con una botella de vino blanco bajo el brazo, y anunció:

—Aquí estoy yo. Como yo fui quien vistió primero a la compañía, el teniente dice que puedo ayudarte; empecaremos por echar un trago para entrar en relaciones.

Veinticuatro horas justas hacía que Gaspar se calentaba en el almacén y que Mousse borrajeara papel en la oficina, cuando, bruscamente, una noticia estalló como un trueno;

—¡ El general !

El sargento se arrojó sobre el profesor inapto :

—¡ Largo ! ¡ Si le pillan a usted aquí... ! ¡ Escóndase en las cuardras ! ¡ Que no le vea ! ¡ Detesta a los inaptos !

Mousse se precipitó fuera. Lluvia, borrasca ; corrió al almacén. Gaspar alborotaba en la puerta :

—Está bien... Me iré, pero dame la botella.

—Te la daré después. ¡ Escápate ! ¡ El general !

—Te digo que quiero la botella.

Consiguió recuperarla. Ambos, expulsados, salieron al dormitorio. Un cabo les tendió dos escobas :

—¡ Viene el general ! Arreglad la paja.

Se escaparon al patio. Un sargento les cortó el paso :

—Quitad los cantos del suelo. ¡ Ahí está el general !

Huyeron a todo escape y se agazaparon en un cobertizo, debajo de un carro, esperando que la crisis pasara...

Al siguiente día, como ya no les mandaban nada, sintieron un deseo devorador de hacer algo.

Gaspar dijo :

—Señor Mousse, tú no tienes galones. ¿ Qué diablos haces en la oficina ? Ven conmigo al almacén.

—¿ Crees que puedo ?

—No tienes más que pasar por la cantina y traer tres botellas de blanco.

Gracias a las tres botellas pudo incorporarse a Gaspar. El almacenero cerró la puerta con llave, y el profesor inapto pasó un día maravilloso plegando pantalones. No cabía en su pellejo. Doblabla, desdoblabla, volvía a doblar..., y el tiempo pasaba. Pasó hasta la llegada del teniente.

¿ Puerta cerrada ? ¿ Cómo ? ¿ Por qué ? Entró furioso.

—¿ Ustedes aquí... ? ¡ Siendo inaptos... ! ¿ Pero no les he dicho... ? ¡ Vamos, largo... !

Mousse palidecía.

—¿ Qué vamos a hacer, mi teniente ?

—¿ Otra vez... ? ¡ Descansar... !

—¿ Dónde ?

Erraban uno tras otro por los corredores de la compañía, cuando una voz gritó :

—¡ Eh ! Esos que no hacen nada, a limpiar los lavabos.

Pero otra voz repuso :

—Los lavabos, luego. ¡ Ahora a pelar patatas !

Se aprovecharon de aquellas órdenes contradictorias para eclipsarse una vez más. Y... entraron de nuevo en el patio — de piso pegajoso, como empapado de grasa (porque comían en el patio, apresurándose a engullir, para que el aire frío no cuajase demasiado pronto el rancho) —, el patio, el triste patio, donde había de ir dando vueltas a un árbol para librarse del brigada, de los sargentos, de las faenas del cuartel; el patio, cuyos edículos y pabellones miraban con angustia, diciéndose: “¿Dónde refugiarnos? ¿En la compañía? Por allí anda Dupouya de caza... ¿En la cantina? Cerrada. ¿En las duchas? Hace frío. ¿En la cocina? Nos la ganamos. ¿En los retretes? Venimos de allí... ¿La enfermería? Se empeñan en vacunarnos en cuanto decimos: “¡Es por calentarnos un instante...!” ¿La lampistería? ¡Ah...! Gaspar, ¿y si fuésemos a la lampistería?”

Era el profesor quien sentía la tentación de la lampistería. Allá se fueron. Estaba allí un ser extraño y maloliente, que apestaba a aceite, a gasolina y petróleo, pero accesible, que reía, y dijo:

—No tenéis más que convidarme a refrescar, y estáis aquí en vuestra casa. Huele tan mal, que no quiere venir nadie; vive uno como un rentista.

—Pero tú crees que siendo inaptos tendremos derecho...

—No hagas caso. Trae acá catorce perrillas para una botella.

—Es verdad — dijo Mousse simplemente —; lo había olvidado.

El lampista se guardó los cuartos, desapareció y trajo el vino. Lo bebió con Gaspar; el profesor no bebía, por la enteritis. Y encima, arregló todas las lámparas. No sentía pasar el tiempo; era feliz.

Al cabo de dos días, catástrofe. Un suboficial del batallón, que en otra existencia anterior había sido, como Dupouya, perro de ganado, olfateó, y percibió que Mousse y Gaspar esparcían un horrible olor:

—¿Dónde andan ustedes — preguntó —; es que por casualidad vienen de la lampistería?

—Es que eso... — dijo Mousse — nos entretiene.

—¿Cómo? ¡Trueno de Dios! ¿Pero de qué sirve haberles declarado inaptos? Me queman la sangre estos tipos; no sirven para nada, y aburren a un regimiento; no pensamos más que en ustedes dos. Hay que pasarse el día buscándoles ocupación. Ahora no estamos en paz, sino en guerra, ¡recristo! ¡Todo el mundo se fastidia!

—¡Como nosotros, nadie!

El suboficial hubiera querido que se muriesen de repente.

Crispados los nervios, balbució lo que pensaba el general: “¡ Cochinos inaptos !”

Sin embargo..., la Providencia les reservaba una apariencia de felicidad. El soldado que acarreaba las legumbres y la carne cayó enfermo. En seguida, Gaspar y Mousse ofrecieron sus servicios, y el cabo de cocina aceptó.

Entonces, el uno a pesar de la nalga, el otro a pesar de su enteritis, se pusieron a arrastrar carrillos de mano durante toda la mañana. Era curioso ver a Mousse en un carrito de mano. Un poco flaco para la anchura de las varas, no podía dar bien el tirón que ponía en movimiento el artefacto. Sudaba; se le escurrían los lentes; parábase para sujetarlos, y Gaspar, que empujaba, gritaba:

—Me das lástima... Déjame ponerme ahí. Pareces un conejo tirando de un tranvía.

Pero el otro se obstinaba. Quería echar los bofes, para matar mejor el tiempo. El carnicero hacía muecas, porque transportaba con precaución unos pulmones ensangrentados; la salchichera le despreciaba, porque se esmeraba para cargar unas salchichas. Veía aquellos desdenes, pero se decía: “Dentro de una o dos semanas seré menos torpe.” Olvidaba lo efímero de los goces humanos. Una semana después, el enfermo se curó, y el dúo de inaptos, Gaspar-Mousse, se frotaba de nuevo contra las paredes del patio.

Una mañana, pálido, febril, Mousse se presentó al capitán.

—Mi capitán, estoy curado. Quiero irme al frente.

—Vea usted al médico.

Corrió a ver al médico.

—Mi comandante, estoy ya bueno. Quiero irme al frente.

—Perdone usted —dijo el médico—. No le he declarado a usted inapto sin más ni más. No consiste todo en estar curado, sino en seguir estándolo. Vuelva dentro de seis semanas, y tenga paciencia.

Salió de la visita con lágrimas en los ojos. En tal momento, el vaguemaestre le entregó una carta de su cuñada, que empezaba así: “Mi querido Gustavo: Luis y yo somos tan patriotas como cualquiera, pero estimamos que un hombre puede cumplir con su deber donde Dios quiere colocarle. ¡He rezado tanto...! Me figuro que el cielo, queriendo conservarte para nosotros y para tus discípulos, te mantiene inapto.”

Leído esto; pensó enloquecer. Recorría el patio, rezongando: “¡Dios, qué tontas son las mujeres! Mi cuñada es inteligente..., pero, ¡Dios!, ¡qué tonta, qué tonta es...!”

Al decir estas palabras sacrílegas, Gaspar le dio alcance. Guiñaba un ojo.

—Chico, escucha...: he encontrado una combina.

—¡Imposible!

—Cuando haya alguna defunción en el hospital...

—¿Qué...?

—Iremos nosotros de piquete al entierro.

—¿De piquete? ¿Quién te lo ha ofrecido?

—¡El furriel!

—Pero... ¿hay muchos entierros?

—Parece que no faltan.

Por término medio, moría en el hospital un herido cada tres días. Así, cada tres días se vio a Gaspar y a Mousse ponerse el cinturón y la bayoneta y salir del cuartel al paso, para escoltar los entierros. Las primeras veces se conmovieron mucho con los sollozos de la familia, el enterramiento, el discurso del prefecto, hombre rechoncho, de voz fogosa, que tenía un modo impresionante de decir: “¡Adiós, soldadito..., adiós!”

—Es estúpido —decía Gaspar—, no puedo remediarlo: llora como un becérro.

Para consolarse, como de hecho estaban libres terminado el entierro, Gaspar llevaba al profesor a los colmados. A las pocas semanas conocían ya todos los cafés de A... Sin embargo, A... tiene tantos cafés como casas. Hay diez que acechan los trenes frente a la estación; veinte en torno de la iglesia para hacer competencia al cura, y en las dos calles comerciales se alinean como las vendedoras en el mercado, con el misterioso atractivo de las cortinillas en las vidrieras, que ocultan el interior al transeúnte. Pero el profesor, que no era aficionado a la bebida, se consumía, clavados los codos en una mesa de taberna, tanto como de pie en el siniestro patio.

Mousse, tan dulce, se agriaba; tan bien educado, hablaba mal. E incluso el domingo, cuando no les retenían en el cuartel; cuando, abierta la verja, podía, con Gaspar, decirse “libre”, ¡qué amargura!, ¡qué rabia!, ¡qué tristeza...! ¿Dónde ir? ¿Por dónde tirar? ¿Dónde arrastrar sus zapatos claveteados? ¡Qué triste, vacía, lúgubre, aquella pequeña ciudad normanda, en un domingo de invierno!

Hay un castillo: es la cárcel; una plaza de armas: el viento Norte la congela; un río, pero vergonzoso y sucio, rodea la ciudad y corre por las afueras.

A... es una capital de provincia donde no pasa nada, donde nada va de prisa, donde no se ve el cielo al asomarse a un puente, donde cada cosa está en su sitio, donde el empedrado es puntia-gudo, donde hay más boticarios que confiteros.

Ningún monumento inútil; ni fuentes, ni torre antigua en ruinas, ni siquiera una estatua; la gloria es de quienes se arriesgan; la prudencia, de los normandos; A... cuenta con cuatro notarios.

Los indígenas le enseñan a uno un manicomio: no encierra más que dos mil maníacos sin fantasía. Ciudad mediocre, cuyas virtudes prácticas no brillan en la historia, pero se aprenden en los atlas. Su nombre recuerda la aridez de los estudios, más que el honor del país. Se inquiere el número de sus habitantes para explicarse su razón de ser, y se acecha su razón de ser en el rostro de los habitantes.

Quien pasa por A..., nunca tiene nada que contar a los amigos.

No hay que visitarla, sino atravesarla. No hay que mirar la longitud de paños, que es tan sólo cuadrada, ni la lonja de granos, que es tan sólo redonda, ni la casa de correos, que es nueva tan sólo. No se aprende nada que no esté ya en la guía, donde se lee: *Ferías importantes. Comercio de granos.*

No hay más que una casa emocionante: casa modesta, minúscula, donde se enseña a hacer encaje. Aunque las encajeras no son bonitas, en encaje es curioso; es un milagro de habilidad femenina; se sale de allí lleno de sorpresa.

Al salir, la ciudad está a la izquierda; la estación, a la derecha. Hay que echar por la derecha.

Pero eso no le es permitido al soldado, sobre todo al inapto. El tedio se apodera de él, sintiéndose enmohecer, adelgazar, consumir; en diálogos desesperados, que empiezan por un bostezo, compéndiase ese ánimo:

—¿Qué hora es? — decía Gaspar.

—Ocho y diez — respondía el profesor inapto.

—¡Y decir que todo esto se lo debemos al cochino de Guillermo! — continuaba Gaspar —. Y él, tan tranquilo, comiendo langosta a la americana. Mientras nosotros, que no tenemos culpa de nada, estamos aquí sin poder movernos... ¡Ah!, ¿sabes, chico, que sería una gran suerte para uno estar todavía en el vientre de su madre?

El otro aprobaba, suspiraba, bostezaba.

—¿Qué hora es? — decía Gaspar.

—Las ocho y once — decía el profesor inapto.

Lo terrible es que al hastío de Gaspar mezclábase a veces sor-damente el cobarde regocijo de no volver al frente; el profesor tampoco parecía muy dispuesto a batirse, porque su espíritu andaba rezagado por el sitio de Troya, no obstante lo cual juraba, pifaba, quería marcharse. Un día le dijo Gaspar:

—Tú, al fin y al cabo, no dejarás a nadie. Pero yo, si los “boches” me quitan de en medio, ¿crees tú que los diputados llevarán a mi casa un pedazo de pan?

Y entonces, gruñendo y todo, se acomodaba muy bien a su detestable suerte y la llevaba con paciencia.

Su paciencia se derrumbó de pronto. Tenía que suceder: Gaspar es todo impulso. Aunque activo y generoso, sabe enfurruñarse, obstinarse, rezongar, hasta que un día la tentación se presenta y lo domina. Entonces, la prudencia, que no es su fuerte, y la cobardía, una intrusa, huyen ante los latidos de su corazón. Se anima, habla, obra, y ya no se acuerda del riesgo en que pone la pelleja.

El furriel, con una sola frase, le restituyó a sus quicios. Una vez le dijo:

—Los que vuelven al frente tiene derecho a tres días de permiso.

—¡Tres días! — dijo Gaspar —. ¿Para dónde?

—Donde quieran.

—¿Para París?

—También.

—¿En serio?

¡Volver a París! ¡Ver a la “abuela”, a su mujer, al “peque” y la calle de la Gaité! Sólo de pensarlo, la alegría le ahogaba. Corrió a decírselo a Mousse.

—¡Pero si somos inaptos! — dijo el profesor rechinando los dientes.

—¡Inaptos! ¡Eres un quinto! Si piden gente, es que no van a andar con muchos miramientos. Cuando los zorzales se acaban, hay que echar mano de los mirlos. Pero, nada de ver al médico; nos entenderemos con la oficina.

—Prueba a ver.

—Trae acá catorce perrillas para una botella de blanco.

Supremo argumento. Entró en la oficina con la botella: todas las resistencias cedieron. El sargento, en bebiendo, dijo con aire de superioridad:

—¿Se empeñan? Pues no hay más que cambiarlos de lista. Irán en el primer embarque. Si lo descubren, diremos: “¡No podemos explicárnoslo!” Este vinillo es bueno, calienta el estómago.

El profesor estaba admirado. Gaspar exultaba. Presa de una idea, recobró su ardimiento, su entusiasmo. Decía:

—*Pantruche*; después, los “boches”; ¡conforme: lo acepto! No les he dado más que un pedazo de la nalga izquierda; me queda la derecha; se la tengo reservada. ¡Pero que no esperen otra cosa! ¿*Pantruche*? ¡Nunca! *Pantruche* no está para Von Gluck. ¡*Pantruche* es para mis morros!

Se llevó a Mousse a la cantina. Llevó a cuantos encontraba. Allí vació el bolsillo, quedándose con lo justo para el viaje. Luego vagó por el patio, gastándoles bromas a los compañeros:

—¡Aquí os quedáis, en este palacio! ¿No os da vergüenza pudriros aquí? ¿Dónde tenéis los nervios? ¿Tenéis sangre de horchata?

Interrogaba incluso a los que no había visto nunca:

—¡Eh!, tú, so feo, ¿te gusta pudrirte aquí? Bueno, no somos del mismo barro. Tres días en *Pantruche*, y luego, ¡en marcha!; visita a los “boches”; ¡eso es vivir!

En diciendo esto se volvió hacia el pabellón de la tesorería, donde medio centenar de hombres se pasaba el día emborronando papel, entre montones de expedientes, en una atmósfera tibia. Continuó con más ardor:

—¿Y esa garita? ¡Llena de emboscados! ¿Cómo vive esta gente? ¡Cuantísimo zángano! ¡Ven, ven a verlos, y admíralos!

Andaba, llevándose tras sí a su amigo; entró, como lo decía. Había una vidriera. Se paró en seco; luego, mostrando la oficina continuó explicándose en voz alta:

—Mira esto: ¿no te da lástima? Y tienen ahí a Joffre..., tienen un retrato de Joffre en la pared.

Cruzaba los brazos con indignación, y con un tono en que había cierto estupor, exclamó:

—¿Qué aguardará para volverse de espaldas?

Así llenó las lentas horas de espera, y cuando por la tarde dieron al fin los permisos, miró el suyo y dijo:

—¡Tres días..., tres días justos! ¡No se les hubiera gastado la pluma por ponerme uno de suplemento!

Tenía por costumbre gruñir de contento, como los buenos perros guardianes.

En el tren, se asomó a la portezuela en cuanto llegó a Ver-

salles; en Malakof iba ya en el estribo; saltó al andén en la estación de Montparnasse antes que nadie.

Luego corrió a su casa.

Llegó a la calle de la Gaité a medianoche, muy contento por no haber avisado. Repicó alegremente.

Su madre lanzó un grito:

—¿Eres tú...? ¡Oh! ¡Eres tú...! ¡María, es él!

Y María respondió, acudiendo veloz:

—¿Es él...? ¿Cómo? ¿Es él...? ¿De verdad eres tú?

Las tomó en brazos, levantándolas del suelo, y dijo:

—¡A ver si os ahogo! ¿Y el chico?

—¡Bueno! ¡Durmiendo!

—¡Qué descarado...!

Fue a despertarle, y se le comía a caricias, saltándosele las lágrimas.

Y mientras, su madre encendía bujías por todas partes, y María empezaba a hacer café, gritando:

—¿De modo que te has batido? ¿Cuántos has matado? ¿Qué sentiste al recibir el balazo?

Gaspar, con su chico en brazos, respondió solemne:

—¡Os contaré todo por orden!

Y comenzó el relato de su campaña, de la vida en el hospital y en el Depósito.

—¡Ah! ¡Nos apuramos poco, os lo aseguro; son nuestros...! ¡Y hay que ver las jetas que tienen! ¡Son verdaderos cochinos, no hay más que verlos...! Y luego, ¡qué granujería! ¡Unos bestias, que tiran sin avisar! ¡No miran nunca si anda uno por allí! ¡Os hubiera traído una pelleja de “boche”, pero es muy dura y no se come! ¡Además, huele mal y apestaría la casa!

No tenía ojos bastantes para contemplar su casa.

—¡Ay! ¡Volver al chiscón! ¡Qué gusto! Esto está limpio y bonito.

María, sonriendo, dijo:

—Cuando no hay hombre, ¿verdad?, es más fácil.

En el aparador había un retrato de Joffre. Gaspar dijo con negligencia:

—Se le parece.

—¿Le has visto?

—He visto una carta de su chófer. Parece que es muy buenazo.

—¿De veras?

—Con el corazón en la mano. Lluven las propinas.

Las mujeres escuchaban admiradas. Con tono penetrado de emoción, le dijo a su madre:

—¿Y esta pobre abuela, tan bizca como siempre?

La madre respondió muy jovial:

—¿Y tú, sigues con la nariz torcida?

—Como siempre..., por más que la caliento. Cuando fumo en pipa, pongo el hornillo debajo; y en cuanto la nariz se caldea, la traigo a su sitio; luego, al enfriarse, se tuerce otra vez; ya sabes lo que pasa.

Los tres se reían. Gaspar continuó:

—¡Ah! *Pantruche*..., verle otra vez...

De pronto se levantó:

—¿Y la tienda? ¿Y los caracoles?

Bajó con una bujía... Subió melancólico:

—¡Es la guerra...! Quizás los han movilizado también...

Miraba a María con ternura. Hallaba en su rostro una expresión leal, de mujer sincera y sin picardía. No ignoraba que su mujer nunca había tenido mucha disposición para el comercio; se había "juntado con ella", primero, porque nació el chico; luego, lavaba bien, era cuidadosa y buena, nunca colérica. Un día Gaspar le tiró la sopa a la cabeza: María lloró sin responder, y avergonzada, dijo: "¡No mayes más! ¡Voy a hacer yo otra!"

En aquella noche de su llegada, después de beber el café que acababa de servir María, todos los recuerdos emocionantes se agolpaban en la memoria de Gaspar. Radiante estaba al encontrar su vivienda en tan buen orden. Miraba la cama donde iba a acostarse con María. Y al besar al niño, dormido en sus brazos, sintió de súbito tanta gratitud por aquella leal mujer que se lo había conservado, cuidado y alimentado bien, que empezó a balbucir:

—No sabéis... Se me ocurre una idea... Es por la guerra... La guerra le da a uno ideas... No es que yo fuese una cabeza vana; pero en fin, uno tiene ideas que no tenía antes de la guerra... Oye Bibiche (así llamaba a María), ¿no crees que sería mejor que nos casáramos?

Se quedó sorprendida, y dijo:

—Sí..., pero...

Con todo el candor de su alma franca y sencilla, repuso:

—Así pienso yo..., y como pienso así, creo que es mejor no esperar, para no pensar más en ello.

La madre, inquieta, preguntó:

—¿Es que tienes miedo de que te maten si vuelves allá?

—¡Qué ocurrencia! ¡Matar a Gaspar! ¡Me chocaría! No es eso; pero como hay que hacer limpieza general y después habrá que arreglarlo otra vez todo, me parece que cada uno debe poner sus cosas en regla. Aquí está este crío, que no es carne ni pescado; antes de la guerra no se necesitaba más. Después, cuando se lave toda la ropa sucia, me dolería que no fuese legítimo.

Y encarándose con el chico:

—¿Verdad, muñeco, que quieres ser legítimo?

¿Comprendieron su pensamiento las dos mujeres? Como quiera que fuese, mirábanle con ternura, y la madre, despeinada, repetía, alterado el semblante:

—Sí, hijo mío... Tienes razón; hazlo, hijo mío.

Ya no abandonó su idea. Tres días de permiso; nada que hacer; falta de tiempo para dedicarse de nuevo a los caracoles. Iba a casarse.

Al día siguiente, a las nueve, corrió a la alcaldía.

Allí le dijeron:

—Imposible en menos de cinco días.

Mostró unos papeles:

—¡Pero como hacen falta cinco!

—Entonces, ¿de qué sirve la guerra?

—¡Déjenos en paz!

Volvió fuera de sí. El chico se le enredó en las piernas.

—Papá..., oye..., papá..., no te matarán en la guerra, ¿verdad?

De nuevo se le saltaron las lágrimas, y aporreando la mesa:

—Quiero que sea legítimo, ¡ea!, quiero que sea un crío legítimo.

Salió. ¿Adónde? A la alcaldía, a mandar que publicasen las proclamas. Había tomado una resolución: por su propia autoridad se otorgaba otros dos días de permiso. ¡Y qué le importaba todo! ¿El calabozo? ¡Bah! Se iría directamente a ver a los "boches".

Radiante, fue a decir a María y a la abuela:

—Está arreglado. He ido al gobierno militar... Había un general... Me ha dado dos días más.

María no salía de su asombro.

—¡Qué generales tan simpáticos! Antes de la guerra, eso sería increíble.

Gaspar continuó:

—Hacía falta la guerra para enterarse de ciertas cosas. En el hospital he visto yo señoritas de "la alta" (su padre debía de

tener el riñón bien cubierto); pues, bueno, me desocupaban el lebrillo. ¡Sí, sí! ¡Hay que haber visto esas cosas!

A no ser por el empleado de la alcaldía, al que encontraba repugnante, hubiese creído en la fraternidad universal.

Se dio a ver en el barrio, exhibiendo el capote agujereado, exigiendo que palparan la nalga: “¿No se nota que falta un bistec?” En casa del tío Criquetot, dueño del bar, se alarmó por la ley prohibitiva del ajenjo.

—¿Entonces..., ya no hay alpiste?

—¡Chist, vente por acá!

El otro le llevó a la trastienda. ¡Ah! ¡Qué bromazo! ¡Nunca había bebido tanto! Para corresponder, Gaspar le hizo confidencias: “¡Voy a legitimar al chico...!” Se lo dijo también al carnicero, al frutero, a la portera. ¡Estaba tan orgulloso!

Después, deseoso de comprarle un sombrero a su mujer y otro a la “abuela” para el día de la boda, como no tenía un cuarto y las mujeres no cobraban más que la pensión, y no se podía esperar nada de los caracoles —al contrario, hablaba Gaspar de llevarle algunos al capitán, regalados—, tomó una resolución heroica, vender lo más caro que tenía..., en ambos sentidos del vocablo...: sus libros... Sí; los libros que colocaba debajo de la cama, de los que decía a Mousse: “¡Qué gusto, los libros, cuando cuentan bien!” Pues bien; por su hijo los sacó del rincón oscuro en que dormían, enpolvándose desde el 2 de agosto; los tomó todos: Dumas, Hugo y los restantes, y amontonando poetas y prosadores en un carrito de mano, bajó, tirando de la carga, hasta el muelle de Grands-Augustins. Su corazón se acongojaba; pero poniéndose a silbar, Gaspar se decía: “Quiero legitimarle...”

De cincuenta volúmenes sacó ocho francos. Estuvo a punto de dar en la prevención: ¡tanto insultó al librero!

—¡Cara de mico! ¡Sanguijuela! No tengas miedo: ¡te cedemos a los “boches” a cambio de Alsacia-Lorena!

El otro era un judío repulsivo, a quien los insultos no le impedían contar ni examinar detenidamente la mercancía. Al pronto permaneció callado y tranquilo; pero Gaspar vio de súbito, sobre un montón de libros antiguos, un tomito verde: *Trozos escogidos de Esquilo, anotados por Gustavo Mousse*. Era de su compinche. Instintivamente puso la mano encima.

—Esto, es claro, va de regalo.

Entonces, el judío protestó y empezó a aullar. Gaspar se escapó: el judío pidió ayuda a Dios y al rey.

Gaspar, a quien no pudieron dar alcance, entró en su casa con el librito verde.

Lo abrió por varias páginas. Vio varacteres griegos, que no entendía. Después leyó notas como ésta, que parecían, no obstante, escritas en francés: "Aquí empieza la parte yámbica de las plegarias sobre la tumba"; o esta otra: "Que Zeus Alexeterios sea bien nombrado para la ciudad de los Cadmeos."

Cerró el libro, rascándose la cabeza, y dijo:

—Tendremos que hablar de esto...

Dio los ocho francos a las dos mujeres para que se compraran sendos sombreros, y se casó al quinto día.

Se casó civilmente, y también en la iglesia. La "abuela" le arrancó sin gran esfuerzo esa concesión a sus ideas. Es verdad que se apresuró a decir:

—Tengo una hucha. Lo que cueste, yo lo pagaré.

Pero el hecho de que una misa costase dinero, volvió a Gaspar al mal camino de sus antiguos odios.

Al regresar, dijo:

—No es por decir..., no quiero decir nada..., a mí no me toca decir... Pero el santón se cisca en nosotros... ¡Llevar cinco francos por eso! ¡Pronto ha ganado el jornal!

—Pero como quien paga soy yo... — dijo tímidamente la madre.

—Sí... Me es igual... Pero, abuela, ya tienes que ser santurrona.

María escuchaba: casi le daban ganas de reír. Gaspar continuó:

—En fin... ¿Por qué me diste una religión cuando yo no tenía edad de razonar?

La vieja replicó:

—¿Pero por qué no quieres creer en Dios?

—No se trata de Dios. Yo tengo un chico: quiero que sea ciudadano libre.

El chico, que se le agarraba a las piernas, empezó a dar chillidos.

—Ya ves, me entiende, y dice que sí; no quiero que a este chico le lleven al cura. Cuando tenga quince años, le diré: escoge, eres libre, y puedes hacerte judío si te place... Pero no te lo aconsejo..., por los cochinos morros que tienen. ¡Y no hay más!

María se echó a reír, y la madre repuso:

—Sin embargo, las hermanitas te han cuidado bien.

Protestó:

—¡Las hermanas... no son los curas! Si sor Benigna hubiese estado en París, la hubiera convidado a la boda.

—Los curas son lo mismo.

—Los hay... Yo he visto uno que vaciaba por mí la bodega.

—¿Lo ves? — dijo la madre.

—Sí...; pero ese que ha cobrado cinco francos por una misa...

—Habla ya de otra cosa — dijo María.

¡Otra cosa! ¡Pero si no podía decir lo que pensaba! De tiempo en tiempo decíase con angustia: "Hace cuarenta y ocho horas que debía estar de vuelta." Entonces procuraba aturdirse con discusiones sobre los amputados. "¿Vale más perder un brazo, o una pierna?" Contra la opinión general, prefería perder un brazo. Trotar, rodar por esas calles, era toda la vida. Una vez más contó sus hechos y gestas y los efectos del 75. "¡Que si tira de prisa! ¡Y hay que ver a esos cochinos! ¡Vaya un baile!" Y como hablar le daba sed, bebía un trago a la salud de todos los amigos que encontraba. Así, había llegado a una suave beatitud, cuando con la "abuela", su mujer y su hijo, ya legítimo, pidió el billete en la estación de Montparnasse.

Al visar el permiso, el empleado dijo:

—¿Con retraso? Se ha caído usted.

Respondió:

—¡A callar! Yo no te pregunto si te pagan por ser mal educado.

Pero su mujer se alarmó. Entonces, con rostro plácido:

—¿No te he explicado que he visto a un general? Estos permisos son como los billetes de baños de mar: tienen prórroga, ¿comprendes?

Como para entrar en el andén había que pagar diez céntimos, la "abuela", acongojada, se sacrificó. Le estrechó con toda su fuerza, balbuciendo contra su mejilla, con voz temblona como su pobre corazón de madre: "¡Hasta la vista..., hijo mío..., adiós!" Y se quedó con el niño, mientras su mujer le acompañaba.

Delante del vagón besó a su mujer repetidamente, como un hombre que piensa con satisfacción: "Es mía; no hay engaño posible. Es mía y muy mía. Está escrito en la alcaldía." Luego, viéndola pálida y con los ojos inquietos, le dijo las tres palabras que encierran toda la filosofía de los parisienses — quizás incluso la de nuestra raza —; tres palabritas que quieren decir: ya no somos niños; aún hay recursos; no se ha perdido todo; quizá todo se gane; casi todo se arregla; la tierra sigue dando vueltas,

y Dios no debe de ser... un mal hombre; todo esto se mezclaba en el cerebro de Gaspar cuando, antes de subir al tren, dijo con mucho cariño:

—¡Bibiche..., no te apures!

Cuando llegó al Depósito, con cincuenta y tres horas de retraso, el furriel exclamó:

—¡Bien, hombre; ya verás lo que te espera!

Gaspar tomó un aire digno:

—Lo primero, ¿con qué derecho me tutea usted? Después, me parece que yo no hablo con usted... ¿Es usted el jefe? ¿No? ¿Entonces!

Pero el jefe acudía. ¡Dos noches llevaba Dupouya sin dormir! De antemano rumiaba el parte. Farfulló:

—Bueno; ¡qué bonito! ¡Un hombre movilizable! ¡Consejo de guerra y trabajos forzados!

Gaspar se plantó:

—Me explicaré ante los oficiales.

No tardó en llegar el teniente.

—¡Ah! ¿Está aquí el desertor? ¿Qué ha pasado?

Gaspar, muy tieso, respondió:

—Pido hablar con el capitán.

El capitán había estado en la guerra. Parisién, amigo de Puche, Gaspar no tenía miedo del capitán. Sin embargo, cuando le abordó, no le halló risueño ni indulgente. Gaspar empezó con voz confusa:

—Mi capitán..., la culpa es de la alcaldía. Yo les decía que se fijasen en el permiso; pero me han dicho que eso no tenía nada que ver, o que el chico seguiría siendo bastardo. Y eso es lo que me traía a mal traer. Esa idea no me dejaba volver. Mi capitán, yo no quería que se dijese si me matan: "Gaspar era un haragán; la prueba es que su chico es bastardo." Mi chico ahora lleva mi nombre, y si los cochinos "boches" vuelven a las andadas dentro de veinte años...

—Bueno —dijo el capitán—; pero como hay un reglamento, no tengo más remedio que meterte en el calabozo.

—Mi capitán —dijo Gaspar—, pido que me envíen en seguida a romperles la jeta a los "boches".

—¿En seguida? —dijo el capitán—. ¿Te figuras que hay salidas cada tres minutos como en tu tranvía de Montparnasse? Imposible antes de diez días.

—Escuche, mi capitán: se trataba de mi chico...

—¡No es sólo tu chico! —dijo el capitán—. También has tenido una cuestión con un gendarme... Ha dado parte. ¿Qué mosca te había picado al marcharte? ¿Has insultado a un gendarme?

—¿Insultado? —dijo Gaspar—. ¡Qué zopenco! Oiga usted, mi capitán: yo le contaré a usted lo que pasó... Al marcharme, iba yo por mi camino, cuando de pronto veo un “guiri” detrás de mí...

—¡No uses palabras incorrectas!

—Pues... le veo, y aprieto el paso. Pero el otro hace lo mismo. Le oía taconear, tacónear... Yo no le conocía: ¿era de mi familia? “¡Este parroquiano —dije entre mí—, se cree que ha cogido a uno: ahora verá!” Yo, la verdad, no tenía nada que reprocharme... Entonces troté, y él también; me alcanza y me dice: “¿Por qué corre usted?” Yo digo: “¿Por qué corro? Porque tengo prisa.” Entonces dice: “¿Qué le pasa para tener prisa?” Yo le digo: “¿Qué me pasa? Bueno; pues que voy retrasado.” Entonces me dice así: “Me ha hecho antes venir corriendo desde la plaza de Armas; parece como si huyera usted.” “¿Huir —le dije yo—; por qué tengo que huir?” A esto me dijo: “Bien: ¿lleva usted un permiso?” Y respondo: “¿Si llevo un permiso? Es probable que lleve un permiso.” Entonces me dice: “¿Cómo es que no lo enseña usted si lo tiene?” “¿Cómo es que no lo...?”

—Oye —dijo el capitán—, ¿estás tomándome el pelo después de tomárselo al gendarme? Le has hecho trabajar, ¿no es eso? Luego, de una cosa en otra, has llegado a decirle que preferirías ser “boche” a gendarme.

—Mi capitán, es que...

—¡Basta! Por de pronto, al calabozo. Después, ya veremos.

Era terminante y claro. Apenas tuvo tiempo para estrechar la mano a Mousse, que había regresado con puntualidad y parecía contrariadísimo por aquel incidente. Llevaron a Gaspar al calabozo, donde pasó la noche. Salió al siguiente día: su rostro daba miedo. Contaron sus compañeros que había pasado llorando parte de la noche, y diciendo:

—¡Ya no hay justicia! ¡Ni uno solo de los chicos que tenga será legítimo! ¡Serán todos bastardos, puesto que en este cochino país, para que un niño sea legítimo, se necesita que el padre duerma en el calabozo!

Pero el capitán, compadecido al verle la cara, le dijo:

—Gaspar, no necesitas cumplir los ocho días... Piden veinte voluntarios para dentro de cuarenta y ocho horas: ¿se cuenta contigo?

—¡Que si se cuenta! — exclamó Gaspar.

—Entonces, durante estos dos días, ayudarás en el almacén. Vas a vestir a los quintos.

—Entendido. Ya conozco el oficio.

Pero en aquel momento apareció Dupouya. Llevaba el parte: una chispita fulguraba en sus pupilas. Gaspar frunció el entrecejo. “Sí: en el parte hablaban también mucho de él. Queja de la Prefectura de Policía.”

El capitán enrojeció de cólera.

—¡Vamos! ¡Ahora, en París! ¡Con un agente! A falta de gendarme, te has desquitado con un agente.

—Mire usted, mi capitán, lo que es eso es mucha desgracia; porque verá usted lo que pasó: Llegaba yo a Montparnasse con la “abuela”, mi chico y Bibiche... Bibiche es mi mujer, que yo llamo Bibiche... En fin, en la puerta me paro a mirar por última vez la plaza, cuando un guidilla...

—¡Ya te he dicho que uses palabras correctas!

—Cuando un..., bueno, lo que sea, me dijo: “Entre o salga, pero no se esté ahí.” Entonces..., quizás hice mal, lo reconozco, quizás hice mal, le digo: “Bien está: guárdate esas leyes para el tiempo de paz: no vayas a querer mandar en un peludo.” Al oírme se puso del color del quepis, y me preguntó nombre y apellido, matrícula, edad de mi madre... Todo se lo dije, halagado por tanto interés. Después le dije: “¡Anda, piojoso! Yo no te pregunto el nombre: ya sé que es “cara de estaca”, ni lo que haces, porque nunca has hecho más que amolarnos...”

—¿Le dijiste eso?

—¡Ya lo creo que se lo dije!

—¡Y te recreas en contarlo! ¡Anda, anda, al calabozo!

—¿Pero... y vestir a los quintos?

—Al calabozo... ¡De cabeza!

Explicándose con el capitán, había recobrado su semblante habitual: lo perdió otra vez en cuanto le encerraron. Había tenido el tiempo justo de ver a Mousse, que se arrastraba como alma en pena.

A Gaspar le sacaron del calabozo al cabo de veinticuatro horas, en lugar de cuarenta y ocho: el embarque de los voluntarios se adelantaba. El capitán le llamó.

—Te vas en seguida. ¿Estás contento?

—¿En seguida? ¿De veras? ¿Mi capitán, viene con nosotros?

Voz del corazón. El capitán comprendió. Le estrechó fuertemente la mano, deseándole buen ánimo, y después:

—Ven a verme cuando estés equipado — le dijo.

Gaspar se había olvidado del calabozo: exultaba.

Pero... no había salido de la oficina, cuando llegó una nota del comandante mayor, acompañada de un parte de la Aduana, acerca del soldado Gaspar, que al volver de permiso, y habiéndosele sorprendido un litro de alcohol de que era portador, “se mostró incorrecto y brutal con los aduaneros”.

Aquella vez el capitán no salía de su asombro. “Tiene los demonios en el cuerpo”, dijo. Y con letras gordas escribió en el papel: “Enviado al frente.” Después exclamó:

—¡Qué salvaje! Que se vaya ahora mismo; ¡no quiero que esté ni un segundo más en la compañía! Acabarán por sumariarle.

—Ya se lo tengo dicho — observó cautelosamente Dupouya.

—No quiero volverlo a ver bajo ningún pretexto — dijo el capitán —. Que se largue.

Transmitieron la orden a Gaspar, y se aterró. Cabalmente estaba ya dispuesto: el morral lleno, cargada la mochila, colgado el fusil; iba a presentarse. Entonces se confió a Moreau, por quien sentía ahora cierto desdén; pero en el momento de partir, ¡se olvidan tantas cosas! Así pues, le dijo:

—Escucha, tú... El capi está furioso. Lo comprendo. Lo reconozco: he hecho muchas gansadas; pero eso de marcharme así me sabe mal, porque, en el fondo..., es un buen sujeto, que no se le habrá encogido el ombligo delante de los “boches”... Así, te diré: quisiera, al marcharme, ¿entiendes?, como recuerdo..., dejarle unos caracoles que he traído de *Pantruche*, de mi tienda, riquísimos... Aquí están...; guárdalos...; se los darás, ¿quieres? Le dirás: “No lo tome usted a mal, son de la boda de Gaspar, que le está a usted agradecido por haberle facturado tan de prisa.” Y luego, me escribes, ¿eh?, si le ha hecho gracia. Me agradaría que le gustase. Yo, ya lo ves, me voy y estoy alegre. Y mi compinche, el señor Mousse, un verdadero compinche, mírale: también está contento... ¡Qué quieres! Es como en las barracas de feria: “Vayan pasando, señores “boches”, vayan pasando! ¡Vamos a empezar antes de cinco minutos!”

Aquella vez salían veinte del cuartel; no era ya la solemne partida para la guerra: era un refuercillo para una compañía del

frente. Pero, con Gaspar, hasta un puñado de veinte hombres toma en seguida un talante magnífico.

Iba en primera fila, al lado de su tercer gran amigo, y de nuevo se encaminó hacia las batallas, con paso bien medido y gesto burlón. Mousse, que no acertaba a adoptar una actitud, escuchaba con curiosidad los latidos de su corazón, y le admiraba que una ciudad pequeña y mediocre, donde acababa de pasar tantos días lamentables, se convirtiese de súbito para él en una cosa importante, que casi tenía miedo de no ver ya más.

En la estación, un comandante esperaba a la pequeña fuerza para embarcarla. La cabeza expresiva de Gaspar atrajo sus miradas, y dirigiéndose a él, dijo:

—¡Bravo, voluntarios! ¡Buenos franceses, valientes!

—Nosotros —dijo Gaspar, que se había puesto encarnado de placer— somos buenos compinches, y queremos acabar con los “boches”. Son nuestros, y aunque nos maten y nos destrocen, no importa.

—¡Viva Francia! —dijo el comandante.

—¡Viva Francia! —respondieron los soldados.

Los instalaron en dos departamentos de tercera, y el comandante desapareció. Gaspar, al despojarse del equipo, dejó caer del quepis una pequeña fotografía.

—Pierdes a tu mujer y al chico —le dijo tranquilamente Mousse.

La frase impresionó a Gaspar.

—Si los pierdo..., ya los encontraré —dijo.

—Y si no los encuentras —dijo uno—, el daño no será mucho, puesto que has ido a contarle al comandante que te gustará que te apiolen.

Gaspar irguió la cabeza. ¿Acaso le reprochaban su arranque patriótico...? ¿No había estado, en efecto, un poco fanfarrón...? ¿Qué pensaba el señor Mousse, que por ser más instruido sentía más finamente las cosas..., y no decía nada?

En suma: experimentó la necesidad de conciliar en voz alta, ante sus compañeros, sus sentimientos, un poco contradictorios: deseo de ser valiente, y temor de perecer, quizá. Entonces, confesó llanamente, con su leal corazón de siempre:

—¿Sabes tú?, el comandante es un mozo que entiende el oficio... Y si es bueno con nosotros, no hay para qué soltarle coces... Yo... Yo creo que le gusta mucho oír cosillas como esa.

## CAPITULO VII

TRAS de veinte horas de traqueteo, de somnolencias pesadas y de pegajosos despertares, Gaspar y sus compañeros desembarcaron en una comarca indeterminada, gris, fría, brumosa, donde una lluvia fina los envolvió en seguida. En el andén fangoso de una pequeña estación encharcada, un territorial gordo, que estaba de centinela, les dijo:

—¡ Ah! ¡ Qué suerte la vuestra, muchachos! ¿ Venís del Depósito?

—¡ Qué hay con eso! — dijo Gaspar.

—Pues que os hubiera valido más seguir allí.

—¡ Esencia de remolacha! — exclamó Gaspar —. ¡ Hornillo económico!

Y mirándole fijamente:

—¿ Cómo eres tan batata?

—Bueno, bueno — dijo el otro —; ya verás.

—¿ Quieres no amolar? ¡ Me caso con todo!

—Venís al bosque de la Matanza, ¿ sabes? Nadie sale. Te frien al instante.

—¿ Y a mí qué me cuentas? — dijo Gaspar.

—¡ Vamos, basta de hablar! ¡ De a cuatro, marchen! — dijo el sargento.

La lluvia azotaba los ojos. Tronaba el cañón. Mousse no decía nada: sentíase yerta el alma.

La fuerza costeó un bosque, ahogado por la bruma, y los pies se pegaban a los montones de hojas secas: desembarcó después en un camino más ancho, y de pronto surgieron de la niebla unos artilleros con sus caballos, sus armones y sus cañones. Los caballos, de pelo largo, chapoteaban en los charcos; las pesadas ruedas hacían saltar el agua de las rodadas; los soldados, arropados en los amplios capotes de campaña, que pendían sobre la grupa de los animales, estaban salpicados de barro. Semblantes hoscos, de brutos derrengados. Para enlodar a veinte infantes basta un cañón que conozca el oficio. Después de pasar dos baterías, Gaspar y su

pandilla parecían escapados de una laguna de fango. Gritaban a los otros:

—¡Pedazos de brutos, ahí subidos...!

Pero los otros pasaban indiferentes, tiesos, clavados, como si formaran una sola pieza con los caballos y los arneses; siluetas compactas sobre la bruma gris: fuertes, macizos, pesados, tristes, arrastrando por los caminos el hierro fragoroso. A su lado, ¿qué es un grupito de soldados a pie, que van a hacer la guerra con sus flacos fusiles? Así lo comprendieron.

Anduvieron un cuarto de hora en silencio, y llegaron frente a las ruinas de unas casas que, aun derruidas, guardaban nombre de pueblo. Algunos muros subsistían en pie; las habitaciones se habían convertido en patios, y había montones de piedras aplastadas, ennegrecidas y enrojecidas, de entre las que salían vigas, como brazos levantados, para decir: “¡Socorro!” ¿A quién socorrer? No quedaba nada. Derrumbamiento y muerte. Ya nada vivía. Sin embargo, hubiérase dicho que las piedras se movían, que salían de ellas bultos negros, que surgían hombres de aquel vasto aplastamiento.

—¿Qué es eso que se ve? — preguntó uno.

—Son peludos — dijo Gaspar.

—¿Qué hacen ahí metidos? — preguntó Mousse.

—Están acantonados — explicó el sargento —, y nosotros vamos a hacer lo mismo.

Detuvo a su gente ante un trozo de pared en que había una ventana que ya no se abría sobre nada, y una persiana colgando.

—Ahí es — dijo —; sigan...

Dieron la vuelta a la pared, y entre grandes piedras vieron un agujero en el suelo, por el que sobresalía una escalera.

—Vayan bajando uno por uno, sin romperse los remos.

Mousse preguntó:

—¿Es la entrada de los infiernos?

El sargento replicó:

—Es la décima compañía.

Del agujero salía un olor fétido a pipas apagadas, a comida y a sebo, y hundiéndose en él se llegaba a una cueva, donde flotaba una turbia luz de respiradero entre bultos oscuros, acurrucados o echados.

—¡Calla! ¡Unos quintos! — dijo una voz.

Fue más un gruñido que una exclamación; y Gaspar, sorbiendo el aire viciado, dijo en seguida:

—¡Qué peste! ¿Hay siquiera alguien de la calle de la Gaité?

—¡Eh! ¡Aquí, muchacho!

Y un sujeto enorme surgió de un rincón oscuro. Estrecháronse la mano riendo. Después, Gaspar trató de ver mejor aquella cara que le dispensaba tan jovial acogida, y repuso, recelosa la mirada:

—¿Tú, de la calle de la Gaité?

El otro, que tenía una boca sin dientes, emboscada entre pelos amarillos, respondió, abriéndola cuanto pudo:

—No hay duda, ¡soy de junto al canal!

—¿Del canal?

—Al lado de la Fernanda.

—¿La Fernanda?

Le puso una mano en el hombro.

—¿Me la quieres pegar? ¿De qué pueblo eres?

—Bueno. Soy de L...

Entonces, Gaspar le remedó:

—¡Bueno, soy de...! ¡Habrás calabaza! ¿Y a eso lo llamas la calle de la Gaité? ¡Zopenco...! ¡Y decir que esto es un elector!

Mousse ya se había sentado. Gaspar fue a tumbarse junto a él. Había en el suelo una paja húmeda y terrosa.

—Esto me parece algo fangoso — dijo Gaspar.

—El señor sale quizá de un lecho de pluma — dijo una voz.

—No te apures; ya lo babearás — dijo otro.

—Bien está; ¡me importa un rábano! — repuso Gaspar.

Se calló. Oíase a tres soldados jugar a las cartas: "Treinta." "Treinta y dos." "Paso." "Treinta y cinco." "Treinta y ocho." "¡Qué bruto!" "¡Cuarenta!" "¡Qué animal con suerte!" Con el silencio, el ruido de un hilo de agua con que se atragantaba el respiradero, recordaba la estación invernal; Mouse tenía helados los huesos. Dijo tranquilamente:

—Aquí va uno a reventar.

Gaspar repuso:

—¡Pobre madre! ¡Si vieses a tu hijo!

Luego añadió:

—¿Cuándo se come?

El lugareño de la barba amarilla mostró de nuevo su faz, hosca y amable al mismo tiempo.

—Ya hemos picoteado, mocito.

Gaspar respondió colérico:

—¿Cuándo hemos picoteado? ¿Quién te mete a ti en esto? Yo

he comido una galleta, ¿comprendes? ¿Y qué quieres que haga con una galleta en el estómago, un día de lluvia? El Gobierno dispone de mí, pero ha de darme de comer, o si no van a oírme.

—Estate tranquilo, que los ministros bien gordos están; no roen huesos.

—¿Quieres un poco de chocolate que tengo? — le dijo Mousse con voz tranquila.

—¡Quiero la ración del Gobierno!

El sargento, que había salido, se precipitó a la cueva por la escala, y gritó:

—Preparados esos de ahí dentro; hacen falta refuerzos.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? Se va a dar un ataque.

Entonces se oyó un gruñir prolongado: suspiros, juramentos, voces de: “¡Yo estoy enfermo...!” “¡Yo también...!” “¡No me muevo más; aguardo las marmitas aquí!”

Después, todos, uno tras otro, se prepararon, no obstante; e injuriándose mutuamente, bostezando, cargados, pesados, treparon por la escala, que crujía bajo sus recios zapatones.

—Pero nosotros — dijo Gaspar —, que acabamos de llegar, no iremos.

—¡Vaya! — dijo el sargento —. ¿Estáis exentos de que os abran en canal?

—No se trata de eso. Es que no hemos comido.

—Ande, ande fuera, ¡y prontito! Me parece que usted es de los que escurren el bulto.

—¿De los que...? — exclamó Gaspar —. ¡Ah! Lo que es eso... como lo repitas..., ¿sabes tú..., por más que seas sargento...

—¡Pues para qué se me descara usted!

—No me descaro. Pido que me den de comer.

—¿Y qué puedo darle yo a usted para que coma? ¿Quiere usted mis hombreras?

—¡Oh! Bien está: no hagas ahora el mandón.

—¿Qué dice usted? Como vuelva usted a decir eso..., aunque sea usted parisiense...

¡Ffchhs...! ¡Rongg...!

—¡Recristo!

Una marmita..., en el pueblo..., a cincuenta metros. Los oídos de Gaspar recordaron de pronto el terrible ruido de la guerra, y Mousse, que subía la escalera, quedó clavado por la violencia de la explosión.

Fuera, los soldados no parecían emocionados. Algunos atacaban las pipas.

—¡Marchen! — dijo el sargento.

Eran unos cincuenta, con estacas en las manos. Bien o mal, formáronse de a cuatro, y anduvieron a paso lento por el barro.

¡¡Fchss...!! ¡Bong! ¡Bangg!

Otra más. A cien metros, el firme de la carretera voló en toda su anchura.

—¡Aquí... nos joroban! — dijo Gaspar.

Y refunfuñó: “¡Pobre madre, si vieses a tu hijo!”

—No te apures — dijo uno —. Vamos a entrar en la zapa.

Dieron tres pasos en un campo, donde los pies se hundían hasta los tobillos, y bajaron entre dos surcos a un angosto pasadizo donde se hundían hasta las rodillas. Ya no era tierra, sino fango, y la zanja, más alta que un hombre, era tan estrecha, que la mochila y el fusil se enganchaban en las paredes.

—Ya se me ha atrampado el fusil — dijo Gaspar.

—¡Ea! ¡El quepis al agua!

—¡A ver si avanzáis, quintos! — dijo un peludo detrás de ellos.

¡Avanzar! Pataleaban en una pasta pegajosa, de la que había que salir a cada paso. El pie resbalaba, la mano se aferraba a las paredes, y se hundía también en barro. El fusil se escurría del hombro; la mano, embarrada, le sostenía y le enlodaba. En menos de cinco minutos, armas y ropas, todo el hombre, estaban viscosos, untados; y los cincuenta soldados que con tanto trabajo iban en fila por una grieta del suelo, tortuosa y desigual, parecían luchar para que el terreno no se cerrase sobre ellos. Codos y pies, manos, lomos y cabeza, trabajaban; amasaban barro, se sumían, se soltaban, resistiéndose a ser engullidos; gemían, juraban, despegándose y emergiendo, convertidos en topos o en gusanos de aquella tumba, donde, vivos aún, se arrastraban, se agarraban, encenagados, fangosos, desesperados, pero decididos.

La zanja desembocaba en la linde de un bosque destrozado, donde sólo quedaban ramas secas, troncos rajados, muñones de árboles; pero era un abrigo suficiente para poder salir. Los soldados se izaron a la superficie.

Apenas habían salido se cruzaron con una compañía que volvía de las trincheras.

¡Ah! Aquellos estaban aún más fangosos, y sus rostros más descompuestos: terrosa la piel, dilatados los ojos, llenos de un vago azoramiento. También traían estacas para sostén de su mi-

seria; pero fuertes aún, transportaban un copioso bagaje, muy sucio, desenterrado. Venían de un campo de surcos arcillosos, donde se veía una hilera de cruces con los quepis encima; y hubiera podido decirse que era el relevo de los muertos, que, levantándose bruscamente, subían de sus hoyos, lúgubres, la mirada fatal, llena de tierra la barba.

Gaspar dijo: “¡Diablo!”

Mousse no tenía aliento para decir nada.

El suelo, viscoso y denso, que les tiraba de los pies se hundía de pronto en un vasto embudo, donde un agua amarillenta dormitaba. Los soldados se detuvieron, y el sargento mandó: “¡Vamos, llenad los bidones!”

—¿De veras? — dijo Gaspar.

Pero los otros parecieron aún más sorprendidos de su asombro. Su vecino, que tenía el rostro descolorido y enmarañado, lleno de pelos hirsutos, le dijo: “¡Sin duda el señor barón bebe siempre agua filtrada!”

—¡A tu abuela!

Y hundió el bidón en el charco; Mousse hizo otro tanto.

Mousse hallábase en un estado singular. Ya no bostezaba como en el Depósito, pero la ansiedad le crispaba los músculos, y tenía por seguro que iba a la muerte.

Invierno, niebla, fangoso y turbio suelo, todo de color de tierra: el agua y los rostros.

Barro, todo de barro, que sepultaba hasta el alma.

Cuando bajó a una segunda zapa que les condujo a una trinchera de primera línea, tuvo la impresión clara de una postrera sumersión, de la que no saldría ya. El agua entrábale otra vez en el calzado; agua fría que al helarle los pies le penetraba todo el cuerpo, y oyó a Gaspar que seguía repitiendo simplemente: “¡Diables!”

La trinchera en que hicieron alto, por encima de la cual volaban silbando las balas, no estaba más abrigada ni más seca que las zanjas por donde, sobre fango gredoso, habían ido con tanta fatiga, agarrándose al suelo fugitivo entre dos muros escurridizos. Había allí, con todo, un parapeto de piedra y una banqueta de barro. Los soldados se sentaron; el agua les llegaba a los tobillos, y no decían nada.

Gaspar estaba entre Mousse y el lugareño grandón, que abría la boca con sarcasmo.

—¿No tienes miedo de ahogarte, mocito?

—¡ Ah... ! ¡ Diablo ! — respondió Gaspar.

Dos soldados fueron a guardar las aspilleras.

Los demás, en silencio, fumaban, bostezaban, se acurrucaban bien en la banqueta, que daba la espalda al enemigo; algunos, con sus manos fangosas, sacaban del bolsillo un pedazo de pan de munición y se ponían a mascarlo con sus mandíbulas fatigadas, pero tenaces.

Una mancha cayó muy cerca, con ruido blando, como si la tierra viscosa la ahogase en seguida. Gaspar, con la cabeza entre las manos, escupió en el agua, que revolvía con los pies.

Mousse se raspó los dedos con una navajita, extrajo del capote un pedazo de papel y un lápiz, y se puso a escribir febrilmente.

Gaspar le miraba.

—¿ Escribes ? — le dijo.

—Sí — repuso el otro —. Es para ti.

—¿ Para mí ?

—Escucha : tengo el presentimiento de que no escapo de ésta.

—¡ Ah !

—Si tú te salvas, guarda esto, y por amistad, llévalo a París, a las señas que van aquí.

—¿ A casa de tu socia ?

—No ; un amigo.

—¡ Ah !

—Es una cuestión literaria que me importa dejar arreglada — dijo Mousse —. Se trata de una edición de Sófocles.

—¿ De qué... ?

—De Sófocles. Te cuento estas cosas sin que te interesen.

—¿ Por qué no ? No soy un zoquete.

—No, pero...

—Bueno, bien está ; calla la boca.

Se volvió hacia el otro lado. Pero había tomado el papel y lo puso en el forro de su quepis, donde ya tenía el retrato de su chico.

Del otro lado, el campesino, que se atascaba la boca de pan, suspiró :

—A mí..., lo que me preocupa, ya ves tú, es mi casa.

Una marmita silbaba en el aire. Gaspar levantó la nariz con curiosidad, y luego dijo :

—¿ Qué te ha sucedido ? ¿ Ha parido un rinoceronte tu mujer ?

—No ; pero es mujer... y no sabe.

—¿ No sabe el qué ?

—Cómo hacer.

—¿En qué?

—Me escribe que el tío Plácido ha cobrado cuarenta perrillas por la vaca que le llevó.

—¿Para qué la llevó?

—¡Bueno! Al toro.

—Entonces, ¿es que me querías dar dinero?

—Dártelo, ¡pobre muchacho! Sí; ¡estoy dispuesto a dártelo! Y los potros, ¿qué será de ellos?

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Es que un potro es lo más difícil de criar.

—¡Pues yo me futro en los potros!

—Sí, sí, eso dirás; pero luego eres como todo el mundo. Un duro es un duro.

—Y un mendigo es un mendigo.

Gaspar se volvió del lado de Mousse, y dijo:

—Estos normandos, qué apestosos son con su dinero. No hablan de otra cosa.

Luego, contemplando sus pies metidos en el agua, y moviéndolos para deshelarlos, añadió, como siempre, una vez más:

—¡Diablo!

Balas. Marmitas. Explosiones. Hundimientos. Y los cuartos de hora fluían, grano a grano, en el desesperante reloj de arena de aquella nueva vida, anonadante, aterradora, en la que los hombres, vagas las ideas, dolorido el cuerpo, esperaban en la niebla, el frío y el barro a que el Destino decidiera mostrarse más clemente. Bajo su frente pasaban confusas imágenes de sus hogares; pero su carne estaba yerta, y arrecidos en sus capotes endurecidos, revolvían pensamientos sombríos e incoherentes, no sabiendo con fijeza por qué padecían, y renegando, jurando, helándose, muriendo, por disciplina, por hábito, como todo el mundo...

Un día brumoso de invierno es ya de por sí tan mortal, que al llegar la noche el hombre apenas se intimida. Gaspar se echó por la cabeza la manta mojada; y Mousse, que tiritaba de frío, se apretó contra él.

La trinchera durante la noche rebulle tanto como por el día. Los soldados duermen, roncan y gimen; pero tiritan y se buscan el uno al otro. Sentados o acurrucados, apelonados, encogidos, apretadas las rodillas, pegados los codos al cuerpo, como si quisieran retener el calor que se les va, se aprietan contra el vecino, mendicantes los hombros: fraternidad física, emocionante, la más sincera.

El amanecer sobre aquellos cuerpos que tiritan es una hora livida, más siniestra que la sombra de la noche. En tal momento, nadie se sorprende de morir; parece que el velo de la muerte les roza los ojos. Vacío el estómago, temblorosa la boca, recíbese la orden de disponerse para el ataque y de calar bayoneta. El ligero ludir de las armas da frío. En la luz pálida brillan lúgubrementes. Si el soldado se llama Mousse, calla; piensa que al saltar de la trinchera va sin duda a dar un brinco prodigioso al otro mundo. Pero si se llama Gaspar, se enjuga simplemente con el envés de la mano el bigote helado por la escarcha, y repite el eterno “¡Diable!”

Es un estribillo.

Muy duro se hace escalar la trinchera cuando uno cree vivir su postrer minuto. Luego, es la sorpresa de no estar ya sepultado: encuéntrase uno más alto de lo que es; y apretando el fusil, crispados los dedos, se empieza a andar gravemente, buscando las balas con los ojos. Llegan de pronto, barriendo toda la anchura del ámbito, y unos hombres se derrumban, sin un grito, pero su caída hacia delante queda contenida por el arma, que se escurre y se clava en el suelo, de suerte que el soldado cae encima, detenido, empalado, en una actitud extraña y pavorosa: muerto, y casi de pie; vivo, medio derribado; horrible de ver, como todos los cadáveres que no tienen aspecto de reposo.

Mousse, en cuanto las balas silbaron, volvió a decir a Gaspar:

—¡Oye..., no olvidarás mi carta!

Y casi al instante las marmitas empezaron a estallar en torno suyo. El enemigo estaba a trescientos metros, le vieron surgir del foso, por grupitos de soldados que se reunían, formando un muro que andaba. Iban, pues, a juntarse, a chocar, a luchar unos en otros. Los franceses, a pesar de las balas, apretaban sus filas.

El muro alemán era cada vez más negro, y se acercaba. Abríanse en él algunos boquetes: soldados que caían. Percibíanse ahora los cascos puntiagudos. Ya no se disparaba; y los soldados, sin un grito, seguían marchando gravemente en uno y otro lado... Pero cuando ambas fuerzas se acercaron a cincuenta metros, se les vio oblicuar, como si alguien las dirigiera desde lo alto: una hacia la derecha, otra hacia la izquierda, en un movimiento envolvente que parecía convenido, o más bien fruto del terror igual de llegar a las manos sin haberse visto. Primero había que tantear, mirarse, tomar tiempo para aborrecerse; hacían como los perros, que se huelen y dan vueltas antes de tirarse dentelladas.

Pero en aquella calma trágica cayeron más marmitas, que desgarraron, mutilaron, llevándose pedazos de hombre y del suelo. Una de ellas derribó con violencia a Gaspar y a Mousse.

Cuando la densa nube negra de su apestosa humareda se disipó, Gaspar, atontado, quiso levantarse. Volvió a caer, y dijo:

—¡Ah...! ¡La pierna...! ¡Diablo...!

La pierna derecha, más abajo de la rodilla, estaba rota, blanda, y colgaba, desgarrado y sangriento, el pantalón; miraba Gaspar, estúpido, mientras sus compañeros, presurosos, adelantando la cabeza, erguido el hombro, pasaban sin hacerle caso.

Llamó con voz cavernosa:

—Mousse... ¿dónde estás?

Una voz respondió:

—Ahí está, en el suelo... Tiene la cabeza abierta como una granada.

Gaspar se estremeció:

—¡Qué! ¿Le han aviado?

La voz respondió, rezongando:

—Es probable que se quede ahí.

Gaspar no tuvo ánimos para decir más. Perdía sangre, y la miraba fluir y hacer una mancha negra en el suelo. Franceses y “boches” se asesinaban: oíanse gritos salvajes. Otra marmita silbó, se abatió, estalló: el suelo se abrió, se levantó, y luego, una enorme ola de tierra fue a posarse blandamente sobre el cuerpo de Mousse. No se le vio más. Los cañones alemanes, que le habían muerto, le enterraban. La metralla le había hecho una herida horrible: en seguida le excavaba una fosa, le tendía en ella y le tapaba. La tierra le recobraba sin ayuda de la mano del hombre. Si la guerra le abatió, también le guardaba. Reposo inmediato a la muerte. Ni cuerpo palpado, ni bolsillos registrados, ni lamentos, ni frases. “Soldado Mousse: desaparecido...”

Gaspar empezó a gemir:

—¡Ah...! ¡Guillermo...! ¡Si cogiese a ese cochino!

Dos camilleros se acercaban, que le tomaron vivamente por las axilas el uno, por los riñones el otro.

—No te agarrotes; déjate llevar.

—¡Sí, sí... —dijo—, sois buenos chicos...; pero como cogiese yo a ese cerdo...!

En una camilla de ruedas, a pesar de las marmitas que se aplastaban en torno suyo, le empujaron hasta un camino, donde otros enfermeros se encargaron de llevarle a la ambulancia. Estaba ins-

talado entre casas en ruinas, en el vasto sótano de una granja despanzurrada por las bombas. Allí bajaron a Gaspar, que ya empezaba a padecer de la herida, y a quien el dolor, bruscamente, le hacía brotar sobre la tela de la camilla.

Dos médicos se acercaron. En seguida dijeron:

—¡Oh! Lo que es a ti..., pobre muchacho..., habrá que cortar...

—¿Cortar? —repitió maquinalmente Gaspar.

—Sí, habrá que cortar por aquí —dijo el primer médico.

—¿Por qué ahí? —preguntó el primero.

—Como a usted le parezca, ¡corte por ahí! —replicó el segundo.

—No, no: lo mismo me da. Cortaremos por ahí... —dijo el primer médico.

Gaspar se los comía con los ojos, haciendo una mueca espantosa y crispando los puños. Luego dejó caer la cabeza, murmurando una vez más:

—¡Ah...! ¡Diablo!

Su campaña de invierno había durado veintidós horas justas.

## CAPÍTULO VIII

**E**L invierno había sido cruel con Gaspar. La primavera le fue leve.

La vio nacer y abrirse en el vasto parque del señor marqués de Clerpaquec, cuyo palacio, en la vertiente de M..., domina toda la verde campiña normanda.

Verde, y blanca, y rosa, cuando en los primeros días de mayo manzanos y perales echan la flor; B... es una ciudad provinciana, chica, curiosa y agradable, encaramada, arremolinada, tan graciosa, en lo alto de aquella gran torta de tierra que domina la comarca. Desde los tiempos de la Liga no se ha guerreado en aquellos frescos herbazales, de suelo rico y migoso; Gaspar, mutilado, pensó en seguida que la vida en Normandía, con una sola pierna, era mucho más gustosa que en la Argona con dos.

Hallábase convaleciente en casa del marqués de Clerpaquec, viejo, rico, tierno, que había puesto el billar, un salón y un mirador a la disposición de la Cruz Roja, diciendo:

—Mándenme los que se hayan repuesto... para que se resta-blezcan.

Tenía los cabellos untados de pomada, patillas cortas, tez sonrosada, agria vocecilla. Era atildado y cómico. Divertíase el tal marqués en cebar y mimar a unos cuantos soldados del pueblo, que con su buen humor y su *argot* le hacían reír.

Pero a menudo los soldados se reían aún más de él. Cuando se retiraba a sus habitaciones, exclamaban entre sí:

—¡Es desopilante este cofrade!

Y Gaspar añadía:

—¡Vaya un acróbata!

Gaspar, en M..., tenía repartidas las horas de su existencia.

A las de dormir y de comer estaba ocupado en casa del marqués en restaurar su salud, y la reponía muy bien.

Luego se encaramaba en sus muletas, y gracias a ellas, con un solo pie, atravesaba de un tirón la ciudad hasta el café de las Golondrinas, en la esquina de la plaza de Armas.

Instalábase allí a beber y hablar, y daba órdenes, aconsejaba, recibía, dominaba, reinaba. El parisién había conquistado aquella provincia.

Al principio le compadecían por su mutilación; pero Gaspar parecía tan jovial, mostraba tal olvido de los horrores de la guerra, diciendo: “¡Un brazo, me hubiera fastidiado, porque las manos son buena cosa para hurgarlo todo; pero una pierna! ¡Cosa más tonta que un pie!” En fin, llevaba su desgracia con tanta holgura, que no tardaron en olvidarse de compadecerle, para no hacer sino divertirse con sus dichos procaces. Por lo demás, tanto buen humor nada tenía de sorprendente: la resistencia del hombre es admirable. Le medio matáis: goza de lo que le queda. Le cortáis una pierna: ¿le impide eso frotarse las manos? Antes andaba: aprende a saltar. ¡Se adapta, se arregla, vive! Lo esencial es vivir. Y mientras se vive, hay que estar contento de vivir, amar el sol y las bromas.

Gaspar había escogido el café de las Golondrinas porque era el más alegre de M...; modesto café, todo vidrieras, en el rincón de una plaza.

De día, la plaza le alumbra; de noche, alumbra él a la plaza. De día, se está bien dentro; de noche, no se puede pasar por delante sin arder en deseos de entrar. Es muy provinciano, pero tiene el encanto de las cosas viejas, con sus columnas guarnecidas de espejos, frisos color crema, donde se ve el Amor disparan-

do flechas; billar deteriorado, una *Guía* manchada, y dos gatos negros, egoístas, voluptuosos, roncadores, que, con la impasibilidad de sus doradas pupilas, denotan hasta dónde puede llegar el desprecio por los hombres, sus bebidas y sus palabras.

Gaspar no se dejó intimidar por aquellos animales superiores. Todos los días entraba cantando:

*Se ha roto la pierna de palo,  
la pierna de palo,  
por montar el caballo de palo;  
se ha roto la pierna,  
la pierna,  
¡la pierna de palo!*

El amo, un cafetero entendido en el oficio, normando marrullero, de ojuelos fruncidos, acudía risueño, solícito y adulador:

—¡Ah! ¡Aquí está el señor Gaspar! ¿Siempre de buen humor, señor Gaspar? ¿Está usted bien? ¿Qué va usted a tomar, señor Gaspar?

—Un vermut grosella, ¡uno! ¡Y servido por Anita!

Gaspar no se privaba de proclamar lo mucho que Anita le gustaba. Era la camarera del café: veinte años escasos, rubia, boba, pero de labios frescos y un contoneo gracioso. Gaspar la miraba servir, y suspiraba:

—¡Ya le contaré yo un cuento a esa chica!

Nunca se acercaba a él sin que Gaspar le hablase, la hiciese cosquillas, le tomara las manos, los brazos, el talle... Entonces, el amo se reía con risa falsa.

No es que el amo fuese muy púdico, pero era prudente; le habían confiado aquella muchacha, y no quería enredos. Por la noche la encerraba bajo llave. Por el día no le gustaba que la requiebrasen con demasiado calor.

Gaspar sufría una crisis primaveral.

Un mes antes, en el hospital, había visto a su mujer, a su Bibiche. Hablaba de ella con muy poco cariño.

—La quiero mucho —decía—, pero es muy cargante. Mejor será que no vuelva más. No puede mirarme sin llorar. Y “¡Pobrecito mío!”, por aquí, y “¡Es horrible como te han puesto!”, por allá. ¡La he mandado a paseo! No hace más que buscar la pierna que me falta, y yo la he dicho: “¡Mira la otra, puesto que me queda una!” Pero, sí, sí. “¡Pobrecito mío! Ji, ji. ¡Qué va

a ser de nosotros! Ji, ji. ¡Has perdido el oficio...!” Pero ¿a mí qué? Yo me futro en el oficio. ¿No hay seiscientos mil oficios? ¡Ya no puedo andar! Bueno, pues seré ministro, que los pasean en landós.

—Anita..., me voy a divorciar...: me casaré con usted... ¡Ya verá cómo nos divertimos!

Luego cantaba:

*¡Ay! Me dice mi muchacho  
cosas con que me emborracho;  
¡ay, que me quiere besar!;  
¡ay, qué va a pasar!*

Anita se reía, mirando a los demás.

Entonces le tiraba besos ruidosos, hasta que se volvía hacia él. El amo llegaba para variar la conversación.

—¿De modo, señor Gaspar, que ya no se resiente usted de la pierna?

—¿La pierna? ¡No me amuelen más con la pierna! ¡Bastante me ha hecho rabiarse! ¡Qué perro!

—¿Estaba muy dañada?

—¡Era una porquería; cosa infecta! A mí me daba asco. Cuando el médico me dijo: “¿Está usted conforme con que se la cortemos?”, le contesté: “¡Pero, hombre de Dios, si tuviera navaja afilada, hace tiempo que me la hubiera cortado yo solo!” En serio; no sé por qué me dejaron pasear tanto tiempo aquel chisme lleno de veneno.

Con estos recuerdos, Gaspar ponía un gesto de rabia; pero de pronto rompía a reír.

—Lo más célebre fue que un día el cirujano se me acerca al catre, y muy campechano me dice: “Oiga, usted, simpático muchacho (la de veces que me lo había llamado), ¿le disgustaría a usted que en vez de quemar la pierna amputada la guardase yo?” ¡Guardarla! Creí que estaba bebido. Pero me explicó que era una pierna de primera, con una “inflamación vegetal!”; en fin, que quería conservarla en alcohol. Yo le dije: “Es una verdadera lástima estropear alcohol para eso.” El se ponía muy contento; ¡habría que ver! Y entonces le dije: “¡Ea!, como usted quiera. Arrégleselas como pueda. ¡Ponga usted el bocal en el aparador...! Bueno, no es por decir...; ¡pero no le gusta a usted la carne fresca!”

Reíase de nuevo. Después, tirando del delantal de la camarera, la tomaba de pronto, la besaba, y se ponía a cantar:

*Se ha roto la pierna de palo,  
la pierna de palo,  
por montar el caballo de palo;  
se ha roto la pierna...,*

El amo, con risa forzada, exclamaba:

—¡Este señor Gaspar es pasmoso!

Pero el otro se levantaba, y a brincos sobre su única pata, cruzaba el café, cantando:

*la pierna,  
¡la pierna de palo!*

Perseguía a la criada hasta la cocina en sombra, y allí decía ávidamente:

—¡Hum...! ¡Voy a darle otro beso!

Los gatos negros, asustados, huían, uno por cada lado de su pierna.

Volvía a la mesa y pedía:

—Otro vermut grosella..., ¡uno!

Luego les contaba la vida que había hecho en el segundo hospital al alguacil del Juzgado y al quincallero, que saboreaban sendos cafés calientes, fruncidos los párpados de gusto.

—¡Ay, amigos, qué bien se estaba allí! A cada hora que daba el reloj, un regalo: tabaco, pasteles, cosmético para el bigote. En cuanto las veía acercarse, me decía: “¡Otro *bene!*” Me hacía el dormido; luego abría un ojo y exhalaba un suspiro. Las señoras no resistían a los suspiros. Me decían: “¿Qué desea usted, pobrecito?” Y no tenía más que abrir la boca y me lo servían en el acto, calentito. Y si es las visitas, ¡un desfile! Señoras con guantes, generales, vejestorios que llevaban cintajos hasta en la barriga; luego, el obispo, el gobernador, los periodistas... ¡Ah! ¡Lo que me he divertido con los periodistas! Me hacían más reverencias que una beata a San Antonio. “¿Cómo está usted, *señor?* ¿Le duele mucho, *señor?* ¡Cuéntenos cómo fue, *señor!*” Y entonces yo dictaba; ¡y había que ver si las plumas rascaban el papel...! Yo había creído que para ser célebre haría falta algo que los demás no tuviesen; no vale la pena: basta tener algo de menos.

Saboreaba el vermut; se enjugaba el bigote; gritaba:

—¡Eh, patrón! Este enjuague no sabe a nada; ¡a ver si no me lo sirven como para una señorita!

El amo, crispado el rostro por una mueca, respondía: “¡Voy en seguida!”

Gaspar se encogía de hombros: “¡Maldito pirata!”, y continuaba:

—Al salir del hospital, la convalecencia en el palacio del marqués. Aquí estamos como el pez en el agua. Es una vida regalona. Me creo millonario: una cama en que caben tres personas, jabones que huelen a cupletista, y luego unas comidas..., unas comidas que quisiera uno ser rumiante. El marqués es un pingo viejo, pero más bueno que el pan. Por las mañanas viene a vernos al catre. Y cayéndosele la baba, dice: “¿Qué hay? ¿Qué hay?” Entonces saco el muñón, y digo: “¡Pues hay..., que tampoco ha retoñado esta noche!”, y se retuerce de risa como una locuela. ¡Es un número!

Gaspar se hizo célebre en M... por sus relatos verbosos. La parroquia del café de las Golondrinas aumentaba. El alguacil llevó al juez de paz; el quincallero llevó al almacenista de granos. Y el amo, radiante, empezó a velar con menos rigor por la virtud de la criada.

Pero un domingo, Gaspar se retrató con ella. El fotógrafo puso la tarjeta postal en el escaparate. Entonces se alarmó el cafetero. ¡Si la madre de Anita, que acudía todos los días de mercado a vender huevos, descubría a su hija con un soldado...! Temió ver comprometida la reputación de su café.

¿Qué hacer? Reflexionó, y encontró. Envío la tarjeta postal a la mujer de Gaspar con estas solas palabras anónimas: “Un militar fiel.”

El resultado no se hizo esperar. Bibiche corrió a la alcaldía del distrito XIV a pedir un billete barato para ir a ver a su marido herido, y desembarcó en M... sin avisar.

Estaba más triste que furiosa. Tenía deseos de llorar. Sentía que aquello era el fin de su vida. En su corto entender, creíale ya casado con otra, y quería verlo, cerciorarse, para escribir a la “abuela”, que se había quedado en París, llorosa, desconcertada, al cuidado del chico.

Bibiche fue primero a casa del marqués. La encaminaron al café.

Entró, tímida. Allí estaba su marido, de espaldas, perorando.

Un hombrecillo deforme, velludo, belfo, brusco, incierta la mirada detrás de unos lentes oscuros, derrumbado en el hule del diván, declaraba, metidas las manos en los bolsillos:

—¿Sabe usted...?, no hay que fiarse... No se quiere reconocer lo que valen los alemanes... Son gente de mucho talento.

Echado casi de espaldas, la cabeza hacia atrás, sacado el vientre, parecía recrearse en ostentar una imparcialidad superior. Hubo un instante de silencio. Nadie había reparado en Bibiche. El quincallero y el almacenista de granos se quedaron cortados. Al quincallero le habían matado un hijo en Bélgica; y al oír alabar a los “boches”, el hombre palidecía. Pero no se le ocurría una réplica.

Gaspar dio un salto de metro con su único pie. Parecía que iba a arrojarse sobre el contertulio, que, con una mueca pedante, proseguía:

—Porque sean nuestros enemigos no hay que ser tan ciegos... No les llegamos al tobillo... Vendían géneros excelentes...

Entonces, Gaspar, inclinándose, le dijo en sus narices:

—¿Quién es usted para hablar así?

—¿Se dirige usted a mí? — replicó el otro.

—Me parece.

—Pues entonces tenga más educación. Soy el juez de paz.

—¡Yo me futro en el juez de paz! No es eso lo que pregunto. ¿Por qué está usted de paisano a su edad? ¡Conteste! ¡Y mientras tanto, los demás juegan a la degollina!

—¡Qué significa...! Soy inútil...

—¡Inútil! ¡Y habla usted lo que habla! Pues, ciudadano, cuando yo esté delante, mire bien antes de contarme esos cuentos de borracho. ¡Yo soy de los marcados, ¿comprende usted?, y sé lo que es la carne de cerdo!

—¿Ha concluido usted de mirarme así?

—¡A ver si te trago...! Aunque seas el juez de paz te lo repito: no hay que hablar tanto de la mercancía “boche” sin conocerla. Yo la conozco, pajarraco: me han dado lo mío; ¡y comprendo que al señor le moleste, pero no permito que me digan que es artículo parisién, fino y bien trabajado! ¡O de lo contrario, te agarro por la barriga...!

—¡Militar...! ¡Militar! — exclamaron, atemorizados, el quincallero y el almacenista de granos.

—¡Qué vas a hacer! ¡Qué vas a hacer! — gritó Bibiche.

Estupefacto, al reconocer la voz, volvió la cabeza y se quedó atónito, balbuceando:

—¿Estoy soñando...? ¿Qué es esto...?

Bibiche se había puesto muy encarnada.

—Sí, soy yo... —tartamudeaba—. He venido... Estaba con cuidado...

El juez de paz aprovechó el momento para tomar la puerta, diciéndole al amo:

—¡Ya no se puede venir aquí, ni es posible hablar de nada mientras Europa no haya arreglado el incidente que la divide!

—¿El qué? ¿El qué? —rugió Gaspar—. ¡El incidente! ¡Pero es que quiere que le coma los higados!

Corría tras él. Hubo que calmarlo, hacerle sentar, darle de beber.

El amo estaba disgustado, irritado. Al ver a la mujer de Gaspar, se apresuró a encerrar a Anita. Al ver tan amenazador a Gaspar, temió por sus espejos y por su parroquia; pasando un paño por una mesa, rezongaba en las propias narices del alguacil:

—Esta guerra no nos traerá nada bueno. ¡La gente no va a pensar más que en pelearse! ¡Mire, señor Mulot: si usted, que es hombre de edad y que sabe explicarse, pudiera hacer comprender a ese... que lo mismo me daría no verle más por aquí..., tendría usted café gratis durante un mes!

—¡Gratis! No es mal negocio —repuso el alguacil.

—¡A condición de no verle más!

—Lo pensaré.

Dejaron de hablar bajo, porque de nuevo Gaspar tronaba:

—¡Y ahora con una mujer auestas! ¡Es una verdadera gracia! Tiene una casa, un chico, y lo deja todo y se mete en el tren, ¿para qué? ¡Para venir a llorar en el chaleco!

—No tengo gana de llorar —gemía Bibiche.

—¡Y empezarás otra vez a echarme discursos: que si no sirvo para nada, que si no podré ganarlo..., en lugar de comprender que empiezo por ahorrarme la mitad del gasto con los pedicuros!

Súbitamente se acordó de la camarera, y añadió:

—Apuesto a que has venido a inspeccionar aquí... Apuesto a que te han soplado algo... Bueno, puesto que es eso...; mira, puesto que es eso..., empieza por pagarme el gasto, y después, ¡abur! Arréglate como puedas; yo me voy a mi palacio.

En un instante estuvo fuera, y corría, andando en tres patas: pierna y muletas.

Bibiche, llorosa, tuvo que mendigar una cama a la portera del marqués, que le dio la de un hijo que tenía en la guerra.

Gaspar lo supo; a la mañana siguiente salió por la puerta del huerto, sin que su mujer le viese, y llegó al café de las Golondrinas. No estaba la camarera. El amo, muy meloso, le anunció que Anita se había ido a servir a casa de su cuñado, en A...

—¿En A...? Está bien; voy allá.

Y salió para la estación.

—Ve corriendo —dijo el cafetero a su mujer—, corre a avisar a su mujer. Hasta dentro de media hora no sale el tren; que se dé prisa y le alcance.

La mujer se apresuró. Bibiche rompió a llorar de nuevo. Después, como la portera del marqués la incitaba también a defenderse y vengarse, se lanzó a su vez por el camino de la estación.

Llegó sin alientos. Gaspar estaba en el andén; hablaba con el fogonero. El fogonero decía:

—¿Cuántos has matado?

Y Gaspar contestaba:

—No sé, no los he contado; pero no les dábamos tiempo de echar cría.

Bibiche se acercó muy resuelta, y tirándole del capote:

—¡Tengo que hablarte!

—¡Cómo! ¡Otra vez tú? — exclamó.

Entonces, Bibiche estalló. Dilatábanse sus ojos, y, jadeante el pecho, empezó a gritar:

—¿Vas a verla? Pues no irás. ¡Yo, que soy tu mujer, te lo impediré! ¡Embustero! ¡Taimado! ¡Querrá usted creer, señor...?

Y comenzó a contarle el caso al fogonero. Un mozo de la estación que se acercaba, se puso a escuchar. Bibiche volvió a empezar para él su relato, con todo detalle.

Y Gaspar..., Gaspar la miraba simplemente. Aquella inesperada rabia en una mujer indefensa de ordinario, le dejó clavado en el sitio.

Después, una idea diabólica germinó bajo su frente, y dijo con tono tranquilo:

—Bueno, bueno; no necesitas pillar esa rabieta. ¿Por qué chillar tanto en lugar de decirme las cosas...? No he venido a tomar el tren, he venido a ver a un amigo.

—¡Oh! —dijo Bibiche—, no finjas ahora, no finjas.

Entonces, Gaspar soltó una risita como un carraspeo, encogiéndose de hombros; y sin añadir palabra, con toda la naturalidad del mundo, nada avergonzado, silbando, se dirigió a la salida de la estación.

Bibiche le seguía. Cruzábanse con los viajeros. Adrede, Bibiche continuaba gritando:

—¡ No tienes más que una pierna, pero eso te basta para ir a tus vicios! ¡ A tu edad, qué vergüenza!

Remontaron la calle toda, muy de prisa, porque Gaspar iba delante dando brincos, por dejar sin resuello a su mujer. Pero ella, viéndole tan callado, sentía crecer su cólera, y repetía, para que la oyesen los tenderos:

—¡ Embustero! ¡ Engañoso! ¡ Correr detrás de las faldas teniendo mujer y un hijo!

El parecía no oírla, y decía adiós a las mujeres que encontraba.

Volvieron al palacio. Bibiche se dejó caer en una silla, en la habitación de la portera.

—¡ Ah! ¿ Le ha encontrado usted..., le ha traído? — farfullaba ésta.

Hasta la noche estuvieron discutiendo sobre la perfidia de los hombres, el mal que causaba la guerra y la necesidad que las mujeres tenían de defenderse a toda costa.

A eso de las ocho, un soldado convaleciente que iba todas las noches a echar un párrafo con la portera, contó, apretándole los ijares (no conocía a Bibiche), que Gaspar había hurtado la llave del huerto y acababa de salir para la estación: no dormía en casa; iba a A... donde le aguardaba una mujer, y había dicho: "Que vaya uno de vosotros a contárselo a la portera; le hará mucha gracia."

La portera dio un respingo.

—¡ Esto es demasiado!

Bibiche balbucía:

—¡ Oh! Lo que es... esto..., esto...

Se le saltaban las lágrimas. Pero ya no se encontraba con fuerzas para luchar. ¡ Dos veces en el mismo día! ¿ Qué hacer?

—¡ Volver allá! — dijo la portera —. ¡ No hay que cansarse, como él!

—¡ Es espantoso..., es terrible! — decía Bibiche con lamentable voz.

Y otra vez se fue a la estación.

Era una dulce noche estrellada. ¿ Saboreaba Gaspar el encanto de aquella hora? En todo caso, caminaba con lentitud, porque su mujer le dio alcance. Gaspar no huía, como quien ha caído en falta y trata de que no le vean; golpeaba jovialmente el empedrado

con las muletas. Este detalle aumentó la confusión de Bibiche. No se atrevió a abordarle. Le siguió a veinte pasos. "Necesito cerciorarme esta vez — iba pensando —. Le voy a dejar que se suba al tren... Si no, volvería a mentirme." Y era ella quien iba pegada a las paredes.

Gaspar entró en la estación, tomó un billete, subió a un vagón de tercera.

Luego, a solas, se echó a reír, porque ya al doblar el recodo de la calle Mayor había visto a su mujer, y estaba en vías de realizar un proyecto diabólico.

—¡ Esta vez — se decía — va a intentar cazarme en A... !"

Esperó a que Bibiche tomase el tren. Con sus ojos de lobo, al acecho en la sombra, tuvo el gozo de verla en el andén; se acercaba, subía.

—¡ Ah ! ¡ Ya está !

Y de contento se dio una palmada en el muslo.

Después, cuando cerraron las portezuelas, se apresuró a descender por el otro costado, arrojando las muletas a la vía; dejó pasar el tren, y tranquilamente regresó al palacio, donde durmió con el sueño de un justo.

Al siguiente día, muy temprano, se presentó en la habitación de la portera. Mostraba un semblante de buen muchacho, amable; y dijo con dulzura a la mujer, que le miraba atónito:

—Bibiche..., ¿ está ahí, me hace usted el favor ?

La otra balbució:

—¡ Eh... ! ¿ Sabe usted... ?

En el acto puso un semblante severo.

—¡ Cómo ! ¿ Ha dormido fuera ? ¿ Es que va a hacerme a mí estas cosas ? Vamos a verlo...

Salió, sin entretenerse en hablar más, y bajó a la estación, donde, fumando una pipa, esperó tranquilo el primer tren de A...

Bibiche se apeó, toda desconcertada. Gaspar le cortó el paso resueltamente.

—¡ Ya estás aquí ! ¿ De dónde sales ? ¿ Qué has hecho ? ¡ Embustera ! ¡ Víbora con patas !

Los viajeros se detenían para escuchar.

—¡ Estamos casados ! Se casa uno con una mujer que es madre de familia ; compra unos muebles, y véase el pago que da : ¡ burlarse de las leyes del matrimonio !

Apretaba a Bibiche por un brazo, y empujándola hacia delante, levantaba la voz. Los seguían. Por el camino dijo:

—¿Valía la pena de ir a que los “boches” le deshagan a uno para encontrarse luego con esto en casa? ¡Amputado y cornudo! Escupía con furia.

La gente salía a las puertas, como la víspera, cuando remontaban la calle, y Bibiche iba fuera de sí; pero ahora las tenderas decían: “¡Ah...! ¡Oh!” y casi se indignaban, y... Bibiche, aturdida, rompió en sollozos sin poder decir nada.

—¡A tu edad! — seguía diciendo Gaspar —. ¡Cuando empiezas a peinar canas! ¡Cuando casi tienes ya tripa y los dedos de los pies torcidos, engañas a tu hombre y andas a caza de amantes!

Buscaba miradas de aprobación, y las mujeres le hacían coro, murmurando:

—¡Lo que es en eso..., tiene razón..., yo lo creo!

Bibiche, de rabia y de vergüenza, estuvo llorando todo el día. La portera le hizo beber tila dos veces.

Pero al final de la tarde, el convaleciente parlanchín, portador de chismes y cuentos, llevó una noticia tan estupenda, que la pesadumbre de Bibiche se desvaneció de golpe.

—¿No saben ustedes? Ha venido un americano a ver a Gaspar.

—¿Un americano? — dijo la portera.

—Un tipo afeitado, con botas amarillas.

—¡Pero si ha venido a ver al señor marqués!

—Ha venido a ver a Gaspar. Ha dicho que sabía por el marqués que Gaspar es muy listo y con labia, y en vista de eso, puesto que tiene una pata de menos, que le empleaba, si quería, en su casa para vender piernas articuladas. ¡Ay!, entonces, aunque Gaspar no se asombre de nada, se le caía la baba, porque... ¿saben ustedes lo que le pagarán...? A ver si lo aciertan.

—¿Cuánto? — dijo Bibiche casi sin respiración.

—¡Trescientos francos al mes!

—¡Oh! — dijo Bibiche.

—¿Verdad? — preguntó la portera.

—Como lo oyen, y él mismo vendrá a decírselo... ¡Lo contento que está! Dice que la guerra es una gran cosa, y no dice mal, puesto que ahora, para él, va a ser la buena vida.

¡La buena vida! Oíalo Bibiche, y el corazón le daba saltos. Ya no sentía enojo, sino admiración, y temblorosa de esperanza, sólo tenía un pensamiento: olvidar, pedir perdón, humillarse. ¡Trescientos francos! ¡Mujer de un hombre que gana trescientos francos!

Esperaba a Gaspar. Llegó, muy seguro del efecto. Aparentó dirigirse sólo a la portera.

—¡Qué! ¿Se lo han contado ya? No está mal, ¿eh?

Poniéndose el índice en el pecho, añadió:

—Este mocito, aunque el Gobierno haya suprimido el ajenjo, no morirá ya en aperitivo más o menos.

Bibiche, que se ruborizaba de su propia bajeza, murmuró:

—¡Oh! Lo que es tú, ya sabes arreglártelas... Siempre has sabido... ¡Trescientos francos!

—Más el dos por ciento de cada aparato que venda —dijo Gaspar con expresión de importancia—. ¡Ah, simpático sujeto! ¡Ganas me daban de besarle en la boca! Luego me ha enseñado una de esas patas que llevaba en la maleta... ¡da gusto verlo! En la rodilla hay una palanca; la mueves, y hace toc. Luego, en el pie, una báscula sostenida por un caucho. El que con eso se queje, ya tiene que ser descontentadizo.

Bibiche le miraba abriendo unos ojos de esclava. El seguía sin mirarla; pero añadió con la mayor naturalidad:

—Se acabó la convalecencia. El americano lo ha convenido con el marqués. Mañana volvemos a París... ¡Y pasado mañana ya puedes poner el puchero!

Aquella vez le miraba, y a Bibiche se le humedecían los ojos pensando que era ella, en efecto, la que volvía con Gaspar; que ya no se hablaba de la camarera; que todo el daño de la guerra estaba, en suma, reparado, y que de nuevo vivirían juntos en la calle de la Gaîté, con cuartos en la cómoda. “La «abuela» debe de tener razón —se dijo—. Hay un Dios en el cielo...”

En la calle de la Gaîté aguardábale a Gaspar una carta; una carta enlutada, de papel elegante, que le hizo pensar: “¡Esto debe de ser también de un millonario!”

La abrió: era de la mujer de Burette. ¡Tenía que ver! La viuda de su primer amigo, a la que no había escrito por falta de valor para decirle... Justamente, no sabía qué decirle. Hartas veces le había hablado Burette de su mujer en términos amorosos y tiernos. Gaspar, quebrantado aún por el horrible espectáculo de su muerte y de la batalla, se había dicho después: “¡No puedo, no puedo contarle todo eso!” Pero ahora era la propia mujer quien mendigaba esos detalles. Decía saber por un sargento que Gaspar, sólo Gaspar se había cuidado de su “caro marido”. ¿Cuándo, dónde y cómo podría verle? Por anticipado le daba las gracias y le estrechaba la mano.

¡Cómo le emocionó aquella sencilla carta! Diez veces la leyó; admiraba la fina letra, y decía pasándola a manos de Bibiche y de su madre:

—¡Pobre mujer! Debe de ser muy bonita... Burette lo decía siempre que hablaba de ella... No tengo más remedio que ir... ¿Pero cómo voy a contar todo?

Y se veía aguantando el terrible fuego, con su amigo en brazos, gemebundo; veíale revolcándose en el suelo; veíalo lívido en los sudores de la agonía.

—No importa — repitió —. ¡Tengo que ir!

También tenía que ver a un señor Farinet, profesor de la Facultad de Letras, para quien guardaba una carta del infortunado Mousse hacía ya tres meses.

En suma: escapado de la tormenta, quedábale por pagar una postrera deuda a la memoria de sus dos compañeros de armas, en quienes nunca pensaba sin que su corazón se inflamase de odio contra los "boches".

Aprovechó su último día libre.

Era una tarde de junio, a la vez triunfal y dulce; así, que les dijo a la "abuela", a Bibiche y al chico:

—¿Vais a quedaros aquí a criar moho? Fuera hace bueno; vámonos juntos. Cuando yo suba, me esperáis en un banco.

Las dos mujeres aceptaron. Les parecía un paseo glorioso acompañar a su mutilado, que iba, fiel a sus promesas, a referir a los parientes y amigos de sus compinches cómo habían sucumbido.

Se dirigieron, pues, en procesión hacia la calle Nicole, calle pequeña, próxima al Observatorio, en la que vivía el señor Farinet. Tomaron el tranvía. Una señora vieja se empeñó en pagar por Gaspar:

—Esto le dará buena suerte a mi hijo, que está en las trincheras.

—¡Oh! No hay que apurarse — dijo Gaspar —. Sucede lo que sucede, nada más.

—¿Y cuándo se acabará esto? — suspiró la vieja —. ¿Es que Dios no nos ve desde allá arriba?

—¿Dios? — dijo Gaspar —. Yo creo que se ha muerto hace tiempo.

—¡Muerto! — replicó la señora —. ¡Si es eterno!

—Entonces no haría mal en enviarnos un Niño Jesús — dijo Gaspar con dulzura —. Buena falta hace.

Al llamar en casa del señor Farinet estaba emocionado. Miraba el sobre de la carta: "Profesor de la Facultad de Letras", y se decía: "¡Debe de ser un bonzo viejo estupendo!" Se abrió la puerta. Se encontró ante un hombrecillo horrible, todo pelos, de mirar receloso, dedos ganchudos, y cuyos lentes, de través como la corbata, daban al desaseado viejo un aspecto desordenado, complemento de su aire pedantesco.

Gaspar le tendió la carta, y se explicó. El viejo dijo: "¡Ah...! ¡Ah! ¡Gracias!" Sin moverse de la puerta, rasgó el papel y leyó; después dijo:

—Sí... Bueno... Bien... ¿De manera que ha muerto?

—Ha muerto — dijo Gaspar con acento desolado.

—¿Y... no le ha dicho a usted nada acerca de lo que pone aquí, sobre los giros homéricos y los verbos intransitivos?

—¿Cómo? — dijo Gaspar.

—No importa... Yo veré al editor...

Miraba de través al viejo, que obstruía la puerta, como si le diese miedo ver un soldado en su casa. Y con una voz aguda, añadió:

—¿Y usted ha perdido una pierna?

Después, bruscamente:

—¿Tenían ustedes allá piojos?

—¡Ah...! Algunos los tenían...

—Mi hermano, de la Academia de Ciencias, ha presentado un informe sobre los piojos germánicos, más pardos que los otros, al parecer.

—¿Más pardos? — dijo Gaspar —. ¡Puf! Los piojos siempre son piojos.

—Dispense... Hay el piojo vulgar, y además, el piojo...

—¿Para los jefes? ¡Esos no los conozco —dijo Gaspar—; pero lo que es a los peludos, sé muy bien que no les sirven gusanos de seda!

—¡Ah! Sí..., sí... — repuso el profesor —. En fin, ya veo...; gracias por la carta..., y... hasta la vista.

La puerta se cerró antes de que Gaspar tuviese tiempo de responder.

Volvió en busca de sus mujeres, que le esperaban en el bulevar Port-Royal, y dijo, estupefacto e irritado:

—¡Bueno, vaya un avechuelo! ¡Qué nido! ¿Cómo conocía a Mousse a tipos como éste? ¡Con una pluma de pavo en el trasero creo que parecería un pájaro raro!

Pero le quedaba por ver a la viuda de Burette. Se la imaginaba encantadora, y dijo alegremente:

—¡Vamos! ¡Al tranvía otra vez!

La mujer de Burette se había mudado, huyendo de la avenida del Maine. Habitaba en casa de una tía suya, en una callecita detrás del Elíseo.

Hacía calor; estaba lejos; en la calle de Saint-Honoré, Gaspar entró con toda su gente en un bar, donde ya estaban otros soldados.

Bebió, habló de la guerra. Después dijo a su madre y a Bibiche: “Esperadme aquí. Tardaré un cuarto de hora.” Allí las dejó. Encaramado en las muletas, se lanzaba a cada paso como un columpio entre dos batientes. Estaba tan cómico como satisfecho.

Llegó a casa de la viuda al caer la tarde, entre dos luces, hora en que las mujeres bonitas cobran una gracia patética. Sus ojos parecen más profundos, sus facciones tienen la dulzura de las medias tintas, y en vez de pensar: “Ya cierra la noche”, todo hombre, aunque sea vendedor de caracoles, se dice vagamente: “¡Qué encanto tiene esta mujer...!”

La viuda de Burette era alta, morena. Las morenas parecen siempre más enlutadas que las otras. Tenía uno de esos cutis mates que convienen a los dolores contenidos; largas pestañas, como para retener las lágrimas, y los abundantes cabellos, que ocultaban las orejas y se retorcían sobre la nuca en un pesado moño, le prestaban una apariencia de fatiga y de ansiedad.

Entró, hizo un saludito, y, secos los ojos, pero con voz sin timbre, dijo en seguida:

—¡Señor Gaspar..., es usted...! ¡Cuánto me alegro...! ¡Qué bueno es usted!

Gaspar balbució:

—¡Oh!, señora...; figúrese..., señora...

La encontró joven y bonita, y comprendiendo que iba a contar cosas que, de seguro, la emocionarían mucho, invadía una ternura que la muerte de su amigo no explicaba por completo.

La señora le dijo con acento de pena:

—Usted también, por lo que veo, ha sufrido...

—¡Oh! ¡Yo...!

—Síntese... ¿Está usted bien ahí...? Tome la butaca...

Gaspar repetía: “Señora...; no se preocupe..., no...; ¡estoy muy bien...!”

Se sentó frente a él, y, con labios temblorosos, preguntó:

—De manera... que... ¿cómo murió mi marido?

Gaspar daba vueltas al quepis entre las manos. Dos canarios, en una jaula, piaban detrás de él. Por última vez pensaba: “¿Cómo contarle esto?” Y empezó casi maquinalmente:

—¡Pues mire usted, señora: no se trata de dorarle a usted la píldora ni de contarle cuentos...; pero su marido de usted, que era mi compañero, mi mejor amigo, bueno, pues, se lo aseguro, señora, murió como un valiente y sin pestañear!

La viuda exclamó: “¡Ah!” Estaba un poco anhelosa; arrugaba nerviosamente el pañuelo con una mano.

—Dígame usted... ¿dónde recibió el balazo?

La pregunta era clara. No cabían rodeos... Pero de pronto el corazón le sugirió a Gaspar la salida que su entendimiento buscaba en vano. Y ya tranquilo, respondió:

—Aquí, señora; le dio así...

Con el índice en la frente, acercaba la cabeza para que viese mejor. La viuda pareció sorprenderse:

—¿En la frente? Su sargento me escribió que en el vientre.

—¡En el vientre! Qué ocurrencia. ¿Qué sabe el sargento? ¡Nadie lo vio, señora, nadie más que yo!

—Así me lo ha escrito —repuso la otra vivamente—. Y añadía que era usted como un hermano para mi marido.

Gaspar se turbó ligeramente.

—¡Oh! Es que... ¿sabe usted...?, Burette era un buen compinche: cada vez que nos daban vino...

La viuda le interrumpió:

—¿Padeció mucho?

Gaspar se encogió de hombros, casi jovialmente:

—¡Padecer! ¡Imagínese usted! ¡Cayó de golpe..., así..., ¡zas!, como se ve en las tarjetas postales! Un héroe, vamos, ¡cuando yo se lo digo! A un lado estaba yo, señora; soltó un chillido, como de un ratoncillo, y eso fue todo.

Entonces la viuda exclamó: “¡Ah...! ¡Ah!” Humedeciéronse sus ojos, y al mismo tiempo su faz se iluminó. Después, sonándose, dijo con voz entrecortada:

—¿No tuvo tiempo... de hablarle... de mí?

Gaspar repuso con viveza:

—¡Sí, sí...! ¡Oh! Sí...; pero antes, ¿sabe usted? No hacía más que decirme: “Si me matan, Gaspar, dirás a mi mujer cuánto me he acordado de ella.”

—¿Decía eso?

—Y era cierto; no era fingimiento...; y verá usted lo que ocurrió después, señora. Acababa de caer, cuando una granada reventó allí junto.

—¡Dios mío...! ¿Entonces...?

—Entonces..., la explosión levantó una masa de tierra, y le sepultó de golpe... ¡Cosa de ver! No hubo tiempo de tocarlo: no se le vio ya más. Desapareció, tranquilo, con todo su equipo: fusil, mochila, y lo que usted le hubiese dado.

Se levantó, y le tendió ambas manos, como en la carta.

—¡Señor Gaspar..., comprendo lo que me escribía mi marido...: es usted un corazón de oro! Quiero..., voy a buscar un retrato suyo.

Pasó a la habitación inmediata. Gaspar se levantó y se miró al espejo. Su imagen parecía hablar con él y decirle: “¡Pero..., hombre del diablo..., le has contado la muerte del otro!”, y el verdadero Gaspar respondía tranquilamente: “¡Me lo figuro, diantre...! ¿Pero acaso va a ir a verlo? El otro era un solterón, de modo que historia perdida: ¿a quién le sirve de algo que haya tenido una buena muerte?”

Entró la criada. La viuda de Burette volvía también, y dijo a su criada:

—María, María, este señor es un militar amigo del señor... El señor tuvo una hermosa muerte, María... Cayó con un balaazo en la frente. Luego, estalló una granada, y este señor dice que la tierra, al levantarse, le cubrió como una ola...

Le temblaba la voz, pero estaba muy digna. La criada movía la cabeza:

—¡Qué cosas..., ah! ¡Señora..., vea usted..., qué cosas!

Hízose un prolongado silencio, durante el que la emoción hacía latir juntos los corazones de aquellos dos seres tan distintos: un vendedor de caracoles, hombre del pueblo, de invenciones generosas, y una mujer joven, tan orgullosa de una bella muerte inventada.

Tan sólo los canarios, que no entendían nada del honor ni de las miserias humanas, seguían piando muy alegres y parecían repetir tontamente:

—¡Hasta en una jaula, pii, pii, la vida es mejor que la muerte, pii, pii.

Cuando salió de la casa, Gaspar tenía brillantes los ojos. Su madre le preguntó:

—¡Qué! ¿Has podido contárselo, a pesar de todo?

—Se lo he hecho tragar con una salsa de mi invención — respondió.

Después llevó a su familia a los Campos Elíseos, donde aún se rezagaba el fin de un hermoso día. Todo parecía de oro: la calzada, los árboles, los paseantes. Y Gaspar, en el aire puro de aquel atardecer, se sintió de pronto muy contento de haber hecho cuanto debía hacer por su país, por sus amigos, y de verse con la abuela, con su chico y su mujer. ¡La pobre vieja que le había traído al mundo y le había criado, siempre ajetreada, y tan buena, conmovida por una nonada, y su Bibiche, con aquel mirar cariñoso y aquellos pelitos rubios que se le rizaban sobre las orejas, y que a él le gustaban tanto! Pero también le escocía una pesadumbre: que no estuviese ya todo arreglado, que la guerra continuase aún, y que los hombres siguieran dejándose matar, en todas partes, siempre.

Un manco pasó gritando: *¡Intransigeant!... ¡Liberté!*

Gaspar dijo:

—¿Nada nuevo, verdad? Los rusos reculan, ¿no? ¡Ah! ¿Cuándo..., pero cuándo van a molerlos de una vez?

Bibiche suspiró. Y el crío, no más alto que una bota, repitió, remedando a su padre:

—¿Cuándo..., pero cuándo...?

—Oye tú, gusarapo — dijo Gaspar —, cuida de no hacerme burla, o te pongo colorado el trasero.

—Ja, ja. ¿Con qué? — dijo el chico mofándose.

—¡Cómo! ¿Qué es eso?

Aceleró la cadencia de las muletas e intentó alcanzar al pequeño que delante de él trotaba. Con su único pie trató de darle un golpe, pero el muñeco se echó a reír y le hizo burla. ¡Condénado! ¿De qué se reía? Gaspar gritó:

—Bibiche, dale unos azotes hasta que salte sangre.

La abuela dijo:

—¡Oh! ¡Déjale, déjale!

—Bibiche, dale azotes.

Bibiche le azotó. El niño se puso a aullar. Entonces, Gaspar, inflamados aún de cólera los ojos:

—¡Cochino crío! Vamos: ya me está cargando. ¡Qué mala madera tiene! ¡El muy mocoso: acaba de nacer, está pegado al cascarón y ya quiere presumir!

—¡Oh! ¡Presumir...! — dijo la abuela.

—¡Ni más ni menos; presume, porque tiene dos patas, mientras que yo no soy más que tres cuartos de peludo! ¿Pero él, él..., qué es? ¿Un renacuajo, una insignificancia! ¿Pues mira qué aires..., cómo anda! ¿Puede que pretenda enseñarle a su padre a hacer un hijo!

El niño ya no lloraba. Erguía la cabeza, rabioso e impertinente. Las dos mujeres nada decían. Los cuatro entraron en la avenida de Alejandro III.

Gaspar, al avanzar, se miró el pie, su único pie, y dijo a media voz:

—¡Nosotros echaremos el bofe, y estos críos, que serán los que se aprovechen, se nos montarán encima...!

Pero entre los dos Palacios respiró a pulmón lleno, y ya en voz alta, añadió con entonación viril:

—Pero eso no le hace. ¡Estos nos heredarán, engordarán, comerán sólo pavo trufado; pero los “boches”..., bueno, a los “boches” siempre seremos nosotros quienes les habrán curtido el pellejo...!

Y erguida la cabeza, parecía dialogar altivamente con la cúpula gloriosa de los Inválidos.

